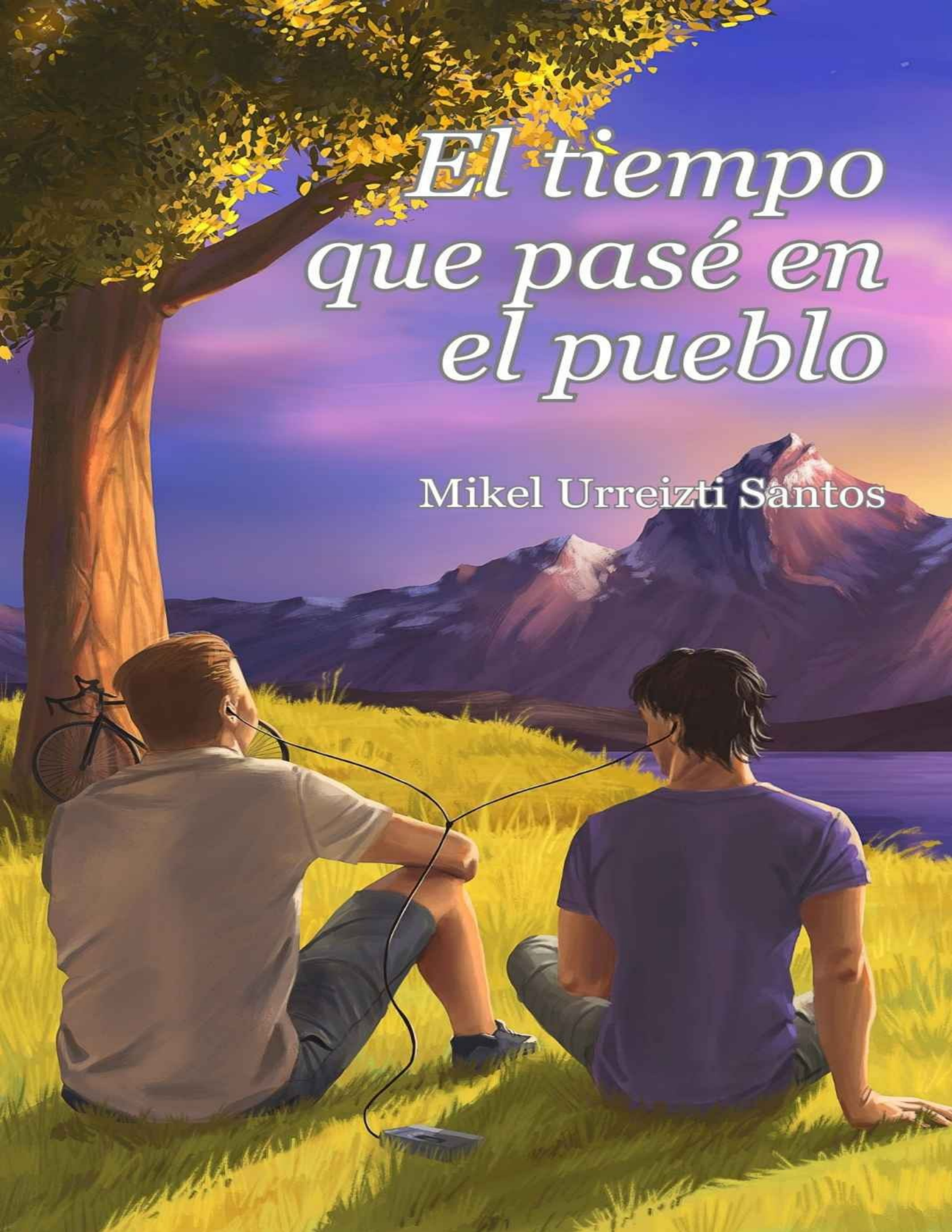


An artistic illustration of two young men sitting in a grassy field at sunset. The man on the left is wearing a light grey t-shirt and dark shorts, with a bicycle leaning against a large tree behind him. The man on the right is wearing a blue t-shirt and dark pants. They are both wearing headphones, and a small portable music player is on the ground between them. In the background, there are mountains and a body of water under a purple and orange sky.

El tiempo que pasé en el pueblo

Mikel Urreizti Santos

El tiempo que pasé en el pueblo

Mikel Urreizti Santos

Corrección: Llyc Correcciones (@llyc.correcciones)

Ilustración portada: Gloria O. Rodríguez (@glorya_art)

Registro de propiedad intelectual:

ISBN: 9798852016294

*A todas aquellas personas que, de una forma u otra, han tenido que remar
a contracorriente para defender su verdad.*

Nunca dejéis de remar.

Mi nombre es Hugo y, en el día de hoy, tengo casi 42 años.

Pero esta historia que procedo a narrar sucedió mucho tiempo atrás, cuando yo apenas era un muchacho asustadizo que empezaba poco a poco a entender el funcionamiento de las cosas en un mundo que estaba aún muy verde en cuanto a la tolerancia y el respeto de la diversidad sexual.

Esta es la historia que viví en el pueblo, donde aprendí cosas tan importantes como quién era yo mismo, y qué era lo que esperaba del mundo. También fue allí donde conocí al primer chico al que amé de todo corazón.

Pero antes de sumergirnos juntos en esa historia, necesito que conozcáis el contexto. Necesito que entendáis de dónde venía yo, y qué expectativas tenía de la vida. Que conozcáis a mi familia y al contexto social en el que crecí. Solo así podréis comprender las implicaciones del viaje que tuve que realizar.

—PRÓLOGO—

Crecí en una familia conservadora y tradicional.

Mi padre era un militar que se había retirado tras una lesión que le había dejado con una cojera de por vida. Su concepto de masculinidad era beber cerveza con los amigos, teniendo algún partido de fútbol de fondo, en la tele, y llamar a mi madre cuando los ganchitos o las aceitunas se acababan, porque atender a los invitados era obligación de la mujer.

Mi madre, en cambio, era una mujer, aparentemente, amable y sencilla. Pero, en el fondo, se trataba de alguien sin objetivos en la vida, vacía, con el único propósito en este mundo de atender a su marido y criar a su único hijo.

Malvivíamos en un piso de dos habitaciones que no llegaba a los sesenta metros cuadrados, ubicado en el centro de Lavapiés, en Madrid. Mi madre hacía malabares para estirar la lamentable pensión de invalidez que cobraba mi padre, el cual era el único ingreso económico de nuestro hogar. Y mientras ella se devanaba la cabeza para intentar alimentar a la familia y cubrir el resto de gastos con aquellas míseras noventa mil pesetas, mi padre se pasaba el día viendo la tele, siendo su pasatiempo favorito insultar a los políticos —principalmente, a los de izquierdas— por inútiles. Su pensamiento y estilo de vida eran incompatibles con la idea de tener un hijo gay. Algo que ni siquiera había entrado en sus cálculas cuando habían planificado traer al mundo a un niño al que no podían asistir ni económica ni emocionalmente. Pero, para desgracia de ellos, estas cosas no se eligen.

Yo tenía claro que me interesaban más los chicos que las chicas, lo había sabido desde que había cumplido doce años, aunque me llevó hasta los dieciséis comprender lo que significaban esos sentimientos y entender las implicaciones de ser homosexual.

No jugaba a mi favor la mentalidad rancia de la época. Nos encontrábamos en los maravillosos años noventa, y, aunque la sociedad empezaba a abrir su mente hacia la convivencia con los homosexuales y entender su orientación sexual como parte de la diversidad sexual del ser humano, aún quedaba mucho camino por recorrer hacia una normalidad total. Los mariquitas que salían en la tele lo hacían simplemente para ser objeto de burla, y las películas más taquilleras de la época, como *Pretty Woman*, *Solo en casa* o *Terminator 2*, aún no se atrevían a poner personajes no hetero-normativos en sus elencos, conocedores de que la Iglesia y los partidos conservadores se pondrían en su contra en el caso de hacer tal cosa.

Y aún a pesar de todas esas señales que me advertían en contra de salir del armario, yo cometí la grandísima estupidez de hacerlo. Quizá es que nunca fui demasiado listo. O quizá, tonto de mí, pensé que el amor de mis padres estaría por encima de esas cosas.

Fue poco antes de cumplir los diecisiete años.

Mis únicas amigas en aquel entonces eran dos chicas llamadas Patricia y Lola que iban a clase conmigo. Los chicos me hacían *bullying* —aunque en aquella época no usábamos esta palabra— por no ser un garrulo como ellos y por ser un chico sensible, así que siempre me encontré más cómodo en compañía femenina. Como yo siempre fui un chico guapete, con un cabello indómito de color azabache, ojos castaños penetrantes y una estatura nada desdeñable, las chicas me correspondían sintiéndose también ellas cómodas ante mi presencia. Y, como no podía ser de otra forma, eso también me granjeó más acoso, en este caso, por mariquita. Pues aquel que andaba con chicas era considerado tal cosa.

Después de aguantar insultos y abusos durante varios cursos, tuve un momento de debilidad cuando, durante un recreo, me eché a llorar en el patio. Me acompañaban Patricia y Lola, que me atendieron con tacto.

—¿Se han vuelto a meter contigo? —me preguntó una.

—¿Quién ha sido? ¿Qué te han dicho esta vez? —me preguntó la otra.

Eran buena gente, o eso creía yo, pues siempre parecían cuidar de mí. Ese día yo estaba harto, ya que me encontraba sumergido en plena crisis existencial, y varios chicos de nuestra clase me habían vuelto a llamar maricón. Siendo así, rompí completamente mi fachada de desinterés total y decidí confesar a mis amigas lo que me carcomía por dentro.

—Chicas... Es cierto. Lo que dicen de mí, quiero decir. Soy homosexual.

—¿Te gustan los chicos? —preguntó Lola, como si no entendiera del todo el significado de aquella palabra.

—Sí —confirmé.

Ambas intercambiaron una mirada de incertidumbre, sin saber muy bien cómo reaccionar. Como ya he adelantado antes, los referentes homosexuales de la época brillaban por su ausencia, y más allá de los tertulianos de televisión que servían como propósito de burla, la gente no conocía mucho sobre el tema. Aun así, el acoso hacia los homosexuales por su orientación sexual ya se estaba empezando a ver con malos ojos, así que mis amigas no tardaron en mostrarme su apoyo. Al menos de cara a la galería.

—Te apoyaremos siempre, Hugo —dijo una.

—Lo que necesites, te lo daremos —dijo la otra.

—Gracias, chicas —dije yo.

Las abracé con fuerza.

Desde ese día, encontré consuelo en Patricia y Lola. Ellas aún no entendían lo que significaba que yo fuera homosexual, pero, aun así, me apoyaban.

Hubo un día en el que me preguntaron si quería ser chica.

—¿Quieres dejar de tener pene?

Y, en otra ocasión, me preguntaron si había tenido sexo con otros hombres.

—¿Con cuántos chicos has estado? ¿Más de diez?

Todas aquellas cuestiones provenían de estereotipos ocasionados por el puro desconocimiento y por la desinformación de los medios. Pero yo siempre comprendía aquellas dudas como lo que eran: un intento de acercarse a mí y conocerme mejor. Así que siempre trataba de responder con educación y aclararles que los homosexuales no necesariamente estamos descontentos con nuestro género asignado, y, por supuesto, no tenemos por qué ser más promiscuos que los hombres heterosexuales.

—Es más. Nunca he estado con ningún chico —aclaré—. Nunca he besado a nadie.

—¡Pero con lo mono que eres! Eso tiene que cambiar —comentó Patricia, dando un fuerte aplauso—. ¡Te llevaremos a algún sitio para maricas y te ayudaremos a conocer a otros chicos como tú!

—Creo que ya no se puede decir marica, ahora se dice gay —aclaró Lola, preocupada.

A mí los términos no me importaban, tan solo la intencionalidad de las palabras, así que agradecí el gesto, pero lo rechacé con tacto.

—Mis padres aún no saben nada. Si lo descubrieran, me moriría de la vergüenza. O me matarían ellos primero. El caso es que no puedo salir en ese tipo de ambientes mientras ellos no lo sepan.

—¿Y cuándo se lo vas a contar? —me preguntó Lola.

Yo me planteé la misma pregunta. Ni se me había pasado por la cabeza la posibilidad de salir del armario en casa. Mis padres eran tan tradicionales...

—No creo que lo entendieran —contesté.

—Pero tienes que hacerlo, Hugo, si no, te pasarás el resto de tu vida atrapado, viviendo una vida que no quieres vivir —comentó Patricia—. Serás infeliz. Porque... no puedes dejar de ser gay, ¿no?

—Creo que no —dije.

Me resigné. Aquel era, precisamente, el miedo que yo sentía y que me había incapacitado durante años, manteniéndome dentro del armario: el miedo a no poder ser yo mismo y, como consecuencia, perderme la vida entera.

—Es que no creo que mis padres me aceptasen —añadí. No dije más, porque me daba vergüenza admitir que me daba miedo la reacción que pudieran tener. ¿Y si mi padre se ponía violento? ¿Y si mi madre me echaba de casa? ¿A dónde iría?

—Hugo, son tus padres —me dijo Patricia, tomándome de la mano—. Te quieren y quieren lo mejor para ti. Lo entenderán.

—Claro que lo entenderán —añadió Lola—. Y una vez lo sepan, te llevaremos a un sitio de tu ambiente, para que puedas empezar a vivir.

Sus palabras me animaron y me sentí agradecido de tenerlas a mi lado.

Realmente, el consejo que me habían dado era sincero y razonable. Nadie quiere vivir una vida de mentira. Nadie quiere hacerse mayor y darse cuenta de que no ha vivido de verdad, que ha actuado.

Sus palabras me insuflaron valor y consiguieron convencerme para dar el paso.

Aproveché el momento de la cena, con los tres sentados en la mesa, viendo la primera cadena en una tele de tubo de color gris, con su tapete rojo encima, sobre la cual posaban una flamenca y un toro, como mandaba Dios.

Mi padre sujetaba el muslo de pollo en las manos mientras masticaba con la boca abierta. Mi madre se pelaba una mandarina, tratando de mantener la línea mediante cenas ligeras. Yo me sentía muy nervioso y estaba muerto de miedo, pero estaba convencido de que quería hacerlo, así que decidí no dar muchos rodeos y soltarlo de golpe.

—Os tengo que contar una cosa.

Gané su interés de inmediato. Ambos me miraron de refilón, preguntándose si quizá había hecho algo malo en el instituto.

—Sé que será difícil asumirlo, pero necesito contároslo —dije, con el corazón en un puño—. Guardar el secreto más tiempo me acabará matando por dentro. Papá, mamá, soy homosexual.

Fue como quitarse una tiritita: mejor hacerlo rápido y de golpe, en vez de dar rodeos.

—¿Qué tonterías estás diciendo? —me preguntó mi padre, atónito. Parecía habérselo tomado a broma.

Mi madre, en cambio, se puso pálida como un fantasma, tomándoselo en serio de inmediato. Quizá ya sospechaba algo antes de que yo se lo dijera.

—No son tonterías. Me gustan los tíos —dije.

Agaché la cabeza, avergonzado, como si estuviera confesando un delito. Después de todo, la sociedad nos enseña que ser homosexual es algo de lo que avergonzarse, y lo hace desde que somos muy pequeños, mediante burlas y ofensas hacia los gais.

—Dime que no es cierto —dijo mi padre, con la voz convertida en susurro—. Dime que es una broma de mal gusto.

—Lo siento, papá. No es ninguna broma. Hace años que me di cuenta...

—¡Mi propio hijo! ¡Un chupapollas!

—¡Por favor, Jorge, no digas esas cosas en la mesa! —le gritó mi madre—. Hugo, explícate bien, porque me va a dar algo.

Se llevó la mano al corazón.

—No hay mucho más que explicar —dije muy nervioso. Las manos me temblaban y me estaba arrepintiendo de haber dicho nada. Pero ya era tarde para echarme atrás. Salir del armario es como derramar vino tinto en un pantalón blanco: no hay manera de deshacerlo—. Soy homosexual. Me gustan los chicos.

Mi padre soltó una blasfemia en voz alta y, de un manotazo, arrojó lo que había en la mesa al suelo. Los vasos y los platos se rompieron, mientras, los cubiertos rodaban por la moqueta del salón. Mi madre se llevó las manos a la cara y empezó a chillar, de una manera que no la había visto hacer nunca.

Me asusté. Me asusté mucho. Tanto que rompí a llorar, desconsolado. Patricia y Lola no estaban allí para apoyarme, y yo me sentía increíblemente vulnerable.

—Esto es tu culpa, por haber amariconado al niño —dijo mi padre, señalando a mi madre con dedo acusador—. No, es más grave que eso. Es la herencia que nos dejan los socialistas. —Al parecer, no podía estarse quieto, y se puso a dar vueltas por el piso mientras vociferaba con enfado—. Van a amariconar a toda la ciudadanía. Quieren convertirnos en sodomitas para que no pensemos por nosotros mismos. Quieren que dejemos de tener hijos para que ellos puedan sacar más provecho de las arcas, sí, eso es.

Mientras él deambulaba por la casa, blasfemando y culpando a Felipe González por las preferencias sexuales de su retoño, mi madre optó por una respuesta mucho más religiosa y, de rodillas en el suelo de la minúscula cocina, se dedicó a rezarle a la Virgen, al Niño Jesús y a todo santo que se le ocurriera.

Durante unos minutos, que se me hicieron largos como un domingo sin pan, me mantuve en silencio, sentado sobre la banqueta, observando aquel panorama. Mi padre enfadado y paseándose por la casa mientras mi madre seguía rezando con la voz convertida en un susurro.

De pronto, mi padre se detuvo y se calló. Giré la vista hacia él, asustado, preguntándome qué iba a hacer a continuación.

—Claro, eso es —dijo con la misma lucidez que un borracho que va por su sexto *gin-tonic*—. Te mandaremos al pueblo. En Madrid hay demasiado comunista, chicos con el pelo largo y pendientes, frecuentando saunas y camuflándose entre la gente de bien. ¡Es normal que estés confundido! Necesitas un sitio más tradicional, con menos chorradas. Te mandaremos a Torrecamino una temporada.

Mi madre había dejado de llorar y rezar. Observaba a mi padre con los ojos abiertos de par en

par, quizá preguntándose, así como yo, si lo que decía iba en serio o si había perdido completamente la cordura.

—¿A Torrecamino? —pregunté, sorprendido.

Torrecamino era el pueblo donde había nacido y crecido mi padre. Situado en la Rioja Alavesa, estaba a cuatro horas en coche desde la capital española. Cuando yo era pequeño, solíamos visitarla dos veces al año: una semana en verano, y otra en navidades. Pero desde que había muerto mi abuelo, siete años atrás, no habíamos vuelto a ir. Siempre había supuesto que mi padre guardaba demasiados recuerdos, que le dolían en el alma cuando regresaba a las pedregosas calles donde había crecido.

El pueblo en sí mismo era muy pequeño, con apenas mil habitantes totales. En verano quizá algo más. No había nada en absoluto que hacer en aquel lugar. Fue por ello por lo que la propuesta de mi padre me pilló desprevenido, y me pregunté si había perdido la cabeza.

—¿A Torrecamino? —volví a preguntar.

—Sí, coño, a mi pueblo —me respondió—. Te quedarás allí una temporada, con la abuela. ¿No decías que no sabías qué estudiar después del instituto? Pues allí han abierto un centro de cursos superiores, seguro que te podemos encontrar algo. Te pasarás un año en el campo, junto a la gente de bien. Allí volveremos a enderezarte, vaya que sí. Te dejarás de las tonterías con las que te están comiendo la cabeza.

Para mí, aquella propuesta no tenía sentido en absoluto. ¿Qué más daba vivir en Madrid o en Torrecamino? Yo seguiría siendo homosexual fuera donde fuese. Pero, como ya he dicho antes, corrían los años noventa y la sociedad aún desconocía mucho sobre el funcionamiento de las orientaciones sexuales, y en la cabeza de mi padre aquello debía de tener sentido.

Mi madre había dejado de sollozar y lo observaba atenta. Yo la miré fijamente, pidiéndole ayuda con la mirada. Necesitaba que sacara a mi padre de sus ilusorias conclusiones. No obstante, por desgracia para mí, ella parecía estar encantada con la idea.

—¿Crees que eso le ayudará? —le preguntó. En su voz destacaba una nota de esperanza.

—Claro que le ayudará. Se enderezará y aprenderá un oficio de valor. Luego, cuando regrese, hará la mili. Como hizo su padre —aclaró él, sin que valiera ninguna discusión u opinión por mi parte. Tampoco es que yo estuviera lo suficientemente loco como para llevarle la contraria en aquel momento.

Los observé a ambos con la misma expresión que un perro hambriento mira a sus dueños. Quería decirles que aquel plan era una locura, que alejarme de mis amistades y de mi vida en la ciudad solo me haría desdichado y me traería más pena que alegría. Pero me fijé en que ambos parecían esperanzados con aquella idea, como si, de repente, el «problema» de mi homosexualidad pareciera algo remediable.

—Sí, le vendrá bien el aire del campo —dijo mi madre, para convencerse a sí misma—. En los pueblos no hay mariquitas, ¿verdad?

—En el mío, ninguno —aclaró mi padre—. Y Hugo no es mariquita, fíjate cómo habla y cómo viste. A un mariquita se le ve de lejos, lo que le pasa al chico es que está confundido. Si sabe lo que le conviene, se le pasarán esas tonterías más pronto que tarde.

No hubo mucha discusión que valiera la pena. Agaché la cabeza, me enjuagué las lágrimas y acepté mi fatídico destino sin poner pegas.

Me esperaba un largo año en la parte más rural de la Rioja Alavesa. Y, aunque en aquel momento estaba aterrado, lo cierto es que el tiempo que pasé en el pueblo fue una de las mejores épocas de mi juventud. No lo cambiaría por nada.

Allí es donde aprendí a quererme y a ser tal como soy. Y, además, allí fue donde le conocí a *él*.

1 de julio de 1997

Me encontraba completamente solo, sentado en la parte de atrás de un autobús que recorría el paisaje rural de Álava. Me encontraba ya próximo a mi destino: Torrecamino. Mis padres no habían querido acompañarme, ni mucho menos llevarme ellos en el viejo Renault.

Mi relación con ellos se había enfriado mucho los últimos dos meses, desde que les había contado que era gay. Ellos aún guardaban la esperanza de que el pueblo fuera a cambiarme, que de alguna manera el ambiente rural y el aire del campo pudieran transformarme en un chico heterosexual. A mí me recordaba un poco a ese episodio de Heidi en el que la institutriz de Clara le recomienda irse una temporada al campo, ya que el aire limpio le podía venir bien para su discapacidad. Intuí que, a ojos de mis padres, yo no era muy distinto a Clara.

Yo veía muy difícil que el cambio de ambiente fuera a influir de alguna manera en mi sexualidad, pero, al mismo tiempo, no quería romper la ensoñación de mis padres, que con tanta devoción habían deseado que aquello fuera a «curarme». Así que les había seguido el juego, lo cual era más fácil que pelearme todos los días con ellos.

La carretera de la comarca estaba mal asfaltada y llena de baches, y el autobús tamborileaba por el camino, haciéndome saltar por los aires cada pocos metros. Mi maleta viajaba conmigo en el asiento de al lado; en aquel entonces, los autobuses de línea aún no tenían un compartimento adicional para el equipaje. Era un bulto pequeño, pues tampoco llevaba muchas cosas en ella. Apenas ropa y algún libro. Mi padre no me había dejado llevarme la Super Nintendo ni el reproductor de VHS portátil. Según él, todos aquellos inventos emitían «ondas magnéticas chinas comunistas» que atravesaban mi cerebro y me estaban confundiendo.

Tras un total de seis horas pasadas desde que había salido de la estación de autobuses en la capital, con sus respectivos trasbordos y tiempos de espera en diversas estaciones intermedias incluidas, finalmente, el autobús llegó al apeadero de Torrecamino, situado al sur del pueblo. Se trataba de un terraplén árido y sin edificaciones, con un poste donde se erigía un letrero que decía «PARADA DE BUS 1». Que yo supiera, no había más paradas en el pueblo, así que no entendí la numeración.

Una única persona esperaba de pie en aquel lugar. Una señora de setenta años que me recibió

con una sonrisa de oreja a oreja y ojos humedecidos: mi abuela Herminia.

Mi abuela paterna era una mujer agradable, dulce y bondadosa. Era la pura definición de «persona buena». Jamás la había visto hablar mal de alguien o malmeter, ni tampoco hacía intención de meterse en los asuntos de los demás. Ella disfrutaba del día a día a su manera: por las mañanas hacía la compra y se juntaba con las amigas en el mercado, después de comer se veía la telenovela hasta quedarse dormida en el butacón, y al anochecer se sacaba una silla de playa al portón del caserón en el que vivía ella sola y se reunía con varias vecinas para charlar sobre cualquier asunto de menor trascendencia. Que si la Mari ha cerrado la floristería, que si Venancio está ingresado otra vez, a ver si recupera pronto, o que la nieta de la Carmen se ha ido a estudiar a Barcelona. El único vicio que se permitía la buena mujer era irse al bingo, lo cual hacía ocasionalmente, y que hacía más por entretenimiento que por interés hacia el dinero.

Me he preguntado muchas veces cómo un ser bondadoso como ella pudo dar a luz a alguien tan mezquino y arrogante como era mi padre.

Yo llevaba siete años sin verla y, aunque odiaba las condiciones que me habían llevado al pueblo, me encantó volver a verla y estrechar su frágil cuerpo entre mis brazos. Se le notaba el paso de los años, pero, por supuesto, no hice ningún comentario al respecto.

—¿Qué tal el viaje, cariño? —me preguntó, como si siguiera siendo el niño pequeño que era la última vez que me vio.

—Bien, abuela, ha ido bien —mentí. No quería preocuparla con mis quejas y problemas.

—Ven, te ayudaré con la maleta.

—No hace falta, casi no pesa.

Me agarró del brazo y caminamos juntos cuesta arriba, hasta el centro del pueblo.

Torrecamino era una villa de la Rioja Alavesa, erigida en medio de un pastizal, rodeada por granjas, huertos y molinos. El paisaje colindante se teñía de un color amarillento, sobre todo en verano, cuando los pastos de trigo crecían hasta el infinito y los girasoles se abrían exuberantes.

El pueblo en sí estaba construido alrededor de un alto campanario que pertenecía a un convento, pero en un incendio sucedido más de doscientos años atrás, el convento en sí había desaparecido, quedando únicamente en pie la torre del campanario. Frente a dicha torre se situaba el centro neurálgico de la localidad: una plaza de adoquines grises, de forma cuadrada, donde se encontraban los únicos tres bares que tenía el pueblo. Y, aunque ya no había convento, los lugareños se seguían refiriendo a aquel lugar como la plaza del convento.

Alrededor de la plaza se levantaban casitas unifamiliares de piedra caliza, de tonos marrones y amarillentos, que estaban colocadas de forma circular concéntrica, quedando situada la torre del campanario justo en medio del círculo. La casa de mi abuela estaba a apenas dos minutos de la plaza, en la parte norte del pueblo, así que tuvimos que atravesarlo entero, caminando a través de las calles pedregosas mientras yo cargaba mi maleta al hombro.

Había mucho ambiente para ser Torrecamino, se notaba que era verano y que solo faltaban dos semanas para las fiestas del pueblo. Apenas cobijaba unos mil habitantes durante el invierno, pero, en verano, con los familiares que venían de visita y los turistas que se alojaban en las varias casas rurales de las afueras, el pueblo podía llegar a triplicar su tamaño.

Me fijé en lo relajada que parecía la gente. Las señoras sentadas en los porches de sus hogares, a la sombra de los toldos. Los niños que gritaban y jugaban alrededor de una fuente de agua. Un reducido grupo de preadolescentes sentados a la sombra, bajo un roble, compartiendo sus vivencias y poniéndose al día después de no haberse visto desde el verano pasado. En la

plaza, las terrazas de los bares estaban dispuestas y alojaban a muchos turistas que tomaban sus cervezas bajo la seguridad de las sombrillas, las cuales les protegían del tórrido sol de verano. Olía a vino por doquier, delicioso néctar de aquella tierra, y en alguna radio sonaba *Every breath you take* de The Police.

—Ya casi estamos, cariño —me dijo mi abuela, sofocada por la caminata.

Cruzamos una calle que salía de la plaza en perpendicular, hacia el norte. Caminamos un par de minutos más, y ahí estaba: la casa familiar.

Era tal cual la recordaba.

Se trataba de una vivienda humilde de una sola planta, construida en piedra marrón con tonos grises. Disponía de un jardín trasero que mis abuelos habían cubierto de baldosines tiempo atrás, para aprovecharlo como patio. Allí mi abuela había dispuesto un tendedero, del cual colgaban varias sábanas blancas que relucían bajo el sol de verano. La ropa tendida se encontraba a plena vista y al alcance de cualquiera, pero no pasaba nada, el pueblo era seguro incluso en verano, con los turistas, porque nadie podía entrar en casa de la Herminia sin que las vecinas lo vieran.

—Aquí es, cariño —me dijo, como si fuese la primera vez que la visitaba—. La casa es sencilla, como recordarás, pero espero que estés cómodo.

Ella tan humilde como siempre.

—Se vive mejor en estas casas de pueblo que en los pisos de la ciudad —le dije, aunque, en el fondo, echaba de menos Madrid—. Aquí vivís mejor, lleváis una vida mucho más tranquila y sosegada, sin tanto estrés y tanto claxon.

—Lo bueno es que ahora en verano puedes ir a las piscinas, que están abiertas hasta la segunda semana de septiembre —me explicó mientras abría la puerta principal, cuya llave no estaba echada—. Y si necesitas un ordenador o acceder al Internet ese, han abierto un sitio de esos en Villabonita, cómo se llaman... —Se detuvo a pensar—. Es uno de esos sitios con ordenadores, para que los chavales estudien.

—¿Un cibercafé?

—¡Eso, eso! Es un sitio que tiene ordenadores para el estudio y esas cosas. A veces los nietos de la María suelen ir ahí a cacharrear con los trastos. Si alguna vez te aburres, el 238 te deja en Villabonita en solo treinta minutos. Pasa cada dos horas por la parada.

Intuí que el 238 debía de ser un autobús de línea. Agradecí a mi abuela la información y me instalé en la casa sin mayor demora.

Mi nuevo dormitorio era pequeño, con una cama individual y un armario muy antiguo y voluminoso que se comía prácticamente todo el espacio de la habitación. Aun así, era más grande que la que tenía en el piso de mis padres.

Había una mesa de escritorio completamente nueva en una esquina, con una silla de oficina bien dispuesta. Intuí que mi padre debía de habérsela mandado a mi abuela para que la colocaran ahí, de modo que pudiera servirme para estudiar.

«Así que va en serio. Esto es lo que me espera el próximo año».

Miré a mi alrededor. De pronto, fui consciente de que eso estaba pasando de verdad, que ya no había vuelta atrás.

Me sentía agradecido ante las atenciones de mi abuela, y no quería tener un gesto feo con ella, pero lo cierto es que me sentía completamente abandonado y fuera de lugar. Encerrado en la soledad de mi nueva habitación, no pude evitar echarme a llorar.

Habían sido muchas emociones en los dos últimos meses. Lamentaba cada mañana haber sido tan estúpido como para salir del armario ante mis anticuados padres. Tenía que haber sido listo y

haber mantenido la fachada hasta que fuera lo suficientemente mayor como para independizarme por mi cuenta. Pero lo que más me había dolido de entre todas las cosas había sido la indiferencia de Patricia y Lola.

Mis amigas, las mismas que me habían convencido para salir del armario, se habían mostrado frías y distantes conmigo desde que mis padres me habían rechazado. Tampoco pasé por alto que la noticia de mi homosexualidad había trascendido más allá, y que algunos compañeros de clase se habían llegado a enterar. Era evidente que alguna de ellas se había ido de la lengua. Y ya bien fuese por sentirse culpables o para que los demás no las relacionaran conmigo, el caso es que se habían distanciado mucho de mí, al punto de que, después de clase, salían pitando sin esperarme, como si huyeran de mí.

Yo me sentía muy solo y hundido en la miseria, y el haber sido forzado a desprenderme de mi vida pasada, de Madrid y de todo lo que conocía, no ayudaba.

Tendido bocarriba en la cama aún sin vestir —las sábanas seguían tendidas fuera, en el patio —, decidí que tenía que hablar con mis amigas. Necesitaba aclarar la situación con Patricia y Lola y ver si podíamos mantener nuestra amistad, aunque fuera a distancia. Si podía seguir hablando con ellas, aunque fuera a través del teléfono o mediante *emails* enviados desde el cibercafé de Villabonita, me serviría para tener un desahogo y no sentirme totalmente aislado en aquel baldío alavés. Ya ni siquiera me importaba que me hubieran vendido y que hubieran aireado mi secreto en el instituto.

Tan solo quería dejar de sentirme tan terriblemente solo.

A la mañana siguiente de mi llegada, después de acompañar a mi abuela en un desayuno abundante en azúcares y calorías vacías, paseé tranquilamente hasta la parada del autobús. No tenía prisa, el transporte pasaba cada dos horas. Si perdía uno, esperaría al siguiente, total, tampoco es que tuviera nada mejor que hacer para echar el día.

El fuerte sol de verano me golpeaba sin compasión, recalentando mi oscura cabellera, por lo que me arrepentí de no haber cogido una gorra. Caminé pegado a los edificios, tratando de cubrirme bajo la sombra de sus tejados.

De las fachadas marrones de las casitas colgaban enredaderas y flores coloridas. Vi una maceta colgada en la parte exterior de una ventana, con rosas que se estiraban intentando alcanzar el sol. Una anciana se asomaba por la ventana, regando las flores con pasión mientras tarareaba una canción. El ritmo de la vida en Torrecamino no tenía nada que ver con lo que yo había conocido toda mi vida en Madrid.

Pasear por el pueblo se me hizo raro, fue como revivir un recuerdo de la infancia; era curioso ver lo poco que había cambiado en todos aquellos años. Incluso recordaba cómo moverme a través de sus estrechas calles de piedra para llegar a mi destino.

Me fijé en cómo los pueblerinos se saludaban los unos a los otros, con alegría y familiaridad, mientras se dedicaban a sus tareas matutinas. Señoras que iban a la compra, tenderos que abrían sus puestos de venta, la furgoneta del vendedor comerciante que anunciaba patatas con un megáfono...

Solo tuve que esperar veinte minutos en la parada, hasta que llegó el autobús. Me subí al interior acompañado por una amiga de mi abuela, que me había reconocido. También ella iba a Villabonita, y durante todo el trayecto estuvo contándome su vida con pelos y señales. Me contó que iba a visitar a su hermana Juana, que vivía allí porque se había casado con uno de Vitoria, pero no les gustaba la ciudad. También me dijo que ella había estado viviendo en la costa de Guipúzcoa un tiempo, en un hermoso pueblo pesquero, pero le daba miedo la ETA y se había terminado volviendo al sur. No se tomó un descanso en su parloteo ni siquiera para respirar. Cuando llegué a Villabonita, tenía la cabeza como un bombo.

No es que Villabonita fuera mucho más grande que Torrecamino en extensión, pero, en lugar de tener casas unifamiliares, tenía pequeños bloques de pisos, por lo que había muchos más habitantes. Por lo menos siete mil. Era de los pueblos más grandes de la comarca.

—¡Hasta tiene un hipermercado, como los de Madrid! —me había contado la amiga de mi abuela en el autobús.

Encontré el cibercafé sin problema, se encontraba a solo dos minutos de la parada del bus.

Quinientas pesetas te permitían media hora de acceso, un auténtico robo para la época, pero, teniendo en cuenta las pocas personas con las que tenía que comunicarme, bastaría con ese breve periodo de tiempo. Por suerte, mi abuela me había dado mil pesetas, lo cual era suficiente para el autobús y para el cibercafé. Incluso me sobró algo, con lo que pude comprarme un Phoskitos y una Coca-Cola.

Quisiera recordar que esto aconteció en el año 92, por lo que aún era muy temprano para modernidades como el Messenger o Skype, que llegaron pocos años después. No hablemos ya de las redes sociales, las cuales no nacerían hasta dos décadas después. Siendo así, los jóvenes nos solíamos comunicar mediante *emails*. Si esto os parece arcaico, tened en cuenta que, apenas una década antes, la única manera de comunicación —excluyendo el teléfono fijo— era por correo postal.

Me senté en uno de los ordenadores al fondo. Aquel lugar me daba más privacidad, pero, en cambio, el ventilador que colgaba del techo en la entrada del local no tenía suficiente fuerza para refrescarme. Abrí la Coca-Cola, cuyo chasquido inundó el cibercafé. Tomé un largo trago frío, mientras el sudor recorría mi cuello.

—¡No me manches nada ahí al fondo! —gruñó el dueño del local al escuchar el sonido de la lata al abrirse—. ¡Y más te vale que no te vea con el pantalón desabrochado!

Le hice una peineta con la mano libre, a sabiendas de que no podía verme desde allí.

Me encontré con el anticuado y rudimentario escritorio del Windows 95, claro que, en aquel entonces, era todo un avance tecnológico. Accedí a Internet Explorer y navegué hasta mi bandeja de entrada, donde esperé pacientemente a que el cliente web cargara. Escuché el módem hacer los sonidos habituales mientras procesaba altas cantidades de datos. La web empezó a cargarse en bloques de barras verticales que fueron llenando la pantalla. Tras dos minutos de espera, la carga finalizó.

Tenía un *email* de Lola. Lo abrí sin más demora.

Hola, Hugo:

No sé si podrás leer esto desde el pueblo, pero, bueno, te lo mando igual para quedarme tranquila.

Quería disculparme por dos cosas.

La primera, por haber aireado tu secreto. ¡Fue sin querer, lo juro! Se lo comenté a Manuela en confianza, pero nos escuchó su hermano Joaquín, el de primer año, y ya sabes cómo es... Lo contó por todo el insti.

Y la segunda, por habernos apartado de ti. Patri y yo nos sentíamos tan arrepentidas de haber extendido tu secreto que no sabíamos ni cómo mirarte a la cara. Has debido notar que estábamos distantes. Lo sentimos mucho.

Yo quería despedirme de ti antes de que te fueras, pero Patri me dijo que, seguramente, querías estar solo y te dimos espacio. Espero que no lo interpretaras como que no queremos saber nada de ti.

Siento mucho que tus padres te hayan hecho mudarte a Torrecamino, sé que no te gusta. Espero que, a pesar de ello, podamos seguir en contacto.

Un abrazo.

Era un *email* bastante breve y seco, no se había mojado mucho, la verdad, pero al menos se

había disculpado. Yo ya había intuido que ellas dos estaban detrás de los rumores sobre mí que corrían por el instituto, así que no me enfadé por ello.

Habría agradecido un texto más largo, porque me sentía terriblemente solo y vulnerable, así que necesitaba calor humano, pero era de entender que Lola no se hubiera atrevido a escribirme más, puesto que no sabía si yo le perdonaría lo que había hecho.

Mientras reflexionaba qué tipo de respuesta dar a ese *email*, llegaron dos chavales más al cibercafé. Un adolescente, un par de años menor que yo, y el que parecía ser su hermano pequeño. El mayor sentó a su hermano pequeño en una banqueta de plástico mientras él encendía el ordenador.

El niño pequeño jugaba con una Game Boy de color gris, y pude distinguir la musiquita del Mario Land, un videojuego que había podido probar gracias a un vecino que me lo había prestado el invierno pasado. El hermano mayor se había metido en una web de chats y estaba chateando con mucha gente, posiblemente, ligando con chicas.

«Quizá yo también debería ligar por Internet, así no tengo que exponerme en la vida real», medité. «Me pregunto si habrá otros chicos como yo por el mundo, en mi misma situación».

Tras aquel paréntesis en mi hilo de pensamientos, decidí contestar a Lola siendo simpático y tratar de recuperar nuestra antigua amistad. Mi salud mental dependía enteramente de ello.

¡Hola, Lola!:

No te preocupes, en serio, estoy bien. Es cierto que lo del pueblo es una mierda, es jodidamente aburrido y es un cambio tan grande comparado con Madrid... Pero me acostumbraré, no me queda otra.

Sobre lo de contar mi secreto, tampoco te preocupes. Ya me imaginaba que había pasado algo así.

Os echo mucho de menos, espero que vosotras también a mí. Por favor, habla con Patri y pídele que me escriba *emails* ella también. Necesito que me contéis cosas todos los días, para poder leerlos cada poco tiempo y mantenerme cuerdo. Aquí no tengo a nadie, excepto a mi abuela y a sus amigas, pero no son la mejor compañía, como comprenderás...

Para acceder a Internet tengo que venirme a Villabonita, está a media hora en bus desde Torrecamino, pero puedo permitirme venir cada dos o tres días para que podamos escribirnos o chatear.

Lo dicho, seguimos en contacto. Por favor, no os olvidéis de mí y mandadme *emails* largos, que lo necesito.

¡Gracias!

Puesto que Patricia no me había escrito y el resto de los *emails* de mi bandeja de entrada eran de propaganda, no tuve que quedarme mucho más en el cibercafé. Entré en algún foro y traté de leer noticias sobre videojuegos y cine —mis pasiones, junto a la música—, pero las webs más conocidas estaban capadas por el centro, pues se suponía que los chavales acudían allí para estudiar y ayudarse con los deberes.

Pagué veinticinco pesetas para poder imprimir el *email* de Lola. Quería llevármelo a casa y guardarlo en el escritorio de mi habitación, para poder leerlo cuando me sintiera solo y sentir más cercanas a mis amigas.

Regresé a Torrecamino sintiéndome tan desdichado como por la mañana, echando de menos mi antigua vida, mis amigas, Madrid. Incluso un poco a mis padres, que por muy anticuados que fueran, eran los únicos padres que tendría jamás, y echaba de menos poder relacionarme con normalidad con ellos.

Tenía la cabeza apoyada en la ventana de cristal, y me rebotaba con el continuo trote por el camino mal asfaltado. Al final, bajé la ventanilla y apoyé los brazos, para poder asomarme fuera. Observé el avance del autobús por la carretera, mientras, al otro lado, en el campo, los tractores recorrían los huertos. Vi granjeros y agricultores, gente sencilla, viviendo sus vidas tranquilas. El sol me daba de cara y cerré los ojos, dejándome llevar por las sensaciones del verano: el calor, la brisa, el olor del campo.

Si no hubiese sido por el aciago contexto que me había llevado al pueblo, estaría encantado de encontrarme ahí.

A los dos días regresé al cibercafé. Por suerte, en esta ocasión, no me acompañó ninguna anciana charlatana durante el trayecto en autobús, y pude disfrutar de ese rato escuchando a Led Zeppelin en mi *walkman*. Puesto que carecía de cualquier otro entretenimiento electrónico, aquel reproductor de música portátil se había convertido en mi fiel compañero. Era el único dispositivo que había pasado la censura tecnológica de mi padre.

Aproveché aquel segundo viaje a Villabonita para pasarme por una tienda de conveniencia que había junto a la estación. Accedí a su interior y ojeé los casetes. Vi uno de Mecano con un reloj en la portada que llamó mi atención. Era el primer casete que habían sacado. Miré la lista de canciones y vi que tenían la de *Hoy no me puedo levantar*. La había oído muchas veces en la radio, últimamente, me sentía muy identificado con su letra. Decidí ahorrar algo de dinero para poder comprármelo en mi siguiente visita. Aquel día, la prioridad eran las pilas del *walkman*, que empezaban a flojear, y eso que siempre ponía el volumen bajo para que aguantaran más.

Llegué al cibercafé tarareando *Dust in the wind*. Pagué la cuota habitual y me conecté a mi bandeja de entrada. Me emocioné al ver que tenía tres *emails* de mis amigas, y uno adicional de un compañero de clase con el que nunca había tenido mucha relación. Este último me sorprendió y fue el primero que abrí. Vi que me había escrito solo para llamarme maricón y pedirme que me suicidara.

«Parece echarme bastante de menos», pensé mientras borraba el *email* sobre la marcha.

Abrí el primer *email* de mis amigas. Era de Patricia.

¡Hola, Huguí!

Siento mucho no haberte escrito antes. Temía que estuvieras enfadado y que no quisieras saber nada más de nosotras, pero Lola ya me ha dicho que le contestaste y que le has pedido que te escribamos todos los días, así que... ¡Aquí estoy! ¡Je, je, je!

No tengo mucho que contarte ahora mismo. El verano en Madrid está siendo tan caluroso como es habitual. Ayer estuvimos en la piscina y conocimos a dos chicos monísimos, creo que a Lola le gusta uno, ¡el otro para mí! ¡je, je, je!

Es broma, ¿nos imaginas a nosotras con novio? Si todavía somos unas crías.

Mañana iremos al cine a ver la peli nueva de extraterrestres que ha salido, *Men in Black* o algo así. Ya sabes que a mí ese tipo de películas no me atraen mucho, pero Lola me ha insistido tanto... Ya sabes que está loca por Will Smith. Quizá invitemos a los chicos de la pisci a venir, no sé.

Bueno, no tengo mucho más que contarte. Espero que tu verano vaya bien también.
¡Nos leemos!

Leí hasta cuatro veces el *email*, para saborearlo del todo y tratar de sentir que, verdaderamente, estaba teniendo una conversación con Patricia. Decidí imprimir también aquel.

«Imprimiré todos los *emails* que me manden, los guardaré en un cajón y los leeré cuando esté de bajón. Será como si conversara con ellas».

Claro que si imprimía todos los *emails* mis gastos se elevarían. El casete de Mecano tendría que esperar.

Abrí el siguiente *email*, que era de Lola. En él encontré algo inesperado y desagradable.

Hugo,

No sé muy bien cómo contártelo, pero quiero hacerlo yo antes de que venga Patri a contarte MENTIRAS.

Ayer por la noche fuimos al cine y decidimos invitar a dos chicos que habíamos conocido en la piscina esa tarde. El caso es que uno de ellos, Rogelio, me gustaba mucho. Estuvimos hablando toda la tarde en la pisci. Ya sabes que con los chicos somos un poco pringadas, así que para mí el solo hablar con uno ya es todo un logro.

El caso es que, por la noche, en el cine, mientras veíamos *Men in Black*, ¡vi a Patricia y Rogelio besarse! Me sentí supertraicionada. Salí corriendo del cine y me siguió. Me pidió perdón y me dijo que se pensaba que a mí me gustaba el otro.

¿Pero cómo puede ser tan ramera!? ¡Estuve hablando toda la tarde con Rogelio! ¡Era evidente que el que me gustaba era ÉL!

Estoy furiosa.

Te escribo porque quiero que sepas que yo no pienso hablar con Patricia nunca más. No sé de qué lado te vas a poner, pero he decidido escribirte desde el principio, para que estés enterado de la VERDAD por lo menos.

El *email* terminaba así, sin despedida ni nada. Me pilló desprevenido, y tuve que volver a leerlo para enterarme bien de lo que había pasado. Al parecer, Lola y Patricia se habían peleado por un chico.

«Supongo que tarde o temprano tenían que empezar a salir con chicos. Pero también es mala pata que les guste el mismo...».

Nunca se lo había dicho a ellas, pero siempre había pensado que Patricia era mucho más guapa que Lola. Tenía los rasgos más agraciados. Quizá el tal Rogelio le había seguido la corriente a Lola en la piscina para acercarse a Patricia, y, si esta otra había mostrado interés por él en el cine, era de esperar que se hubiera decidido por la más guapa. Los adolescentes son así.

Temí que aquel acto pudiera romper nuestro grupito. Yo había intercedido entre las chicas en alguna ocasión en el pasado, cuando se habían peleado por cosas menores, pero, desde la distancia, no creía ser capaz de apaciguar las aguas.

El siguiente *email*, tal y como Lola había adivinado, era de Patricia. Me lo había mandado apenas diez minutos después que el de Lola.

Hola, Hugo:

Voy a ir directa al grano. Sé que Lola ya te habrá escrito para contarte lo que ha pasado (su versión de los hechos). Lo cierto es que Roge y yo tonteamos en la pisci, pero Lola, que vive en su mundo, se creyó que estaba por ella. ¡Solo hablaron cinco minutos! ¡Es que no lo entiendo!

Sinceramente, yo pensé que le gustaba el otro, que es más de su tipo. Así como tirando a feílo. Creo que, sencillamente, está celosa.

Yo no he hecho nada malo. Roge y yo nos gustamos y es mutuo. ¿Por qué tengo que reprimir algo tan bonito para no hacerle daño a ella? Las fantasías de Lola solo están en su cabeza, a Roge no le gusta, que me lo ha dicho.

Sé que le acabo de conocer, pero él me transmite mucha energía positiva. Creo que podría ser el amor de mi vida. No pienso renunciar a él por una envidiosa patológica.

Si quieres ponerte de su lado, por lo menos que sepas la verdad.

También este correo terminaba con una especie de ultimátum por parte de ella y sin ningún saludo final. Temí que ambas se pensarán que había tomado el lado de la otra y que también se enfadarán conmigo.

—Serán tontas...

Respondí en un único *email* y las puse a ambas en el destinatario. Aquella tontería debía acabar ya.

Hola a las dos:

Lo primero: no estoy del lado de ninguna. Lo segundo: no quiero que os peleéis por un chico.

Tenemos que ser adultos y hablar del tema antes de que nadie diga algo imperdonable. ¿Por qué no hablamos por teléfono?

Les pasé el número de teléfono de mi abuela y les pedí que me llamaran. Terminé el *email* de manera diplomática, tratando de sembrar el buen rollo.

El caso es que pasaron los días y ninguna de las dos hizo un intento de hablar conmigo. Cuando yo llamaba a sus casas, o bien me daba comunicando, o bien me contestaban sus padres y me decían que no estaban en casa —lo cual yo no tenía manera de saber si era verdad—. Regresé al cibercafé hasta un total de tres veces durante todo el mes de julio, para descubrir que no me habían respondido. Aparentemente, habíamos puesto punto final a aquella discusión, y la resolución era que todos estábamos enfadados con todos.

«Son unas niñas. Estoy solo, en el culo del mundo, y solo piensan en ellas mismas. No se ponen en mi lugar».

Me planteé si mis deseos eran egoístas. Quizá no quería que se pelearan solo porque eran todo lo que yo tenía. Quizá, en el fondo, me daba igual el asunto de Rogelio mientras siguieran hablando conmigo, cada una por su lado.

«Quizá yo también soy un niño...».

Cuando por fin me di cuenta de que me había quedado sin amigas, solo y desamparado en un

lugar que no era mi hogar, me sentí increíblemente abandonado por el mundo entero.

Tonto de mí. Si tan solo alguien me hubiera dicho que estaba a punto de conocer al primer gran amor de mi vida.

La primera vez que le vi, yo todavía no me sabía su nombre, ni me podía imaginar todo lo que *él* llegaría a significar para mí. Todo lo que viviríamos juntos.

Fue en las piscinas del pueblo.

Aún quedaban algunas semanas de verano cuando decidí dejar de pasarme el tiempo encerrado entre las cuatro paredes de mi habitación, sumido en la tristeza, mientras mi abuela socializaba mucho más que yo, charlando con sus amigas durante largas jornadas en el patio de la casa. Estaba bien dejarse llevar por las emociones, pero debía poner un alto a aquella situación para evitar caer en un agujero de depresión. Pasarme el día encerrado, escuchando las melancólicas canciones de Nirvana, iba a terminar pasándome factura.

Yo sabía que mis padres ingresaban a mi abuela dinero todas las semanas para mi manutención, así que decidí hablar con mi madre y pedirle que le pasaran un dinero extra para que me pudiera hacer el bono de la piscina.

La conversación con mi madre había sido incómoda, como siempre era desde que había salido del armario. Actuaba como si yo fuese una persona distinta a la que siempre había sido.

—¿Para la piscina? Ah... Sí, claro. ¿Cuánto es?

—Son seiscientas pesetas a la semana —le respondí.

—Vale, pues se lo comentaré a tu padre y le haremos el ingreso a tu abuela. Y por lo demás, eh... ¿Qué tal va todo?

¿Que cómo iba todo? ¿Quería que fuera honesto? ¿Que le contara que mi vida era una auténtica mierda desde que me habían echado de casa como a un desterrado?

—Bien —dije, secamente—. Ahora tengo que irme, adiós.

No esperé a que se despidiera, pues era la peor parte de la conversación. Mi madre siempre hacía un notable esfuerzo por decirme algo cariñoso como «te quiero», pero muchas veces no le salía. Nunca habían sido unos padres especialmente afectivos, pero desde que había salido del armario lo eran aún menos. Mi padre ni siquiera se ponía al teléfono, siempre hablaba conmigo a través de mi madre.

El caso es que aceptaron mi petición y pude hacerme el bono de la piscina.

Salir de casa me vino bien. Me permitía respirar aire fresco, estar rodeado de otra gente y dejar de pensar en mis miserias al menos por un instante. Desde que Patricia, Lola y yo habíamos dejado de ser amigos, solo había salido de mi habitación para ir a comer o pasar por el baño.

El recinto de las piscinas estaba compuesto por dos de ellas, una grande y rectangular, y otra más pequeña y redonda —la de los niños pequeños—, en una parcela de césped, donde mucha gente ni siquiera usaba toalla y se tiraba sobre la hierba. La verdad es que había un ambiente

muy agradable.

Había un pequeño kiosco en el que trabajaba un señor latinoamericano llamado Mauricio, que vendía helados y chucherías. Siendo el único latino del pueblo, las amigas de mi abuela le llamaban «el panchito», pero yo venía de Madrid, donde había escuchado ese término ser empleado de manera despectiva, así que me aprendí su nombre y siempre procuraba saludarle con educación. Mauricio tenía un radiocasete que ambientaba el recinto con música relajante.

El primer día de piscina me dio vergüenza quitarme la camiseta, ya que estaba blanco como la leche, pero, poco a poco, fui ganando algo de moreno. En los noventa usábamos cremas solares ineficientes, y no teníamos tanta concienciación como ahora de repetir la aplicación cada cierto tiempo, así que no tardé en coger color.

Solía ver grupos de chavales casi todos los días, algunos de ellos de mi edad, quizá lugareños, o quizá turistas, pero a pesar de la imperiosa necesidad de socializar que sentía dentro de mí, nunca tuve el valor de acercarme a ellos ni trabé amistad con nadie. Como ya he contado anteriormente, he sido víctima de abusos por parte de mis compañeros de clase durante toda mi vida, bien por sensible o bien por juntarme con chicas, por lo tanto, mi cuerpo respondía de manera violenta ante la idea de acercarme a un grupo de chicos. Con tan solo escucharlos hablar y reír en voz alta, el vello de mi nuca se erizaba y se me activaban alarmas internas que me gritaban: ¡Huye! ¡Huye!

A mediados de agosto, lo vi por primera vez a *él*, allí, en las piscinas. Iba acompañado por otros dos chicos, y nada más escucharlos hablar mi sistema de alarma se activó.

«Un grupo de chicos al otro lado de la piscina grande. Más me vale pasar desapercibido».

Yo estaba sentado en el borde, con las piernas metidas en el agua fría. Vestía un bañador de color naranja que me llegaba hasta las rodillas. Normalmente, escuchaba la música que ponía Mauricio en el kiosco, ya que así ahorra las pilas del *walkman*, pero aquel día estaba estrenando la nueva cinta de Mecano, así que llevaba los auriculares puestos.

Mientras escuchaba la voz de Ana Torroja, mis pies pataleaban con suavidad en el agua. El contraste del sol en mi espalda y el agua fría en mis pies me hacía sentir que estaba en la gloria.

Mis ojos se fijaron en aquel grupo de tres chicos. Por alguna razón, al principio, *él* me pareció mayor que el resto, y pensé que se trataba del padre de uno de ellos. No fue hasta que los observé más rato y los escuché hablar, que me di cuenta de que eran todos adolescentes.

«Son más o menos de mi edad».

El caso es que *él* era mucho más alto que los otros dos —un metro noventa, tal y como supe más adelante— y también tenía un cuerpo fornido —debido al trabajo en la granja, lo cual también supe más tarde—. A eso se sumaba un parche de vello corporal que inundaba su pecho, convirtiéndolo en una mancha oscura. Por todo ello, al principio, había pensado que era mucho mayor que yo.

«Tendrá como mucho veinte años».

Me fijé en *él* incluso antes de darme cuenta de que lo estaba haciendo. Los tres se habían acercado a la orilla de la piscina, y se habían sentado en ella, emulando mi misma postura. Charlaban alegremente a unos cuatro metros de mí mientras sus pies pataleaban en el agua.

En los otros dos ni siquiera me llegué a fijar, pero a *él* me lo comí con la mirada desde el principio.

Su cabello era castaño, aunque cuando le daba fijamente el sol se volvía rubio, y, aunque todavía tenía mucha cantidad, ya tenía entradas que dejaban entender que pronto se quedaría calvo. Tenía la nariz grande y señorial. Era lo primero que destacaba en su rostro. Sus cejas eran

gruesas, al igual que su barba y su vello corporal. Era un tipo grande, robusto y fuerte, pero sin ser musculoso. Se notaba que trabajaba en el campo desde pequeño.

Tenía el volumen del *walkman* tan bajo que le escuché hablar a pesar de llevar puestos los auriculares, y me sentí hipnotizado por su voz: era grave y potente, muy poderosa. Me quedé mirándole fijamente durante unos instantes, sumergido en la ensoñación que suponía toda su existencia. En mis orejas, la voz de Ana Torroja susurraba *El fin del mundo* mientras mi mirada seguía fija en aquel adonis de carne.

«¿Quién es este chico? ¿Y por qué no puedo dejar de mirarle?».

Ni siquiera era tan guapo, no se parecía a George Clooney, Brad Pitt o ninguno de los actores de moda. No era para nada alguien que pudiera salir en la portada de una revista para mujeres. Pero, aun así, había captado mi interés con una fuerza sobrenatural.

De pronto, fui consciente de que le estaba mirando sin ningún disimulo. Además, mi bañador había empezado a cambiar de forma ante la inminente erección que había surgido en ella. Me puse nervioso al darme cuenta de que cualquiera podía verlo.

Presa del pánico, temiendo que se notara, me tiré al agua.

«¡Mierda, el *walkman*!».

Emergí bajo la superficie y me quité el *walkman* a todo correr, arrojándolo al césped.

—¡Ay, *weon*! ¡Tienes la cabeza hueca o qué te pasa! ¡Tanto calor tenías que te lanzaste con la música y todo al agua! —me gritó Mauricio desde su kiosco.

Algunas personas rieron el comentario, y yo mismo me uní a las risas, siendo consciente de la estupidez que acababa de cometer. De pronto, sentí todas las miradas centradas en mí, por lo que cogí mi *walkman* pasado por agua y me marché sin mirar atrás.

A él no lo volví a ver el resto del verano. Para mí, seguía siendo tan solo un atractivo joven sin nombre. No sabía siquiera si vivía en el pueblo o si era un turista que había estado de paso con su familia. Yo me paseaba por el pueblo tratando de buscarlo entre la gente, cuando me tomaba un refresco en la terraza de La Tirolina, el bar de la plaza, o cuando recorría los caminos junto a los pastos de trigo, siguiendo las rutas transitadas por los excursionistas. Mis ojos buscaban continuamente a aquel chico que me había hipnotizado en la piscina. Pero no hubo suerte.

Su imagen visitaba mi mente cada noche. En ocasiones, pensaba en él justo antes de dormirme, cuando me sentía solo y mi traviesa mano se deslizaba en el interior del pijama. Otras veces su imagen acudía a mí en sueños, para decirme que me había observado en la piscina y que quería conocer mi nombre. El caso es que, cuando empecé a reconocer las caras de los pueblerinos y me di cuenta de que él no estaba entre ellos, asumí que seguramente había estado de paso por Torrecamino y que no volvería a verlo nunca más.

Desconocía en aquel momento la sorpresa que me aguardaba el destino. Y que volvería a verlo más pronto de lo que pensaba.

Las vacaciones de verano habían terminado, con lo que llegó el momento que más temía: me tocaba enfrentarme a un nuevo grupo de compañeros de clase, completamente desconocidos para mí, y estudiar algo que no me motivaba en absoluto.

En Torrecamino había un instituto de estudios superiores, un edificio bastante puntero para un lugar como aquel. Alumnos de toda la comarca venían para estudiar algo que les pudiera abrir camino en el ámbito laboral. En el instituto se ofertaban hasta un total de cuatro cursos superiores, similares a la formación profesional de hoy en día, y mi padre me había obligado a apuntarme en una de ellas. Al menos había sido lo suficientemente considerado como para dejarme elegir a mí, y yo me había decantado por Tecnologías de la Comunicación, pues era el que menos me desagradaba de los cuatro. En aquel curso de un año de duración, aprendería desde montar tendidos eléctricos y pasar el cableado de luz de un edificio, hasta instalar antenas, radios e, incluso, ordenadores.

Los cuatro cursos superiores del instituto cubrían un sector donde predominaban los hombres, por lo que, de un total de cien alumnos en todo el instituto, apenas había cinco chicas. Temía que ninguna de ellas estuviera en mi clase. Para mí esto resultaba un problema, ya que, como os conté al principio de esta historia, siempre me he relacionado mejor con las chicas debido a que no suelo encontrar muchos parentescos con mis homónimos heterosexuales. Temía verme rodeado por una veintena de cromañones que pudieran continuar con los abusos que yo arrastraba de Madrid.

Mientras caminaba cuesta arriba el primer día de colegio, en dirección al edificio que se erigía en lo alto de una colina, rodeado por docenas de muchachos de mi edad que me eran desconocidos, tomé una determinación:

«Tengo que aprovecharme de que no me conocen. Tengo que empezar de cero».

La prioridad era evitar que se fijaran en mí.

«Siempre he sido sensible y me he juntado con chicas, y eso me ha llevado a la ruina. Si quiero sobrevivir al pueblo durante todo un año sin que mi vida sea un infierno, necesito pasar desapercibido. Tengo que evitar ser sensible y tengo que hacer amigos masculinos. Tengo que mezclarme entre ellos como uno más».

Era una mierda tener que cambiar mi forma de ser y adquirir una personalidad que me hacía sentir incómodo, pero, a veces, en la vida debemos tomar decisiones difíciles basadas en la supervivencia. Ser sensible me había condenado en Madrid, un lugar mucho más diverso y plural que Torrecamino. En el pueblo, los chicos eran aún más varoniles y fortachones. Si me veían como alguien sensible, sería mi ruina.

Vi a la gente que ya se conocía saludándose con energía y risas. Intuí que muchos de aquellos estudiantes se desplazaban desde otros pueblos aledaños, ya que en Torrecamino no había tantos adolescentes. Me vi rodeado de gente, pero, mientras caminaba por los pasillos del instituto a través de ellos, me sentí absolutamente solo. Mi mente estaba vacía, y tan solo tenía un objetivo: superar aquel día lo antes posible.

Sentía ganas de llorar, pero ni loco podía dejarme llevar por mis emociones. Llorar estaba en mi top cinco de las cosas que tenía prohibidas.

Mi clase estaba en la planta superior, en una esquina del edificio. Cuando accedí al aula, ya había varios grupos de chavales reunidos, hablando entre ellos. Los ignoré, caminando con la cabeza agachada, y caminé hasta el final del aula, ocultándome en la última fila. Me senté en un pupitre solitario, en la esquina. A mi lado, una gran ventana panorámica me permitió observar el hermoso paisaje que rodeaba Torrecamino. A pesar de mi disgusto al encontrarme allí, desde el primer día había reconocido que el paraje riojano en el que se asentaba el pueblo natal de mi padre era idílico.

Seguí observando por la ventana mientras los alumnos iban llegando a clase, como si la cosa no fuera conmigo. Poco a poco, todos fueron tomando sus asientos, y volví al presente cuando la puerta se cerró con fuerza. Giré la vista a la pizarra, y me encontré con que el profesor ya había entrado.

—Buenos días, caballeros —dijo—. Voy a contar cabezas, aunque creo que ya estaríamos todos.

Observé a mi alrededor. Efectivamente, comprobé que éramos solo chicos. Ninguna chica en clase.

«Esta gente será mi compañía durante el próximo año», pensé mientras la ansiedad tocaba al timbre de mi cabeza, pidiendo permiso para entrar.

Al ser un curso de formación superior al que era posible acceder en cualquier momento —siempre que el alumno tuviera la certificación de Educación Secundaria Obligatoria—, había gente de distintas edades. La mayoría, como yo, oscilaba entre los diecisiete y los diecinueve, pero también había dos que debían superar los treinta, y un señor de al menos cincuenta años que parecía un poco perdido. Imaginé que nunca era tarde para rehacerse a uno mismo.

«Bien por él».

Consideré que la presencia de aquel cincuentón en clase era una buena noticia para mí, puesto que era el que más destacaba de todos. El rival más débil. Aquellos que hemos sufrido *bullying* siempre tendemos a buscar otras posibles víctimas, con la idea de que, si hay algún abusón entre nosotros, se fijen antes en esa otra persona que en nosotros. Es un comportamiento de mierda, pero forma parte del instinto de supervivencia.

Inevitablemente, mis ojos también buscaron chicos guapos a mi alrededor. Supongo que es algo que todos los gais hacemos, de la misma forma que los chicos heteros buscarán chicas guapas en ese tipo de situaciones. Di con alguno que parecía mono, pero que no me atraía especialmente.

Habían quedado dos pupitres libres, uno en primera fila frente a la pizarra, y otro justo delante de mí.

«¿Qué cojones estoy haciendo aquí?», me pregunté mientras el profesor se presentaba a sí mismo y nos hablaba de sus experiencias pasadas en el mercado laboral.

Me sentía completamente fuera de lugar. Si meses atrás me hubieran dicho que me iba a encontrar en un pueblo perdido en medio de Álava, estudiando un curso que no me motivaba, rodeado por desconocidos y sintiendo que mis propios padres me habían dado la espalda, habría

tenido un ataque de ansiedad. Mi plan inicial había sido ir a la Complutense y hacer la carrera más fácil de las disponibles. No tenía especial vocación por nada y me había dado igual qué estudiar, pero un curso superior de Tecnologías de la Comunicación no estaba entre mis primeras opciones.

«Tengo que volver a Madrid, haré lo que haga falta para ello», decidí. «Hablaré con mis padres. Sé que no quieren tenerme cerca, pero les intentaré convencer de que hacer una carrera es mucho más provechoso. Quizá pueda conseguir que me paguen alguna residencia estudiantil, y así no tengo que convivir con ellos».

Sabía que sería muy difícil, porque lo que mi padre pretendía mandándome al pueblo era alejarme de los «vicios» de la gran ciudad. Alejarme de Chueca y de otros chicos como yo. Bajo ningún concepto me admitiría de vuelta a no ser que yo me convirtiera milagrosamente en heterosexual, algo que no parecía muy probable.

Con el objetivo de volverme a Madrid en mente, atendí a la clase con un poco más de optimismo. Con suerte, aquel sería el último día en ese instituto.

—Bueno, veo que faltan dos compañeros —comentó el profesor, añadiendo una nota en la lista de nombres—. Pero siempre hay desertores el primer día, vamos a ir empezando. Hoy solo quiero presentaros el curso, me gustaría compartir con vosotros la agenda escolar, explicaros en qué consiste cada asignatura y qué es lo que se espera de vosotros.

Su presentación fue interrumpida cuando golpearon la puerta desde fuera. Se abrió y se asomó una silueta alta que captó mi interés.

—Perdone, profe, me había equivocado de clase —comentó el recién llegado desde el pasillo. Tenía una voz grave y fuerte que me hizo dudar de si se trataba de un alumno o si era más bien un adulto.

—Tranquilo, estábamos empezando ahora. ¿Me das tu nombre? —preguntó cogiendo la lista de alumnos y tachando la nota que había tomado en ella.

—Jon Martínez —respondió el alumno.

—Pasa, Jon —le indicó el profesor, echándose a un lado.

El alumno accedió al interior del aula y, justo en ese momento, se me heló el corazón.

Se trataba de *él*: el chico de la piscina.

Jon accedió a clase y echó un vistazo rápido a la ocupación. Distinguió el pupitre libre frente a la pizarra y caminó hacia allí. Entonces, sus ojos distinguieron también el pupitre frente a mí, y cambió de opinión para dirigirse a la penúltima fila. ¿Quién se sentaría en primera fila pudiendo elegir sentarse atrás del todo? Yo sentí que mi corazón latía con tanta fuerza que toda la clase debía de estar escuchándolo.

«¡Se va a sentar delante de mí!».

Sus ojos entraron en contacto con los míos durante un milisegundo, antes de tomar asiento frente a mí. Yo estaba erguido como si tuviera un palo metido por el culo, incapaz de moverme ni de articular palabra.

El profesor retomó su charla y empezó a presentar la agenda escolar, pero mi atención ya no estaba centrada en él. Estaba completamente volcada en Jon.

Vestía una camiseta blanca con mangas azules, que se ajustaban a sus voluminosos brazos. Su ancha espalda se marcaba bajo la tela de la camiseta, dejando entrever que, si bien no era un chico de gimnasio, era lo suficientemente fuerte como para haber desarrollado musculatura. Recuerdo que siempre olía a campo y a tierra, un olor que aún me trae gratos recuerdos. Pero, por encima de aquel olor, también llevaba un poco de colonia, lo cual se me hizo raro, pues no parecía la clase de chico que cuidara su aspecto de esa forma. Quizá le daba vergüenza ir oliendo

a campo y trataba de disimularlo.

Acabo de recordar, mientras visualizaba aquel primer encuentro que tuvimos en clase, que siempre llevaba una fina cadena de plata alrededor del cuello. No recuerdo lo que colgaba de la cadena, pero no era una cruz —por suerte para mí, pues la marcada religiosidad de mi padre me había conducido a sentir repulsa hacia las religiones—, creo que era algún tipo de medallón.

—Voy a apuntar el calendario semanal en la pizarra, por favor, copiadlo en vuestro cuadernillo —pidió el profesor, que cogió una tiza y empezó a dibujar una tabla en la pizarra.

Salí de mi ensoñamiento lo suficiente como para obedecer. Saqué el cuaderno y el estuche de mi mochila y los puse sobre la mesa. Mientras empezaba a dibujar una tabla en mi propio cuaderno, imitando al profesor, observé a Jon con el rabillo del ojo. Parecía un poco perdido, mirando a cada lado.

«Se le ha olvidado la mochila», me percaté. Entre aquel detalle y el hecho de que se había confundido de clase, concluí que debía ser bastante desorganizado.

Le vi tentado de inclinarse hacia delante y pedirle una hoja y un lápiz al chico que estaba sentado delante de él, pero mi mente estuvo ágil y me granjeó la excusa perfecta para intercambiar unas palabras con él.

—¿Necesitas ayuda? —le ofrecí.

Se giró. Por primera vez, nos miramos a los ojos lo suficiente como para fijarme en él de cerca. Era increíblemente mono.

—Pues no he traído ni papel ni cuaderno... —comentó, avergonzado. Me pareció irresistible.

—Tranquilo, yo te cubro. —Arranqué una hoja de mi cuaderno y le tendí uno de mis lápices.

—Muchas gracias, tío —me dijo.

Nuestros dedos se rozaron cuando cogió las cosas que yo le ofrecía.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó.

—Soy Hugo García —le dije, sonriente. Esperé que no me hubiera ruborizado tanto como temía, pues, de otra forma, sería evidente que me gustaba.

—Pues muchas gracias, Hugo, me has salvado la vida. Yo soy Jon Martínez.

—Encantado, y no hay de qué —dije, asintiendo con calma.

Cuando retomamos la tarea y nos enfrascamos en copiar la información de la pizarra, noté que mi pulso se había acelerado mucho más de la cuenta. El corazón me latía a todo correr. Alcé la vista un instante para fijarme en la ancha espalda que había delante de mí, agachada frente al pupitre, tomando notas.

«Quizá el curso no esté tan mal después de todo».

De repente, ya no me apetecía regresar a Madrid.

Si vivir en Torrecamino era una travesía por el desierto, encontrarme con Jon en aquel lugar había sido como toparme con un oasis.

Todos los días coincidíamos en clase de manera inevitable, y nos saludábamos con una sonrisa y un gesto sencillo. No hablábamos mucho, ya que yo era de naturaleza tímida y él tampoco parecía muy extrovertido, así que me dedicaba a observarle en silencio. Le prestaba más atención a él que a las clases.

Memoricé su olor, su corte de pelo y la forma de su cuerpo. Aprendí a reconocer su vestimenta, y a fijarme en cuándo repetía pantalones o camisetas. También me aprendí algunos detalles que la mayoría pasaría por alto, como ese pequeño lunar que tenía en la clavícula, la forma que tenía su abultada nuez o el corte imperfecto de su barba, donde siempre se dejaba varios pelos más largos por descuido.

Me gustaba su voz varonil, sus andares despreocupados y su estilo de vestir campechano y chandalero —jamás conocí a otro chico con mayor dedicación por el chándal—. También me percaté de que sudaba con bastante facilidad, pues a primera hora de la mañana llegaba con la camiseta impoluta, pero para la hora del recreo ya tenía dos pequeñas manchas bajo las axilas y en la parte superior de la espalda. En su defensa diré que en Torrecamino hacía un calor infernal la mayor parte del año.

Mi momento favorito todos los días era cuando se inclinaba hacia delante en el pupitre. Al hacerlo, a veces, se le subía la camiseta y se le bajaba el chándal, de modo que yo podía observar la parte superior de su trasero, intuyendo la forma de sus nalgas. Me sentía un poco *voyeur* al mirar, pero, claro, si una persona que te atrae físicamente se sienta delante de ti y ofrece un espectáculo como aquel, habría que ser un cura para evitar caer en la tentación.

No tardé en darme cuenta de que Jon era muy parecido a mí en muchas cosas. Le pillaba a menudo mirando por la ventana, distraído, por lo que se sentía tan encerrado como yo en aquella aula. Probablemente, tampoco le interesaban demasiado las tecnologías de la comunicación. También noté que no conocía a nadie más en clase, o, al menos, no se relacionaba con ellos demasiado, por lo que me pregunté si se había mudado desde otro lugar, como me había pasado a mí.

«Quizá es la oportunidad que estaba buscando. Conocer a alguien con quien poder congeniar y hacerme su amigo. Quizá si Jon y yo nos hacemos amigos, ya no me sienta tan solo».

Decidí intentar por todos los medios acercarme a él, aunque, si tengo que ser sincero, ya desde el principio no sabía seguro cuál era mi motivación, si bien conseguir un amigo o conseguir una excusa para interactuar con un chico que me atraía de manera incontrolable.

Cuando tomé la determinación de hacerme amigo de Jon, ya llevábamos dos semanas de clase. Durante los recreos, yo había estado quedándome en clase, pasando apuntes a limpio, aunque, en el fondo, no dejaba de ser una excusa para no tener que interactuar con los demás. Aquel día decidí salir de mi zona de confort y buscar a Jon.

Recorrí el edificio en su busca. Vi a la mayoría de los chavales jugando varios partidos de fútbol en el patio. Yo aborrecía el fútbol. No quiero alimentar estereotipos, pero es cierto que nunca me entendí con ese deporte. Me había imaginado que quizá Jon fuera deportista, ya que tenía un cuerpo fornido que lo haría buen portero, pero, para mi sorpresa, me lo encontré sentado a él solo en un banco de madera, en la parte trasera del edificio. Intuí que había estado buscando un lugar tranquilo en el que estar en soledad, como yo.

Me acerqué a él con el corazón en un puño, sintiéndome muy nervioso.

—¿Te importa que te acompañe? —pregunté.

—Para nada. —Se movió para hacerme sitio a su lado. Se estaba comiendo un bocadillo de tortilla de patatas.

—¿Te vas a meter eso entre pecho y espalda a las once de la mañana? —pregunté, aturdido.

—Es que soy muy grande, tengo que alimentarme bien.

Me eché a reír.

—Sí, ya me había fijado —dije como de pasada. No quería darle más información y confesarle que solía pensar en ese cuerpo grande prácticamente todas las noches.

—Supongo que no me vendría mal perder algún kilo... —comento él un poco sonrojado.

Temí que pudiera tomar mi comentario como un insulto hacia su físico.

—Oh, no, no quería decir que estés gordo —dije de inmediato—. No estás gordo, Jon, eres grandote, pero se ve que es tu constitución. A mí me gusta.

Me miró arqueando una ceja.

—Quiero decir que me gustaría tener un cuerpo como el tuyo —aclaré rápidamente. No podía dejar que descubriera mi orientación sexual bajo ningún concepto—. Estás muy fuerte. ¿Trabajas en el campo?

—Soy granjero —explicó—. Bueno, mi padre lo es. Pero yo le echo una mano desde que soy pequeño.

—Ya veo. Eso explica tu espalda.

Nos reímos juntos.

Nos quedamos callados un momento, observando el campo que se extendía frente a nosotros. Me sentía muy incómodo, y temí que él pudiera sentirse igual. Quería desarrollar una amistad con Jon, y que se sintiera cómodo hablando conmigo de cualquier cosa. Que nuestros silencios no fueran incómodos, sino un momento para reflexionar juntos. Pero una amistad así requiere tiempo, y yo no quería apresurar las cosas.

—¿Y tú? —me preguntó Jon, rompiendo el silencio—. ¿Eres de por aquí?

—Pues no. Soy madrileño —admití—. Pero mi padre se crio en este pueblo, y he decidido venir a estudiar aquí.

—Una decisión rara —me comentó—. Seguro que en Madrid tenías más opciones de carrera.

—Ya, bueno...

No quería contarle más de la cuenta, pues incluso aunque omitiera la razón por la que me habían desterrado mis padres, levantaría preguntas y podría hacerle sospechar. Pero tampoco quería mentirle, porque inventarte cosas no es un buen primer paso para establecer una amistad con alguien. Decidí ser muy escueto con mi respuesta y contarle la verdad, pero sin muchos detalles.

—La relación con mis padres no es muy buena —admití—. Siempre discutimos y no nos llevamos bien. Quería salir de casa y, no sé, la verdad es que el pueblo me gusta. Aquí se está muy bien.

—Eso es verdad —admitió él.

Me ofreció su bocata, y, aunque estuve tentado de darle un bocado a la tortilla, negué con la cabeza.

—Gracias —dije de todas formas.

—¿Y qué tal tus primeras semanas en el pueblo? —De pronto, abrió los ojos como platos, se irguió en el banco y me miró boquiabierto—. ¡Eres el chico del *walkman*! ¡El de la piscina!

Sentí que me ponía rojo como un tomate.

—Eeh, sí —admití. Había olvidado por completo que él había estado allí aquel día, durante el incidente.

—¡Te vi en verano! Claro, como no te conocía entonces, no me quedé con tu cara. No había caído hasta ahora, que te he visto mejor.

Se empezó a reír a carcajadas, y yo no supe cómo reaccionar. Al ver que yo me había avergonzado, dejó de reírse.

—Perdona, Hugo, no quería reírme de ti, es que fue muy gracioso. ¿Qué te pasó para que te lanzaras al agua tan de golpe que no te quitaste ni el *walkman*? Mira que no son baratos.

—Qué me vas a contar, estoy ahorrando para uno nuevo, pero no creo que lo tenga antes de navidades. —Me rasqué la nuca, pensando en una mentira creíble. No podía contarle que me había tirado al agua porque había tenido una erección al verle a él sin camiseta.

—Bueno, espero no haberte ofendido —dijo él.

—No pasa nada. Hacía mucho calor y se me fue la olla —bromeé.

Me eché a reír y me acompañó, y terminamos los dos a carcajada limpia.

Aquella fue nuestra primera conversación casual y, desde entonces, compartimos varias más. Resultó que tanto Jon como yo éramos malísimos jugando al fútbol. Según me dijo él, tenía dos pies izquierdos. Por lo tanto, empezamos a pasar los recreos en la parte de atrás del edificio, sentados en aquel banco, mientras la mayoría de los chicos jugaban en el patio.

Aparte de nosotros, había otros pequeños grupos que también pasaban del fútbol. Varios de ellos se reunían en otro banco, a unos diez metros de nosotros, donde fumaban porros todo el rato, pero como nosotros no fumábamos, no nos juntamos con ellos. Las chicas, en cambio, se reunían todas en el césped delantero y solían compartir revistas de entretenimiento. Yo estuve tentado de unirme a ellas en más de una ocasión, pero lo evité, sabiendo que era un suicidio social.

Poco a poco, Jon y yo fuimos conociéndonos más.

Yo le conté que mis padres eran muy conservadores y unos gilipollas. Él me contó que los suyos estaban divorciados, y que su madre vivía en Santander con su nuevo marido. Jon había intentado irse a vivir con ella, pero su padre, que era un hombre muy tradicional, quería que Jon heredase la granja y que aprendiera a mantenerla. Me pareció un muchacho que tenía en alta estima a su padre y que trataba de cumplir sus deseos lo máximo posible.

Durante los fines de semana, Jon solía ayudar en la granja, sin acercarse al pueblo ni relacionarse mucho con los demás chicos de su edad. Es por eso por lo que, prácticamente, no conocía a nadie, aunque sí que me habló de un par de conocidos que tenía en otro curso del instituto. Imaginé que debían de ser los mismos con los que le había visto en verano en la piscina.

Resultó que Jon era solo un año mayor que yo, habiendo cumplido dieciocho apenas con una semana de diferencia de que yo cumpliera diecisiete. Me extrañó una vez más lo mayor que parecía para tener esa edad. Supuse que su voz tan varonil y la densidad de su barba y vello corporal contribuían a aquella sensación. Además, estaba empezando a perder pelo en la cabeza, y eso siempre añade años.

Descubrimos también que teníamos varias aficiones en común: los videojuegos, la música y el cine. Hablábamos de películas y de la Super Nintendo a todas horas. A mí me encantaba pasar tiempo con él, y, gracias a su presencia, ir a clase dejó de ser una tortura.

Cuando ya llevábamos un mes de clase, Jon y yo ya éramos amigos. No dejaba de ser una amistad superficial, pues aún no hablábamos de cosas más profundas como nuestros sentimientos o de problemas serios, pero manteníamos una relación cordial que nos gustaba a los dos.

Hablábamos a todas horas, entre clases, durante el recreo e, incluso, durante la clase. Si había que ponerse en parejas para hacer alguna tarea del curso, siempre nos poníamos juntos, y, para mi agrado, él parecía tan dispuesto como yo a pasar tiempo juntos.

A mí me encantaba tenerlo cerca. Me encantaba oler el aroma a tierra que desprendía, y el olor de la colonia que usaba para intentar taparlo. Cuando le tenía muy cerca, aprovechaba cualquier ocasión para echar un vistazo rápido al cuello de sus camisetas, fijándome en el vello que asomaba desde su pecho. Todos sus rasgos me gustaban, su nariz grande y llena de personalidad, su voz espectacularmente grave, y cuando reía, lo hacía con todo el cuerpo, agitándose como una maraca, lo cual me transmitía una inmensa felicidad.

Entonces, un día, pasó algo que me asustó.

Estábamos en clase de Radio, aprendiendo sobre frecuencias y antenas. La profesora de la clase era una señora mayor cuya voz era terriblemente monótona, y que siempre me hacía perder la atención. Por lo tanto, como muchas otras veces, mi vista se había desviado hacia el chico que se sentaba delante de mí, ese que me visitaba en mis fantasías cada noche. Admiré su nuevo corte de pelo en silencio. Se lo acababa de cortar, y, al hacerlo, se había acentuado que, tanto en la coronilla como en la frente, estaba perdiendo densidad de cabello. Un compañero de clase le había tomado el pelo —nunca mejor dicho— diciéndole que se iba a quedar calvo, y Jon se había puesto rojo como un tomate, aunque se había reído para hacer como que no le importaba. A mí el comentario me había llenado de rabia, porque me parecía que con el nuevo corte estaba increíblemente mono.

«Qué capullo es Gerardo. Pues sí, Jon se va quedando calvo, pero ¿y qué? Es bastante más guapo que él. Me encantaría poder decírselo, pero, claro, si hago ese comentario, sospechará que me gusta».

Y fue entonces, sumido en mis pensamientos, que giré la vista y me fijé en el susodicho Gerardo, el chico que había hecho el comentario hiriente sobre el corte de pelo de Jon. Estaba sentado en la misma fila que yo, y me estaba mirando fijamente. Yo me di cuenta de que me había estado observando mientras yo miraba fijamente a Jon, así que aparté la vista con rapidez y miré a la pizarra con disimulo.

Mi corazón empezó a latir con fuerza.

«¿Cuánto tiempo habrá estado mirándome? ¿Se habrá dado cuenta?».

Intenté aparentar naturalidad y que no se me notara nervioso. Temí que Gerardo se hubiera fijado en mi inusual interés por Jon, y que mi secreto peligrara. Me dio tanto pavor que durante el resto del día no fui capaz de mirar o hablar con Jon, e, incluso, me fui a casa de mi abuela sin despedirme de él.

Esa tarde tomé la decisión de ser más cauteloso. Si en el pueblo se extendía el rumor de que era homosexual, se haría insoportable tener que vivir allí un largo año, y mis padres no me aceptarían de vuelta en Madrid con los brazos abiertos. Temí también que Jon, cuyo contexto familiar era tan conservador como el mío, pudiera alejarse de mí por miedo a mi orientación sexual, así que iba en contra de mis intereses que mi secreto se airease.

A partir de ese día, fui más cauto y, aunque me dolía en el alma hacerlo, empecé a ser más seco con Jon frente a los demás.

Tocaba anteponer la etiqueta de la sociedad por encima de mis propias preferencias. Algo a lo que las personas que nos salimos de la heteronormatividad, desgraciadamente, ya estamos acostumbradas.

Era viernes por la noche, y, como cada viernes, una mezcla de emociones surgía en mi interior. Por un lado, agradecía no tener que ir a clase hasta el lunes y poder desconectar de las aburridas sesiones del curso. Por otro lado, echaría de menos a Jon.

Yo sabía que Jon solía ayudar a su padre en la granja prácticamente todos los fines de semana, de manera que no solíamos quedar. Aun así, habíamos hablado de hacer una sesión de juegos con la videoconsola en alguna ocasión, ya que yo echaba de menos la Super Nintendo. Pero no había vuelto a insistirle sobre esa idea, puesto que no quería que me viera demasiado excitado por quedar con él.

Salí al patio trasero de la casa y caminé hasta la hamaca. Ya era noche cerrada, y el verano acababa de dar paso al otoño, pero, aun así, hacía una temperatura agradable para disfrutar de la noche, ataviado con una camiseta de tiras, un bañador y unas chancas playeras. Me tumbé sobre la hamaca y me dispuse a disfrutar de un helado que ya se derretía en mis manos. Entretanto, pensaba en Jon una vez más. Era mi objeto de deseo, el hombre que me arrebatava el sueño una noche tras otra, sin descanso. Me había preguntado varias veces cuál sería la sexualidad de Jon, pero no había manera de saberlo.

Generalmente, los heterosexuales presuponen la heterosexualidad de los demás hasta que no se muestra lo contrario, pero los gais vemos la realidad desde otro prisma. Un claro ejemplo era yo mismo, ya que todos en clase suponían que era heterosexual simplemente porque no cumplía con el estereotipo de gay afeminado. De la misma forma, Jon era muy recio, con rasgos varoniles y un comportamiento muy masculino, pero eso no significaba nada. De la misma forma que no tenía garantías de su homosexualidad, no tenía indicios para sospechar que pudiera no serlo. Por lo tanto, dejé su sexualidad en un limbo y mantuve la mente abierta en busca de pistas que me pudieran conducir hacia sus intereses.

Terminé el helado y regresé al interior de la vivienda, y fue entonces que escuché, de pasada, la conversación telefónica que mi abuela estaba teniendo.

—Claro que sí, todos los días. ¿Cómo iba a escaquearse de clase? Si es buen chico —la escuché decir.

Me detuve a la altura de la puerta del salón, agucé el oído e interpreté aquella frase.

«Está hablando con mis padres».

Posiblemente, con mi madre, puesto que mi padre no se dignaba a llamar.

—Ahora está fuera, disfrutando de un helado. No, qué va, en el pueblo aún hace buen tiempo. ¿Quieres que le llame y que te pase con él?

Me puse nervioso, di un paso atrás por si acaso mi abuela iba a buscarme al patio, para fingir que estaba justo llegando de fuera.

—Ah, vale, como quieras —dijo mi abuela con tono de decepción.

Comprendí que mi madre había declinado la invitación de hablar conmigo.

—Aurora, no sé qué os habrá hecho el chico para que le tratéis así, la verdad, si es un amor.

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas. El cariño incondicional que sentía mi abuela por mí me era algo completamente nuevo. Incluso antes de salir del armario, yo siempre había sentido que mis padres solo me querían si yo cumplía con lo que ellos esperaban de mí, pero con ella no era así.

Cuando pensaba en mis padres, sentía una extraña mezcla de emociones en mi interior que se debatían entre sí. Por un lado, les odiaba por cómo me habían tratado, y no quería saber nada de ellos. Pero, por otro lado, quería que ellos me quisieran. Sentir una vez más que me rechazaban, me partió el corazón en mil pedazos.

—Entonces hasta mañana —escuché que decía mi abuela, justo antes de colgar.

Me sequé las lágrimas que habían acudido a mis ojos, como invitados indeseados, justo antes de que ella se encontrara conmigo en la puerta del salón.

—Lo has oído, ¿verdad? —me preguntó.

Era una mujer inteligente. Supe que ninguna excusa serviría, pues mis ojos llorosos me delataban. Así que me dediqué a asentir con calma.

—Mis padres no quieren saber nada de mí, ¿cierto?

Mi abuela tampoco mintió. Simplemente, maquilló un poco la realidad.

—Están muy disgustados contigo, cariño. Pero te quieren y se preocupan por ti, si no, no llamarían para preguntar.

—Si me quisieran, no me habrían echado de casa —dije caminando hacia mi habitación.

—No digas eso, Hugo. Creen que el pueblo es lo mejor para ti.

—¿Lo mejor para mí? —Me giré y la miré de frente—. ¿¿Lo mejor para un adolescente de diecisiete años es alejarle de la ciudad, de sus amistades, de las oportunidades educativas y obligarle a vivir en un pueblo donde no conoce a nadie ni tiene nada!? ¿Eso es lo mejor? ¿Y acaso sabes qué es eso que hice que es tan imperdonable, abuela? ¿Sabes por qué están disgustados? ¡Porque ni siquiera es algo que yo pueda cambiar!

Mi abuela no dijo nada más, me observó mientras yo me dirigía a la puerta de la calle. Distinguí algo en su mirada, me observó de una manera que no había hecho hasta entonces. Quizá era decepción.

Salí de casa, pegué un portazo y caminé calle abajo, sin rumbo fijo.

Lo sé. Fui injusto con mi abuela y me porté mal con ella, pero espero que no me lo tengáis en cuenta. Recordad que yo era un adolescente de diecisiete años que estaba pasando por un tornado de emociones. Lo cierto es que me arrepentí de inmediato de haberle hablado así, y supe lo que había distinguido en su mirada: miedo. Mi reacción temperamental, encontrándome fuera de mí mismo, la había asustado. Temí que mi relación con ella fuera a cambiar a partir de ese punto. Temí perderla a ella también.

Terminé sentado en las escaleras de piedra que ascendían hasta la torre del campanario, en la plaza principal. La calle estaba completamente vacía. La temporada de verano ya había pasado, y los turistas se habían marchado.

Lloré en silencio durante una larga hora mientras mi mente viajaba de un pensamiento a otro, en una tortura que solo un adolescente deprimido es capaz de ejercitar sobre sí mismo.

Pensé en mis padres. En mi abuela. En Jon. Pensé en cómo me sentía conmigo mismo y en mi

relación hacia los demás.

«Quizá el problema soy yo. Si yo no fuese gay, muchas cosas serían distintas. Podría ser amigo de Jon sin problemas, con total naturalidad. De hecho, si no fuese gay, mis padres no me habrían echado de casa, por lo que ni siquiera habría conocido a Jon. Todo sería más sencillo».

Me planteé si era posible dejar de ser gay. Nunca lo había intentado realmente. Es cierto que uno no puede elegir el tipo de persona que le atrae romántica y sexualmente, pero me planteé si había cosas que uno pudiera hacer para reeducar esa atracción y cambiar esos sentimientos. Había psicólogos en la televisión que salían diciéndolo, aunque la opinión popular dijera que esos psicólogos eran dañinos y que las terapias de conversión no habían funcionado nunca.

Aparté todas aquellas locas ideas y decidí regresar a casa.

Mi abuela seguía despierta, aunque ya era tarde para ella. Caminó desde el salón en cuanto me escuchó llegar.

—Hugo, qué susto, pensé que te había pasado algo. ¿Estás bien?

La observé. Era menuda, estaba ligeramente encorvada y la preocupación se marcaba en su arrugado rostro. Me sentí agradecido por tenerla conmigo, y la culpa de haberle gritado momentos antes me carcomía por dentro.

Me eché a llorar incontrolablemente. Mi cuerpo se convulsionaba y daba sacudidas. Ella caminó hasta mí y me rodeó con sus frágiles brazos.

—Ay, Hugo, ya había olvidado lo que era tener un adolescente en casa. Tú eres más bueno de lo que fue tu padre, pero, después de todo, aún eres un chiquillo. Eres buen chico, Hugo, no dejes que nadie te diga lo contrario. Tú no has hecho nada malo.

Me derrumbé en sus brazos y seguí llorando. Entonces, presa del desahogo y de las emociones que me poseían, sentí la necesidad de verbalizar algo que, hasta entonces, solo me había guardado para mí:

—Me siento muy solo, abuela. Terriblemente solo.

Me abatió escuchar aquellas palabras pronunciadas con mi propia voz. Mi abuela me abrazó con más fuerza, y yo me dejé consolar mientras el amor reparador que ella me transmitía, poco a poco, hizo que me fuera encontrando mejor conmigo mismo.

El sol brillaba en un cielo azul claro mientras el aire fresco del otoño soplaba suavemente. El follaje de los árboles había comenzado a cambiar, y los verdes vivos se mezclaban con los rojos, dorados y amarillos cálidos de las hojas. El paisaje era un hermoso mosaico de colores.

Los árboles de hoja caduca habían comenzado a perder sus hojas, que crujían en el suelo con un sonido agradable al ser pisoteadas. El aroma del otoño se podía percibir en el aire, mezcla de hojas secas y leña quemada. Era un día cálido y hermoso de principios de estación, que invitaba a la gente a salir a disfrutar del aire fresco y del maravilloso espectáculo de la naturaleza, pero a mí no me quedaba más remedio que permanecer sentado en mi pupitre, en clase.

Observaba el paisaje exterior desde mi silla, con la mirada perdida en el mundo que existía más allá de la ventana. Regresé mi vista al interior del aula, fijándome de inmediato en la rebelde cabellera del chico que me gustaba y que se sentaba frente a mí. Mis pensamientos deambulaban de un asunto a otro, como la abeja que olisquea varias flores en un prado, en busca de jugoso néctar.

Había decidido poner distancia con Jon, y los motivos para hacerlo eran diversos. El primero y principal de todos ellos era que mi interés hacia mi compañero de clase estaba volviéndose obsesivo. Cuando estaba con él, no podía dejar de desearlo, y cuando no estaba con él, tampoco. Me estaba empezando a dar miedo la idea de enamorarme de él antes de conocer siquiera su sexualidad primero.

Pero ese no era el único motivo para poner distancia entre nosotros. Mi seguridad se había visto comprometida desde que nuestro compañero de clase, Gerardo, me había cazado observando detenidamente a Jon. Claro que los motivos para observar a alguien podían ser diversos y no necesariamente románticos, pero cualquier precaución era poca. Yo temía que mi homosexualidad pudiera dejar de ser un secreto, y que las consecuencias que me había acarreado en Madrid también me encontraran en Torrecamino. Siendo así, poner distancia con Jon había sido un mal necesario, y lo aplicaba sobre todo cuando Gerardo estaba cerca.

Como parte de esa estrategia, había decidido reducir el tiempo que pasaba a solas con él. No había sido fácil tomar esta decisión, pues, a fin de cuentas, lo hacía en contra de mi deseo personal. Pero, una vez más, era primordial priorizar las reglas sociales en lugar de mis deseos privados, con tal de garantizar mi bienestar y seguridad física.

Anteriormente, Jon me había comentado que tenía dos conocidos en una clase distinta, Luis y Carlos. Con la idea de reducir el tiempo que pasaba a solas con él, se me había ocurrido proponerle pasar tiempo con ellos en los recreos. Luis y Carlos formaban parte del grupo que fumaba porros a escondidas detrás del instituto, pero les pedimos que se unieran a nosotros,

indicando que no nos importaba que fumaran. Esto trajo consigo ciertas experiencias que la mayoría de los adolescentes habrá vivido: fumé mi primer porro. No fue una experiencia del todo agradable, ya que me dio mucha hambre y sueño, y lo pasé mal después del recreo en clase. Llegué a casa de mi abuela mareado y hambriento como un perro perdido. Además, había que tener en cuenta que fumar porros era una afición más bien cara, y yo no quería invertir parte de mi escueta paga semanal en aquello. Así que, antes de que me enganchara al asunto, decidí no repetir la experiencia.

A pesar de ello, la compañía de Luis y Carlos fue un cambio agradable que, si bien había sido en contra de mis intereses personales, me trajo varios beneficios. No solo consiguió que dejara de pensar en Jon todo el rato, sino que evitó que Gerardo me viera a solas con él demasiadas veces, lo cual evitaría que empezara a conectar ideas. Además, resultó que, aunque no teníamos mucho en común, eran buenos chicos y tenían una conversación agradable. Por primera vez en mi vida, parecía tener un grupo de amigos, y lo más sorprendente de todo era que todos ellos eran chicos.

Un día de octubre especialmente nublado, me marché de clase una hora antes, ya que me dolía un poco la cabeza y no me apetecía escuchar la ruidosa voz de Álvaro, el profesor de Nuevas Tecnologías que tenía problemas serios para modular el volumen de su voz. Me marché sin decírselo a Jon ni a nadie más, con la idea de romper un poco la dinámica que había construido en la que Jon y yo estábamos sobrecomunicados, como si tuviéramos que contarnos todo.

Rato después, cuando me despertaba de una siesta reparadora en casa de mi abuela, alguien golpeó la ventana de mi habitación desde fuera. Os recuerdo que vivía en una casa familiar de una sola planta, por lo que la ventana era accesible para cualquier peatón que accediera al patio trasero, y mi abuela solía dejar las puertas del patio abiertas de par en par, sobre todo ahora, que era otoño y ya no había turistas en el pueblo.

Descarté que pudiera ser mi abuela, porque era la hora en la que solía ir con sus amigas al bingo de la plaza. Salí de la cama y aparté la cortina, para encontrarme al otro lado a Jon, que me saludó con una mano.

Se me hizo raro que fuera a verme a casa, pues era la primera vez que lo hacía. Yo le había explicado cuál era la casa de mi abuela, y, en más de una ocasión, había comentado que mi habitación era la que daba al patio, pero me sorprendió que él recordase ese detalle. Me pregunté también el motivo de su sorprendente visita.

—¿Puedo entrar? —me preguntó desde fuera.

—Claro, te abro.

Caminé hasta la puerta que daba al patio y le dejé paso. Jon me saludó y caminó conmigo hasta mi habitación.

—Así que aquí es donde sucede la magia —bromeó al entrar en mi habitación.

A mí me dio vergüenza que él estuviera ahí, precisamente, en el lugar donde yo solía soñar —y fantasear despierto— con él tan a menudo.

Mi dormitorio no era nada del otro mundo. Puesto que llevaba poco tiempo viviendo en el pueblo y aquella no era mi vivienda principal, no tenía prácticamente nada personalizado en las blancas paredes que rodeaban el dormitorio. Los únicos elementos personales eran varios casetes que tenía colocados sobre el escritorio y el nuevo *walkman* que por fin había podido comprarme, después de que el antiguo se accidentara en la piscina.

—Tu dormitorio es... muy sobrio —dijo como sorprendido—. Me esperaba algo más.

—Es la casa de mi abuela, ¿qué quieres? ¿Que ponga un póster de Freddy Mercury en la pared?

Jon rio.

—No sé, pero me esperaba otra cosa. Como eres un chico tan...

—¿Tan qué? —pregunté.

Sus ojos castaños me miraron como si pudieran atravesar mi piel y ver lo que había debajo. Me sentí desnudo, totalmente expuesto.

—Colorido.

—¿Soy colorido? —pregunté, sorprendido.

Se volvió a reír. Tomó asiento sobre la cama, y yo me senté a su lado.

—Ya sabes lo que quiero decir —me dijo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, curioso. Me interesó saber cómo me percibía él.

—Eres un chico muy alegre, charlatán, con aficiones chulas como los videojuegos, la música, el cine... Esta habitación es triste y desangelada, no te representa.

Le observé en silencio durante unos instantes.

«Es porque, en realidad, así soy yo: triste y desangelado», quise decirle. «Es porque solo soy alegre, charlatán y colorido cuando estoy contigo. Es porque el color de mi vida lo pones tú».

Pero, por supuesto, no podía decirle algo así.

—¿Qué has venido a hacer, Jon? —le pregunté.

De pronto, parecía avergonzado. Juntó sus manos sobre sus rodillas y agachó la cabeza. Su voz también cambió, volviéndose más suave, como si se sintiera temeroso por algo.

—Igual son paranoias mías, Hugo, pero llevo unos días que te noto... distante. Ya no parece que quieras pasar tiempo conmigo, buscas la compañía de otras personas, y, bueno, yo no pretendo ser tu único amigo en el pueblo, pero lo cierto es que me gustaba mucho tenerte como mi mejor amigo.

—¿Mejor amigo? —pregunté, sorprendido.

Había notado que nuestra relación era especial, pero no había intuido hasta cuánto. Que Jon me considerase su mejor amigo, conociéndome desde hacía solo dos meses, era mucho decir. Me sentía feliz de escucharlo y, al mismo tiempo, temía las implicaciones que algo así pudiera tener.

Jon no se equivocaba en que yo había estado poniendo distancia entre ambos, pero el motivo debía mantenerse aún en secreto, pues, de otra forma, nuestra amistad quedaría rota. Pero me di cuenta de que, si me alejaba demasiado de él, quien sufría era Jon, puesto que también había desarrollado sentimientos hacia mí, aunque en su caso solo fuera amistad.

—Claro que eres mi mejor amigo. Creo —me dijo, avergonzado—. Nunca había tenido este tipo de relación con nadie. Siento que me escuchas cuando hablo, siento que te preocupan las cosas que me preocupan a mí, y compartimos tantas cosas... Apenas te conozco desde hace unas semanas, y, al mismo tiempo, nuestra amistad se siente natural y como si fuera de toda la vida. Es como si, de manera inconsciente, siempre hubiera estado esperando a que llegaras al pueblo.

Tragué saliva. Tuve que aferrarme al colchón para no lanzarme sobre él.

—Pero has cambiado la actitud de repente, y no puedo dejar de preguntarme si ya no disfrutas el tiempo que pasas conmigo. Quiero saber si he hecho algo que te haya podido molestar, y que haya podido alejarte de mí. Si es así, me gustaría pedirte perdón.

—No, Jon, tú no has hecho nada malo —respondí de inmediato. Se le veía molesto, y yo no podía dejar que él sufriera por culpa de mi torbellino sentimental—. Siento mucho que te hayas sentido así, siento que hayas pensado que te rehuía o que ponía distancia. Creo que no me he encontrado bien estas últimas semanas, echo de menos Madrid y todavía me estoy

acostumbrando al cambio. Es posible que haya estado más frío de lo habitual por eso. Pero te prometo que volveré a ser el mismo que al principio, ¿vale? A partir de mañana, volverá el Hugo de antes.

—Genial, me alegra escuchar eso —dijo con una sonrisa.

Aquella sonrisa insufló de luz mi dormitorio, iluminándolo con la potencia de cien soles. De pronto, las sobrias paredes de mi dormitorio parecían haber ganado color y vida. Y yo lo único que quería era lanzarme a sus brazos y besar aquellos labios que me sonreían.

«Es una locura», me dije. «Aún no sé si es gay. Podría serlo, pero podría no serlo también. Y si meto la pata, sufriremos mucho los dos».

—Oye, había estado pensando que tengo una promesa por cumplir todavía —me dijo de pronto—. Te había ofrecido echar unos vicios en la Super Nintendo. No sé si te viene bien este domingo, si es así, podrías venirte a comer y echamos la tarde en mi casa. Te enseño la granja y los animales si quieres, y luego nos picamos a las *Tortugas Ninja* o al *Captain Commando*.

—¿Tu padre te ha comprado el *Captain Commando*? —pregunté, alucinado.

—Ya ves, y tiene campaña multijugador. Si quieres, el domingo podemos salvar el mundo juntos.

—¡Me apunto! —añadí, contento.

Después de que Jon se marchara —con mejor humor del que había traído— y tras meditar sobre todo aquel asunto, decidí que no merecía la pena seguir comportándome de manera fría para que un capullo de clase no se diera cuenta de que Jon me gustaba. Si Gerardo se daba cuenta, entonces afrontaría las consecuencias. Pero, de momento, me centraría en disfrutar de la compañía de Jon. Porque me acababa de dar cuenta de que, si me separaba de él, yo no era el único que sufría.

Llegué a casa de Jon poco antes del mediodía.

La pequeña granja se encontraba en un valle pintoresco de la Rioja Alavesa, rodeado de colinas cubiertas de viñedos y campos de cereales dorados. La granja se veía modesta pero acogedora, con una casa de piedra y madera de estilo tradicional, rodeada de un huerto y varios corrales para los animales.

El huerto era el corazón de la granja, con hileras de plantas frutales como manzanos, perales y ciruelos, y una amplia variedad de hortalizas y verduras como lechugas, tomates, calabacines y pimientos. Yo sabía, pues Jon me lo había contado, que cultivaban sus alimentos principalmente para consumo propio, pero vendían el excedente en el mercado local de Villabonita.

Llegar desde Torrecamino me había llevado casi cuarenta minutos a pie, tomando la salida sur del pueblo, que estaba medio asfaltada. Y, aunque ya estábamos en otoño, hacía mucho sol, así que llegué asfxiado.

—¿Tu abuela no te ha podido traer en coche? —me preguntó Jon, al verme llegar agotado.

Vestía una sencilla camiseta de tiras, de color azul, y un pantalón de chándal —qué raro— de color gris. Tenía los brazos en alto y las manos se apoyaban en una barra de madera que atravesaba el portón del acceso principal a la propiedad. El gesto hacía que sus brazos marcaran la musculatura, labrada en el campo. La imagen me avergonzó tanto que no fui capaz de mirarle directamente a los ojos.

—Mi abuela no conduce —respondí.

—¡No me digas! ¡Le habría pedido a mi padre que fuera a recogerte!

—Déjalo, qué vergüenza —dije.

Jon se quedó reflexivo.

—Pues caminando es un paseo bastante largo —me dijo.

—No me digas —bromeé.

—Ven, te enseñaré la granja —me dijo mientras colocaba su mano en la parte superior de mi espalda.

Por un momento, deseé que me tomara de la mano y que echáramos a correr por en medio del huerto, a través de los árboles frutales. Pude incluso escuchar a Alphaville cantando *Forever young* en mi cabeza mientras ambos reíamos y corríamos de la mano. Pero, en lugar de eso, simplemente caminó a mi lado.

—¿Por qué sonríes? —me preguntó.

Tenía algo de tierra en la mejilla, así que decidí usar eso como excusa, en lugar de confesarle la imagen tan cursi que había dibujado mi mente y que me había arrancado una sonrisa.

—Tienes la cara sucia.

Me mostró la granja al completo.

Había gallinas cacareando en su gallinero, proporcionando huevos frescos, y una pequeña bandada de patos nadando en un estanque cercano. Un par de cerdos y ovejas pastaban en un prado cercano mientras una cabra curiosa y su cría saltaban en un cercado adyacente. El sonido de los animales y el aroma a tierra y vegetación fresca llenaban el aire. Era el olor que tantas veces había reconocido en Jon.

La granja era un oasis tranquilo, alejado de todo lo que yo había conocido toda mi vida en Madrid. Jon y su padre trabajaban duro para mantener una forma de vida sostenible y saludable en armonía con la naturaleza que los rodeaba. Los admiré por ello.

Tras la ruta por la granja, me presentó a su padre, que se encontraba recolectando algunas de las verduras que, con la llegada del otoño, se acercaban a su muerte.

—Padre, este es Hugo —dijo.

Su padre se levantó y se giró. Se limpió la tierra de las manos usando el buzo azul que vestía, una única pieza que, al margen de las botas, parecía ser lo único que llevaba puesto.

—Encantado de conocerte por fin —me dijo, sonriente.

Tenía una sonrisa hermosa, con una dentadura blanca resplandeciente. Me sorprendió lo mucho que se parecía a su hijo: era Jon, pero con veinte años más. Era grande y robusto, con una presencia física poderosa. Completamente calvo, con rasgos bien definidos, llevaba una barba tupida que denotaba masculinidad y madurez. Los años de trabajo al aire libre y una vida saludable, le habían otorgado un bronceado natural en su fornido cuerpo, que contrastaba con sus ojos claros y vivaces.

«Son idénticos», pensé.

—Te agradezco que tengas el tiempo y la paciencia para aguantar a mi hijo —bromeó tras estrecharme la mano con la fuerza justa. Su voz, similar a la de Jon, era vigorosa—. Dieciocho años tiene y aún no había traído a nadie a la granja. Estaba empezando a pensar que se avergonzaba de su señor padre.

A pesar de lo triste que era conocer que Jon no había tenido ningún amigo cercano en toda su vida, me alegró saber que yo era la primera persona que consideraba digna para invitar a su casa. Me hizo sentir especial.

—Encantado de conocerlo, señor —dije, aún nervioso por su imponente presencia.

—Os he dejado una ensalada fresca en la nevera hace un momento —nos dijo—. Con cosas de mi huerto, por supuesto, para que pruebes lo que es la comida de verdad, Hugo, porque en Madrid a saber lo que os venden en los supermercados.

—Pues lo que tú vendes en el mercado, padre —le respondió Jon, que me tomó del brazo—. Anda, vamos, o se montará una de sus protestas en contra de las ciudades grandes.

Caminé junto a Jon hacia la vivienda principal, disfrutando del tacto de su mano contra mi brazo. Él no tuvo prisa por soltarme, y yo tampoco le pedí que lo hiciera.

Era la mejor ensalada que había comido nunca. Se notaba que los productos estaban frescos y que no llevaban ningún conservante. El tomate estaba jugoso, la lechuga crujía y la cebolla tenía intensidad sin llegar a ser demasiado fuerte. Con la idea de añadirle algo de proteína, le habíamos echado un par de latas de atún, aunque Jon me había pedido ocultárselo a su padre, que opinaba que eso era estropear la ensalada.

—¿Está rica? —me preguntó sentado al otro lado de la mesa del comedor.

—Está increíble —admití.

Estábamos sentados en la cocina, a oscuras. Observé la rústica decoración, sencilla, rural y bonita. Olía a madera por todos lados en la casa. Nos iluminaba únicamente la luz del sol que accedía a la cocina a través de una cristalera que cubría toda una pared, y que tenía vistas al huerto trasero. La luz proyectaba nuestras sombras en el suelo de tal manera que parecía que estuviéramos sentados uno frente al otro, muy cerca, nuestras caras una contra la otra. Juntas.

Jon estaba enfrascado en su comida, y mis ojos se clavaron en él. Le observé comer en silencio, con calma. Un mechón de su rebelde cabello castaño le había caído sobre la frente, y yo me sentí tentado a tocárselo.

Sin pensarlo demasiado, dejándome llevar, alargué mi mano hacia su frente. A medio camino, me arrepentí. Él alzó la vista y clavó sus ojos en mí.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

Lo miré fijamente. Era tan atractivo.

—Tienes un mechón... Espera. —Alargué más la mano y le aparté el pelo sobre la cabellera. Él se irguió un poco en su asiento, sorprendido por el contacto—. Perdona, es que si se te cae pelo a la comida será una pena. La ensalada está de muerte.

—Ya. Gracias.

Se acomodó en la banqueta, avergonzado. Noté que se había ruborizado. Me pregunté si él sentía por mí lo mismo que yo sentía por él. Me pregunté, ni por vez primera ni por última, si él también era un pobre desgraciado incapaz de sentir atracción por las mujeres, eternamente maldito y obligado a enamorarse de otros hombres. Juntos pero solos, en una sociedad que nos obligaba a reprimir nuestros más primarios instintos o desatarlos solo en la más oscura intimidad.

—¿Qué quieres que hagamos ahora? —me preguntó de golpe.

Yo estaba tan sumido en mis pensamientos que no entendí la pregunta.

—¿Cómo?

—¿Quieres que nos echemos unos vicios a la consola? Si quieres, podemos dar un paseo por el campo primero.

—Ah, eso.

Eché un vistazo fuera. El sol pegaba fuerte y acabábamos de comer. Si dábamos un paseo, corría peligro de quedarme dormido entre los pastizales del valle.

—Hace mucho que no juego a la Super Nintendo, casi prefiero que nos quedemos dentro.

—Chico de ciudad —dijo, sonriente, y me recordó a su padre—. Está bien, hoy hacemos lo que tú quieras —añadió.

«Ten cuidado con lo que desees», pensé.

Su dormitorio era casi tan grande como el piso que mis padres poseían en Lavapiés. La cama estaba en una esquina, junto a un gran armario, después tenía una zona delimitada para el estudio, con una mesa de escritorio y varias estanterías llenas de libros, y, al fondo, una zona de juegos, con dos grandes sillones y una tele sobre un mueble con ruedas.

También me fijé en los muchos pósteres de películas y juegos que había en las paredes, en los estantes llenos de figuras de acción y, en el centro del dormitorio, me fijé en una alfombra redonda sobre la cual había un gran cojín junto a un radiocasete, donde imaginé que se tumbaba Jon a escuchar música. Sin lugar a duda, su dormitorio definía bien su personalidad.

Tomó asiento en uno de los sillones y yo me senté en el otro.

—Cierra la puerta, para no molestar a mi padre, que se echará la siesta —me pidió.

Obedecí y volví a sentarme a su lado. Frente a nosotros, sobre el pequeño mueble con ruedas,

había una tele de tubo de la época, bastante grande para ser los años 90. Sobre la tele estaba la Super Nintendo, la mejor videoconsola casera que ha existido y que existirá jamás, todo aquello con lo que un niño podía soñar en los noventa.

—Échale un vistazo a mi colección, tú elijes —me dijo.

Estaba siendo muy atento conmigo, y yo me sentía a rebosar de felicidad. Me sentía como Julia Roberts en *Pretty Woman*, cuando Richard Gere se la lleva de compras.

«Es mi mejor amigo», comprendí.

Era el amigo que jamás había tenido en Madrid, el que nunca había sido capaz de hacer. Y lo mejor es que sabía que era recíproco, pues él me lo había confesado días antes cuando me había visitado en casa de mi abuela.

Investigué en la estantería donde guardaba los juegos, situados en vertical. Tenía absolutamente todos los juegos punteros de la época: *The legend of Zelda*, *Super Mario Bros*, *Castlevania*, *Punch-Out* y un largo etcétera.

Comenzamos la sesión de vicio con *Punch-Out*, que nos permitía jugar a ambos a la vez. Después pasamos a *Las Tortugas Ninja*, que también tenía opción multijugador. A continuación, me dejó probar *The legend of Zelda*, que yo solo conocía de oídas y de haber leído artículos en las revistas de videojuegos. Tras pasar por el juego de disparar a los patos, al que jugamos conectando dos pistolas que nos permitían apuntar mucho antes de que la tecnología de detección de movimiento fuese una realidad, terminamos la jornada con *Captain Commando*, en una partida que nos entretuvo tanto que, cuando quisimos darnos cuenta, se había hecho de noche fuera.

—Son las ocho y media —dije poniéndome de pie.

—¿Tienes que irte ya? —me preguntó. Su expresión facial me pedía que me quedara, y yo me sentía tentado de abrazarlo y besarle. Pero habría sido una locura, claro.

—Mi abuela empezará a preocuparse si no regreso pronto —expliqué.

—Está bien... —se resignó poniéndose en pie.

Llevábamos toda la tarde con la consola, habiéndonos apartado de ella solo un instante para buscar refrescos y gominolas, y acudir rápidamente al baño. La habitación olía a sudor y a juventud.

—Si quieres, podemos repetir otro día —dijo. Claramente, se lo había pasado bien.

—Me encantaría —contesté sonriendo como un estúpido.

De pronto, sentí una conexión profunda con Jon. Era evidente que ambos disfrutábamos de la compañía del otro, y que habíamos desarrollado una amistad muy poderosa en muy breve periodo de tiempo.

«¿Y si es algo más...?».

Tenía miedo de equivocarme. Miedo de meter la pata y perder la única amistad masculina que había tenido nunca. La amistad más importante que había forjado jamás. Pero no podía dejar de pensar que, si Jon se sentía como yo, quizá podíamos ser más que amigos.

«Si no lo intento, nunca lo sabré».

Antes de que pudiera ahondar más en mis pensamientos, Jon abrió la puerta de su habitación. Acto seguido, escuchamos a su padre hablar a voces desde el piso de abajo. Al principio, me asusté, porque pensé que había pasado algo.

—Tranquilo, debe estar hablando con el tío Julián —me dijo Jon.

—¿Tu padre tiene hermanos? Pensé que era hijo único. Por eso de que la granja de tu abuelo se la quedó él.

—Bueno..., es complicado —dijo Jon—. Es que mi tío y él no se llevan muy bien.

Escuché a Gabriel —así se llamaba el padre de Jon— colgar el teléfono con fuerza. Después, le escuché subir por las escaleras al piso de arriba. Cuando nos encontró plantados fuera de la habitación, se avergonzó, dándose cuenta de que habíamos escuchado los gritos.

—Perdona, Hugo, no quería montar un espectáculo —dijo—. Es que...

—¿Era el tío Julián?

—Te tengo dicho que no digas su nombre. Ese malnacido insiste en intentar contactar conmigo al menos una vez cada año. Sabe de sobra que no haré las paces con él mientras no renuncie a su estilo de vida pecaminoso.

Fruncí el ceño, incapaz de comprender el contexto.

—Mi tío es marica —explicó Jon.

—Tu tío es un perverso, es lo que es —aclaró Gabriel.

Me sentí como si me hubieran echado un valde de agua fría por encima. Traté de mantener la calma y no ponerme nervioso.

—Pero dejemos de hablar de esa persona —comentó Gabriel sacudiendo la cabeza—. Hugo, ¿te quedarás a cenar? ¿Os preparo unas chuletas?

Yo ya no veía con los mismos ojos a aquel hombre. Era atractivo, con una sonrisa de infarto y con un estilo de vida envidiable, pero también supe distinguir el prejuicio que había detrás de aquella amable sonrisa.

«Es como mis padres», supe.

—No, señor, no quiero molestarles —contesté apartándome un poco de él. Ya no me sentía seguro en aquella casa—. Es mejor que me vaya o mi abuela se preocupará.

—Está bien, te llevaré en coche —se ofreció Gabriel.

—No —respondí de inmediato. Tan rápido que me miraron ambos con sorpresa—. Me gustaría ir paseando para disfrutar del paisaje. Además, llevamos toda la tarde metidos en la habitación, me vendrá bien estirar un poco las piernas.

—Espera, tengo una idea mejor. —Jon descendió las escaleras y me hizo un gesto para que le siguiera.

Jon me ofreció una de las varias bicicletas que tenía guardadas en el garaje. Le gustaban mucho, y tenía una para cada momento: una para hacer rutas por el campo, otra para acercarse al pueblo, otra que usaba para ir a clase cuando su padre no podía llevarle y otra que era para subir colinas escarpadas.

—¿De verdad que no te importa que me lleve una? —le pregunté.

—Claro, no las uso todas. Si te llevas una de las bicis de paseo, puedes quedártela el tiempo que estés en el pueblo. Puedes usarla para venir a visitarme cuando te apetezca.

Me apetecía visitarle, pero no podía olvidar lo que acababa de pasar con su padre.

Gabriel era del mismo palo que mis padres: un hombre conservador, incapaz de comprender que la homosexualidad no era una decisión ni un estilo de vida. Con un modelo parental así, que Jon —que adoraba a su padre— pudiera ser gay había pasado a ser absolutamente impensable. Es más, cabía la posibilidad de que el hijo hubiera heredado la misma fobia que su padre, pero preferí no preguntárselo, o me resultaría imposible seguir siendo su amigo.

—Pues muchas gracias, te prometo que la cuidaré bien —dije.

Me monté en la bici y me preparé para marchar. Despedí a Jon con la mano, que se dio la vuelta y caminó de regreso hacia el edificio principal. Alcé la vista y vi la figura de Gabriel de pie, en el ventanal de la cocina. Como el sol se había puesto, apenas notaba una silueta

desfigurada, y no podía saber si me estaba mirando a mí o no. Pero allí, de pie, en la oscuridad, percibí aquella figura como un obstáculo que jamás permitiría que su hijo pudiera ser amigo de un chico gay. Una amenaza silenciosa para nuestra amistad.

Me di cuenta, de pronto, que Jon y yo jamás podríamos tener una historia de amor con final feliz.

Era un día frío de noviembre y el viento soplaba fuerte, haciendo que las hojas secas se arremolinaran alrededor de los árboles. Pero, a pesar del clima desagradable, yo estaba decidido a visitar Villabonita con mi bicicleta, la que Jon me había regalado.

Pedaleaba sobre la carretera mal asfaltada y llena de baches, y cuando sentía que se acercaba un vehículo, me echaba a un lado y me salía de la carretera, por seguridad. Por lo general, la carretera tenía poco tráfico, y el único sonido que se escuchaba era el de los pedales de la bicicleta y el viento que soplaba en mis oídos.

Me sentí un poco solo y aproveché el viaje para pensar sobre mis cosas. Más concretamente, en mis quebraderos de cabeza habituales: Jon, mis padres y mi homosexualidad.

Desde que había conocido al padre de Jon y había descubierto la homofobia que rodeaba su familia, me había hecho una pregunta a mí mismo: ¿Cómo de seguro estaba de que no era posible dejar de ser gay? ¿Lo había intentado de verdad en algún momento? Teniendo en cuenta que todas mis desgracias habían comenzado al reconocer que era gay, estaba dispuesto a salir de dudas y, al menos, intentar dejar de serlo, si es que aquello era posible. Con el propósito de recabar información, había decidido visitar el cibercafé de Villabonita. Me parecía un buen punto de partida donde iniciar mi investigación.

Dejé aparcada mi bicicleta fuera, apoyada contra un árbol que veía desde el interior del local. Accedí y pagué la tasa habitual por hacer uso de un ordenador durante media hora. Tampoco disponía de mucho más tiempo, llegar desde Torrecamino en bici me había llevado una hora entera, así que debía regresar pronto o se me haría de noche.

Accedí al ordenador y abrí un navegador web que necesitó dos minutos solo para cargar la página inicial. Accedí a Altavista, el primer buscador de Internet, precursor de la tecnología que dominó Internet un par de años antes de que Google fuera fundada en los Estados Unidos.

Desgraciadamente para mí, Internet me falló aquel día. Las únicas referencias a la homosexualidad se relacionaban con artículos de periódicos y noticias globales relacionadas con famosos que habían salido del armario, siendo los pioneros en hacerlo.

El dueño del cibercafé había puesto un casete de David Bowie, y yo tarareaba *Starman* mientras mis dedos tamborileaban sobre la mesa, al compás de la rítmica y poderosa voz de Bowie.

Con relación al hecho de dejar de ser homosexual, los únicos resultados que encontré durante mi búsqueda se referían a terapias de conversión que no solo no habían reportado ninguna conversión como tal, sino que habían resultado en daños para los objetos del experimento.

Sintiéndome desgraciado y desafortunado al no haber encontrado nada más concluyente,

decidí continuar con mi investigación en la biblioteca.

La biblioteca de Villabonita era antigua y estaba construida con grandes bloques de piedra oscura. Sus grandes ventanales, estrechos pero alargados, mostraban mosaicos de colores que seguramente proyectaban efectos de luz en el interior. Lástima que aquel día estaba particularmente nublado. Me fascinó la arquitectura y la elegancia de la construcción, y observé maravillado los detalles que habían sido esculpidos en la piedra de la fachada.

Dejé la bici mejor aparcada en esta ocasión, valiéndome de una farola que había junto a la entrada para usar el candado. Accedí al interior del edificio y paseé por sus inmensos pasillos, donde mis pasos resonaban hasta crear una melodía rítmica. Encontré el salón principal, el cual tenía forma de hexágono. En el centro de todo, una señora de avanzada edad leía un libro mientras permanecía sentada a la mesa de recepción. Tragué saliva, me envalentoné y caminé hasta ella.

—Buenos días —dije, nervioso.

—Buenas tardes —me corrigió sin levantar la vista del libro.

Observé la cubierta del libro. El título rezaba *Alicia en el país de las maravillas*, y el dibujo mostraba a una muchacha normal sentada sobre un champiñón gigante. O quizá se tratara de una muchacha muy pequeña sentada sobre un champiñón de tamaño normal.

—Estoy buscando un libro...

—Qué mal, porque esto es la carnicería —dijo la bibliotecaria con tono jocoso sin pestañear ni apartar la mirada del libro.

—Es que no sé si hay algún libro que me pueda ayudar —balbuceé. Era más fácil hacer aquello mediante el ordenador, sin tener que hablar con nadie. Pero para buscar un libro entre todas aquellas estanterías, necesitaría ayuda o me llevaría toda la tarde—. Quiero saber si hay alguno que trate sobre la...

—¿Sobre qué, chico? —preguntó ella tras soltar un resoplido.

—Sobre la homosexualidad. Es para un trabajo de clase —añadí aquello a todo correr.

Por primera vez en nuestra interacción, la bibliotecaria alzó la vista y me miró. Se fijó en mi rostro unos segundos antes de regresar al libro y responder.

—Pared 3. Estantería H: el cuerpo humano y psicología.

—Gracias —respondí, avergonzado, y salí pitando de ahí.

Las seis paredes de la biblioteca hexagonal estaban numeradas, y en cada una había al menos un total de quince estanterías. Era una biblioteca amplia. En el centro había varias mesas, también de forma hexagonal, y había mucha gente joven sentada en ellas. Esto sorprenderá a los más jóvenes que me estén leyendo, pero, en aquellos tiempos, era habitual que los jóvenes nos reuniéramos en la biblioteca para pasar el rato. La excusa habitual era que nos reuníamos para hacer los deberes juntos, pero, en realidad, era una forma de socializar fuera del colegio.

Caminé hasta la estantería que la bibliotecaria me había indicado, y encontré libros de temática homosexual sin tener que buscar mucho. Admiré con fascinación la increíble memoria de aquella mujer, la cual me había indicado el lugar correcto sin necesidad de consultarlo, y proseguí con mi investigación.

Analiqué las cubiertas de varios libros, y fui abriéndolos por partes, tratando de localizar lo que me interesaba. Repasé los índices de cada uno de los libros, con la idea de ver si contenían alguna pista que pudiera indicarme cómo dejar de ser homosexual. Encontré artículos varios: «Generación de la homosexualidad», «Historia de la homosexualidad», «¿Qué es lo que define la

orientación sexual de un individuo?». Todos ellos artículos y ensayos en relación con lo que me interesaba, pero ninguno ahondaba realmente en el tema.

El único artículo que parecía profundizar más decía así:

«Hoy en día, basándonos en los estudios psicológicos llevados a cabo en la década de los 80, los cuales fueron realizados en más de cien individuos, y añadiendo estos a los resultados de las distintas terapias de conversión realizadas entre los años 50 y los 80, la conclusión que extrae la ciencia hasta hoy es que el individuo homosexual no puede corregir su conducta más de lo que puede hacerlo el individuo heterosexual.

Ambas orientaciones sexuales parecen encontrarse intrínsecas en el sujeto y parecen ser tan inalterables como el color de piel, el color de los ojos o el pensamiento subjetivo. No obstante, puede haber manifestaciones tardías de la sexualidad, las cuales a veces se interpretan (erróneamente) como “cambios en la preferencia sexual”».

Aquello hundió todas mis esperanzas. Al parecer, no había una manera de dejar de ser homosexual. No es que quisiera dejar de ser gay en sí mismo, pero, sin lugar a duda, ser heterosexual me habría resuelto gran parte de mis problemas.

Una voz que procedía de mi espalda me sorprendió.

—¿Hugo? ¿Eres tú?

Dejé caer el libro que llevaba entre las manos, el cual se deslizó debajo de la estantería con gran maestría, ocultándose de la vista. Ni queriendo habría conseguido hacerlo a posta.

Me giré para encontrarme con Luis y Carlos, los amigos de Jon que, de vez en cuando, se juntaban con nosotros en los recreos.

—¡Chicos! ¿Qué hacéis aquí? —pregunté, visiblemente nervioso.

—Estamos haciendo un trabajo de clase —comentó Lucas.

Ambos estudiaban el curso superior de Mecanografía y Estilo.

—Ya veo. Yo estoy... —Eché una vista atrás, fijándome en la estantería de psicología. Por suerte para mí, había libros de temáticas distintas a la homosexual—. Estaba buscando información sobre enfermedades mentales. Una tía mía nos ha dicho que está enferma y, bueno, quería informarme un poco sobre el tema.

—Ah, ya veo —dijo Carlos. Aquel comentario enfrió el entusiasmo de los chicos.

—Te dejamos tranquilo, entonces —comentó Luis, comprendiendo que me habían interrumpido en un momento íntimo.

Había sido cuestión de suerte dar con una excusa que me permitía deshacerme de ellos con rapidez.

—Gracias, chicos, necesito estar solo —les dije.

Se marcharon y regresaron a su mesa, acompañados de otros dos compañeros que también me sonaban del colegio. Regresé la vista atrás y me agaché para recoger el libro que se había deslizado debajo de la estantería. Lo coloqué rápidamente en su sitio.

Me marché de la biblioteca sin decir nada más ni despedirme de mis conocidos, ya que no quería que me invitaran a sentarme con ellos ni nada por el estilo.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —me preguntó la bibliotecaria, que me lanzó una intrigante mirada por encima del libro de *Alicia en el país de las maravillas*.

—Nada que me ayude, realmente —respondí.

—Lo siento —dijo ella, misteriosa—. En este mundo, hay cosas para las que ni siquiera los libros tienen explicación.

Me encogí de hombros como respuesta, deseando salir pitando de allí.
Salí de la biblioteca, recogí mi bicicleta y abandoné Villabonita sin más demora.

Mis intentos por encontrar una «solución» a mi «problema» habían fallado. Tenía que empezar a asimilar que, tanto si me gustaba como si no, ser homosexual era algo que me había tocado ser. No obstante, aún me quedaba un largo camino por recorrer hasta aceptarme tal y como era. En aquel entonces, no conocíamos el término de «homofobia interiorizada», pero, creedme, había mucha homofobia en mi interior.

Y es que, después de todo, había crecido rodeado de personas que odiaban lo que yo era. ¿Cómo no iba a odiarme yo mismo?

A mediados de diciembre, los compañeros de clase decidimos organizar una comida navideña. Como éramos pocos y teníamos buena relación con los compañeros del curso de Mecanografía y Estilo, los habíamos invitado también a ellos, juntándonos hasta un total de cuarenta y seis alumnos.

Yo ardía en deseos de que llegara el evento y disfrutarlo con Jon. Además, una de mis fantasías recurrentes consistía en que Jon se emborrachaba lo suficiente como para desinhibirse, y que me declaraba su amor secreto. Sabía que era muy improbable que sucediera, pero soñar es gratis, y quizá una cena de clase fuera la oportunidad adecuada para que esa fantasía se hiciera realidad.

Por la tarde, yo ya estaba nervioso. Deambulaba por toda la casa sin parar, caminando de un lado a otro, tanto que mi abuela me echó la bronca por no estar quieto y ponerle nerviosa a ella. En aquel entonces, las casas de pueblo no tenían calefacción y usábamos la chimenea, y mi abuela la tenía todo el día en funcionamiento, para mantener caliente el salón, pero como yo no paraba de dejarme las puertas abiertas, el calor se escapaba continuamente.

Con la intención de calmarme un poco y dejar de darle la tabarra a mi abuela, me tiré en la cama, con los ojos cerrados, y me puse los auriculares del *walkman*. Le di al *play* y me dejé distraer por Red Hot Chili Peppers. El rasgueo de una guitarra eléctrica anunció la llegada de *Under the bridge*. Mi corazón latía fuerte al principio, a causa de los nervios, pero se fue relajando a medida que la canción avanzaba y el coro del grupo alcanzaba el final de la canción. Entonces abrí los ojos y noté que me sentía más relajado. Nada como un poco de buena música para cambiarle a uno el ánimo.

La cena se llevó a cabo en un asador a las afueras del pueblo que se llamaba La Cocina de Fernando. Era un lugar rancio, incluso para la época. En la fachada tenía dos banderas de España enormes que se cruzaban, no fuera que un despistado no supiera en qué país se encontraba. El interior estaba decorado con retratos de toreros que rodeaban las cuatro paredes del local, y había figuras del toro de Osborne en el mostrador y en varias de las mesas del comedor. También había una foto antigua, colocada detrás de la barra, donde el dueño del bar (intuí que el propio Fernando) estrechaba la mano de un conocido político de la época, que había sido militante franquista durante el régimen de Franco. Preferí mirar para otro lado y no hacer comentarios.

Éramos un grupo grande y nos habían reservado una mesa alargada al fondo del restaurante, cerca de la cocina. Admito que olía para chuparse los dedos. Acudimos todos juntos a la mesa para sentarnos y, a la hora de adjudicarnos los asientos, calculé para poder sentarme cerca de Jon, pero no directamente a su lado. Quería poder mirarle, pero también me convenía poner

distancia, para que la gente no se fijara en que sentía especial devoción por él. En cualquier caso, comprobé que Gerardo (el compañero que en alguna ocasión me había cazado observando a Jon con detenimiento) se había sentado muy lejos, lo cual me tranquilizaba.

La cena fue muy bien. La comida estaba rica y el ambiente era agradable. Los dueños del bar no pusieron reparo en servirnos vino, y, aunque la mayoría de nosotros desdeñábamos el amargo sabor de aquel licor de uva, no desaprovechamos la ocasión para tomar alcohol. Además, tal como solía decir mi abuela, rechazar un buen rioja es de mala educación.

Recuerdo que aquella noche me reí mucho y me lo pasé muy bien, aunque me vi forzado a poner distancia con Jon. Varios de mis compañeros se emborracharon con apenas oler el vino y empezaron a gastar bromas y a hacer chistes. El buen ambiente que se había generado me permitió interactuar por primera vez con chicos que eran compañeros míos de clase y con los que apenas había intercambiado un escueto «buenos días».

Al contrario que en nuestra clase, donde todos éramos chicos, en clase de Mecnografía y Estilo había cinco chicas. Las cinco habían acudido a la cena, tomando asiento juntas en una esquina de la mesa. Pronto mis compañeros más avezados empezaron a tirarles la caña y a tontear con ellas. Aún no habíamos pasado de los entrantes y las pobres chavalas ya estaban siendo acosadas por una jauría de hombres hambrientos. Lo sentí mucho por ellas, aunque, al mismo tiempo, admito que me sentí un poco celoso por las atenciones recibidas. Yo sabía que jamás recibiría ese tipo de atenciones por parte de otros hombres, y eso me apenaba.

Jon también se emborrachó, aunque no se mostró interesado en las chicas. Tanto él como otro compañero se retaron a quitarse las camisetas y cantar *We will rock you* de Queen, que sonaba en aquel momento en el local. Yo agucé la vista y disfruté de las vistas, ya que no eran muy frecuentes las ocasiones que tenía para ver a Jon descamisado.

Ya le había visto en bañador en verano, en la piscina, pero entonces no le conocía, y no me había fijado tanto como para retener la imagen en mi retina. En esta ocasión, me aseguré de fijarme lo suficiente en los detalles como para guardar la imagen en mi mente. Me ayudarían a construir las escenas de fantasía que ocupaban mi cerebro por las noches cuando mis manos se deslizaban al interior de mis muslos.

Su pecho era amplio, y aunque no estaba musculado como si fuera al gimnasio, sí que había desarrollado pectorales fuertes gracias al trabajo en el campo. Tenía la musculatura de los hombros ancha, y los brazos eran robustos. Una densa cantidad de pelo cubría la parte central del pecho y los alrededores de los pezones. Yo ya me había fijado en que era muy peludo para ser tan joven, pero nunca había tenido ocasión de echarle un vistazo tan de cerca, así que me quedé maravillado observando aquella escena. Me fijé también en el travieso lunar que, colocado cerca de su clavícula, me llamaba a gritos para acudir y besarlo.

El alcohol me jugó una mala pasada y, sin darme cuenta, miré demasiado rato y demasiado fijamente. Intuyo que mi expresión facial también tuvo que traicionarme, ya que un compañero con el que apenas había hablado antes de la cena se rio de mí.

—¡Hugo está flipando! ¡Nunca había visto a un hombre lobo en persona! ¡Ja,ja,ja!

Era un chiste sobre el vello corporal de Jon. Algunos compañeros lo rieron a carcajadas.

Yo me uní a las risas para quitarle peso al asunto y aparté la mirada rápidamente del cuerpo de Jon. Estuve a punto de hacer algún comentario que pudiera despistarles, algo así como: «Admito que por un momento he pensado que se había colado un oso en la cena», pero pensé que quizá podía hacer daño a Jon. No sabía cómo se sentía él en cuanto a su vello corporal, ¿y si se sentía acomplejado? ¿Y si le molestaba que yo —según sus propias palabras, su mejor amigo— dijera algo así? De manera que no dije nada y simplemente me reí.

Pero aquello no era suficiente para evitar cualquier sospecha que hubiera podido recaer sobre mi heterosexualidad, de modo que, envalentonado por el alcohol que había tomado, decidí realizar una jugada de la que me arrepentiría muchas veces en el futuro.

Me levanté de mi silla y caminé hasta el final de la mesa, allí donde las cinco chicas se sentaban, y acerqué una banqueta para sentarme a su lado.

—Qué gusto da tener compañía guapa para variar —bromeé, fijándome en ellas—. Creo que no nos conocemos, soy Hugo.

Las muchachas me dieron dos besos, una tras otra. Supongo que se sintieron forzadas a hacerlo. Tras mi presentación, fui dándoles conversación casual y superficial, la idea era entretenerme un rato charlando con ellas, lo suficiente para que los demás chicos se pensaran que estaba intentando ligar con ellas, aunque en ningún momento intenté tal cosa.

El caso es que una de las muchachas, de nombre Helena, me siguió mucho el juego. Era resultona, alta y elegante, con una sonrisa brillante y unos bonitos ojos oscuros. Tenía el cabello largo y se lo ataba en una trenza, nada especial, pero lo suficientemente coqueto para darle personalidad. Presa de la borrachera, empecé a referirme a ella como «trecitas», y supongo que ella se pensó que estaba ligando con ella.

Helena y yo charlamos un rato sobre cosas que teníamos en común. Al parecer, ella también era gran fan del tipo de cine que me gustaba a mí (y a Jon), y me encontré con una conversación interesante que me entretuvo más tiempo del que había calculado. Cuando quise darme cuenta, la gente había dejado de cenar y el dueño había puesto la música más alta. Los muchachos danzaban y hacían el tonto alrededor de la mesa. En determinado momento, alguien le pidió al dueño que sacase algún cubata, y la respuesta del dueño fue:

—Os saco lo que me pidáis, pero como vuestros padres se enteren, os corto el pescuezo, ¿está claro? Si os pillan de pedo, decís que lo habéis pillado en otro sitio.

La gente aceptó las condiciones del trato y empezaron a pedir bebidas alcohólicas más elaboradas que el vino. Yo me di cuenta de que el tema se estaba caldeando y me planteé si era buen momento para retirarme.

Creo que, en el fondo, me daba miedo estar borracho cerca de Jon. De hecho, le había esquivado durante toda la noche. Cualquiera que se hubiera fijado podría haber pensado que nos habíamos peleado. Pero, para ser justos, él tampoco hizo ademán de acercarse a mí. Quizá quería aprovechar la ocasión para conocer mejor al resto de compañeros.

En mi caso, lo que más miedo me daba al tenerlo cerca era de no poder contenerme. ¿Y si me iba de la lengua? ¿Y si se me notaba mucho que me gustaba? Al mismo tiempo, si Jon también sentía lo mismo por mí —no tenía ninguna razón para creerlo, pero tampoco para descartarlo—, ¿qué pasaría si se me declaraba como hacía en mis fantasías? ¿Sería capaz de aceptar su amor y convertirme en un marginado también en el pueblo? ¿O me vería obligado a rechazarlo delante de todo el mundo para salvaguardar mi dignidad?

Decidí dejar de tentar a la suerte y marcharme a casa antes de que el alcohol nos hiciera realizar alguna locura.

—Creo que me voy a ir yendo —dije, mirando a mi alrededor—. Esto se está animando mucho y no quiero que mi abuela me vea borracho.

—¿Te importa si te acompaño? Yo tampoco me siento muy cómoda —me dijo Helena—, y el paseo hasta el pueblo es solitario y ya es de noche.

—Claro, vamos juntos si quieres.

Las demás chicas lanzaron a Helena miradas indiscretas que pasé por alto.

Miré en derredor para buscar a Jon, quería despedirme de él, pero le vi entretenido cantando

con Luis y Carlos y decidí no molestarlo, sería raro interrumpirle para anunciarle que me iba, como si fuese su pareja. Le pagué mi parte de la cena al delegado de clase, encargado de llevar la cuenta con el restaurante, y acompañé a Helena fuera del local. Justo antes de salir, eché un vistazo al interior y vi a Jon observándonos. Alcé la mano para despedirme, y él hizo como si no me viera —o quizá no me vio realmente—.

Mientras acompañaba a Helena de camino al centro del pueblo, charlamos sobre cosas triviales. Descubrí que era muy divertida y que me caía bien, en Madrid habríamos sido amigos. Pero el Hugo que yo había construido en Torrecamino era un Hugo distinto, uno que, para evitar cometer errores del pasado, se había alejado de amigas femeninas y trataba de pasar desapercibido. Lo cierto es que ya había visto a Helena muchas veces por el instituto, pero nunca habíamos hablado hasta entonces.

Cuando por fin alcanzamos la plaza del pueblo, se despidió de mí. Lo hizo dándome un beso en la mejilla e intercambiando conmigo una mirada significativa. Yo no supe interpretarla, así que me di la vuelta y me marché a casa de mi abuela.

No podía ni imaginarme lo mucho que me iba a complicar aquella muchacha la vida en los próximos meses ni el papel vital que llegaría a tener en mi relación con Jon.

Mi abuela y yo nos pasamos la semana previa a Navidad decorando la casa con motivos navideños. Habíamos montado un pequeño árbol en una esquina del salón, de plástico, porque a mi abuela le daba miedo que un árbol real pudiera traer consigo termitas o cualquier otra plaga. También habíamos colocado guirnaldas en las paredes, sobre la chimenea, y un pequeño belén en una repisa de piedra que había en la entrada.

Mis padres llegaron a Torrecamino la misma mañana del veinticuatro de diciembre, ni un día antes de Nochebuena. Daba la sensación de que no querían pasar conmigo siquiera un solo minuto más de lo estrictamente necesario. Yo los recibí taciturno, con el ceño fruncido y con pocas ganas de hablar con ellos. Nunca se me ha dado bien fingir cuando estoy con gente que no me cae bien, y, por mucho que se tratara de mis padres, no me caían bien.

Mi padre me estrechó la mano fugazmente, y mi madre me dio un beso en la mejilla, que realmente quedó colgando en el aire, pues no llegó a haber contacto físico.

—¿Qué tal con la abuela? —me preguntó mi padre, como si no lleváramos cinco meses sin hablarnos—. No le estarás estorbando mucho, ¿no?

«¿Igual que os estorbaba a vosotros en casa?», quise preguntarle.

—Preguntadle a ella —respondí, secamente.

—Hugo, pon de tu parte —me pidió mi madre en voz baja.

—¿El qué tengo que poner de mi parte? —le pregunté, invitándola a hablar, invitándola a reconocer que se habían desvinculado completamente de mí durante meses, únicamente porque yo era distinto a cómo ellos querían que fuera. Pero ella apartó la mirada y se hizo la loca, evadiendo mi pregunta.

Mi padre renqueó hasta mi abuela para darle un beso —al parecer su lesión de rodilla se había agravado bastante durante mi ausencia— en la mejilla. Ella lo recibió con un cálido abrazo como solo ella los daba.

—Pasad, guapos, qué ganas tenía de veros. Tenía miedo de que este año tampoco pudierais venir.

—Ha habido suerte y aún no ha nevado —comentó mi padre, como si alguien se creyera esa excusa.

Llevábamos años sin pasar las fiestas navideñas con mi abuela porque les daba pereza coger el coche hasta Torrecamino, pero ese año no les había quedado más remedio que ir o habrían parecido unos hipócritas por haberme mandado a mí a un lugar que ellos no eran capaces de visitar ni siquiera en una fecha tan señalada.

Cenamos prácticamente en silencio, a excepción de las preguntas que mi abuela hacía a mi

padre o a mi madre, y que ellos respondían secamente. Disfrutamos de la riquísima comida que mi abuela había preparado —con mi ayuda, por supuesto— con tanto cariño para unos invitados que estaban deseando marcharse desde el mismo momento en que habían puesto un pie en la casa. En la tele, un programa de entretenimiento pregrabado mostraba varias bandas pop de la época, las cuales alternaba entre villancicos festivos. Me entretuve viendo a artistas de la talla de Mecano y Joaquín Sabina.

Cuando terminamos de cenar, mi abuela y mi madre recogieron la mesa mientras los hombres de la casa —recordad, eran los años 90— nos sentábamos en el sofá, en un incómodo silencio. La tensión podía cortarse con el filo de una hoja de papel. Finalmente, para mi sorpresa, mi padre rompió el silencio.

—¿Qué tal te has adaptado al pueblo, Hugo? —me preguntó. Miraba fijamente la tele, puesto que debía parecerle más interesante que mirar a su propio hijo.

—Como he podido —respondí. Admito que quería que mis palabras dolieran. Quería que se notara que estaba cabreado. Adopté una actitud agresiva pasiva.

—Ni que te hubiera mandado a Vietnam —comentó mi padre frunciendo el ceño.

—El pueblo en sí me gusta —admití—, quiero mucho a la abuela y he conocido gente que aprecio, pero no es mi hogar. Echo de menos Madrid.

—Madrid no era bueno para ti...

—Madrid no me hizo marica, papá —le dije.

Mi padre se cambió de postura en el sofá, visiblemente nervioso.

—Eso no lo sabes —me dijo—, ¿acaso sabes tú más que los científicos y psicólogos sobre qué hace a alguien homosexual?

—¿Qué sabrás tú de lo que dicen los psicólogos sobre ser homosexual? —le pregunté.

Justo en ese momento, mi madre volvía de la cocina. Por su expresión facial al escuchar mi frase, supe que se había arrepentido de inmediato de haber venido, pero ya era tarde para darse la vuelta. Caminó hasta el sofá y se sentó entre mi padre y yo.

—La abuela se ha acostado, dice que está cansada —me dijo.

—Bien, así no escuchará lo que tengo que decir —dijo mi padre, claramente cabreado. Por primera vez, me estaba mirando a mí, así que no quise desaprovechar la oportunidad de mirarle fijamente también, tratando de transmitir la furia que sentía en mi interior a través de mis ojos castaños.

—Ten cuidado con lo que digas, Jorge —le pidió mi madre, diplomática.

—Eres un egoísta —me dijo mi padre, tratando de mantener la voz baja—. Eres un egoísta porque has decidido tomar un camino que sabes que hará sufrir a tus padres. Me he estado preguntando mucho durante los últimos meses qué es lo que hemos hecho mal nosotros para que esto pasara. Pero no he sido capaz de encontrar ninguna justificación. Te hemos tratado como a un chaval normal, no hemos hecho nada particular. No te hemos comprado muñecas de niñas, ni te hemos vestido de rosa, ni hemos dejado que vieras programas de televisión con mariquitas. Hemos censurado siempre esas cosas, para que crecieras en un ambiente sano.

Mi padre estaba siendo tan absurdo e ignorante con el tema que por un momento estuve a punto de echarme a reír.

—No es esto lo que queríamos para ti —concluyó.

—Nadie puede elegir cómo van a ser sus hijos cuando crezcan, eso lo sé hasta yo —le respondí—. También sé que ver mariquitas en la tele o dejar a tu hijo jugar con muñecas no le hace maricón, de la misma forma que impedir que haga esas cosas no garantiza que vaya a ser heterosexual.

Descubrir aquello debió ser nuevo para mi padre, pues reaccionó abriendo los ojos como platos. Parecía que, de pronto, todo lo que él sabía sobre la homosexualidad —que no era mucho—, se había venido abajo.

—Para que te enteres, sí que he estado hablando con un psicólogo sobre tu caso —continuó, tratando de mostrar que entendía más sobre el tema que unos estereotipos superficiales—, y me ha dicho que lo tuyo es totalmente tratable. Hay terapias que pueden servir.

—Eso es bueno, Hugo —dijo mi madre, tratando de interceder con un mensaje positivo entre ambos—. Eso significa que hay cura.

No me podía creer lo que estaba escuchando. Claro que, para ser honestos, yo mismo me había cuestionado últimamente si era posible dejar de ser gay. Pero me había bastado un día en la biblioteca para darme cuenta de que ser homosexual no tenía cura, porque no era una enfermedad. De la misma forma que uno no podía alterar su color de piel o la forma de sus ojos.

—No creo que sea posible dejar de ser homosexual, papá —dije—. He estado leyendo sobre el tema, y todas las terapias de conversión han fracasado. En más de tres décadas de experimentos, no ha habido un solo caso que haya terminado en éxito. Ese psicólogo con el que estás hablando es un sacacuartos, hay muchos pseudoterapeutas que se aprovechan de la desesperación de los padres para cobrarles un pastizal por terapias que no conducen a nada.

—¡Crees lo que quieres creer! —me gritó mi padre—. ¡Aún no lo has probado y ya lo descartas!

Mi madre pegó un respingo en el sofá al escuchar el grito.

—¡Te estamos tendiendo una rama de olivo, maldita sea, y tú no pones de tu parte! —continuó él gritando.

—Hugo..., si te curas, podrás volver a Madrid —dijo mi madre, asintiendo con energía—. Recuperarás tu vida, tus amigos, podrás ir a la universidad. Volveremos a ser una familia normal.

—Si no somos una familia normal, no es porque yo sea gay —les dije, enfadado—. Es porque vosotros sois incapaces de convivir con algo que es completamente normal.

Sentía ganas de llorar. Traté de contener las lágrimas para no darles el placer de mostrarles mi fragilidad, pero, finalmente, me fue imposible y me rompí.

—Se supone que unos padres deben querer a sus hijos de manera incondicional —les dije—, en cambio, vosotros me dais vuestro amor con condiciones. Me pedís que deje de ser quien soy.

—Hugo, estamos intentando ayudarte —dijo mi padre con más calma. Trataba de sonar razonable, lo cual hizo que me enfadase más. Comprendí lo poco que entendía él sobre homosexualidad, y supe que se pensaba de verdad lo que estaba diciendo.

—Yo no estoy enfermo —les dije con ojos lacrimosos—. No es una enfermedad querer diferente, no es una enfermedad ser distinto a la mayoría. En cambio, vosotros estáis eligiendo poner por encima de vuestro hijo una idea preconcebida que teníais sobre él. Me rechazáis porque no soy como queríais que fuera. Un padre que no esté dispuesto a querer a su hijo sea como sea no debería ser padre en primer lugar.

Mi padre se puso de pie de golpe. Al parecer, al hacerlo, le dolió la rodilla, pues se llevó una mano a ese lugar, pero intentó disimularlo. Me pregunté si me iba a abofetear, no lo había hecho desde que era muy pequeño.

—Pues te quedarás con la abuela en el pueblo hasta que recapacites —dijo, valiéndose de la amenaza en lugar de la violencia.

—Bien —dije, asintiendo con energía. Las lágrimas seguían cayendo por las mejillas—. Me quedaré aquí. Entretanto, os recomiendo que vayáis vosotros al psicólogo, a uno de verdad, igual os viene bien. Porque la homofobia sí que se puede curar.

Me dieron la espalda y se marcharon. Antes de salir por la puerta, mi madre se giró para mirarme una última vez.

—Llámame, Hugo, si cambias de opinión —me dijo.

En su voz noté esperanza y deseo. Me dio mucha rabia que estuviera tan ciega, y que me pusieran tantos condicionantes para volver a aceptarme como hijo.

Llore prácticamente toda la noche.

Una de las peores cosas de estar dentro del armario es la inmensa soledad que puedes llegar a sentir. Necesitas compartir tu carga con alguien y, al mismo tiempo, sabes que compartirla con ellos puede desencadenar el fin de vuestra relación. El no poder contarle es un dolor tan grande que muchos terminan perdiendo la vida por ello.

En mi caso era peor, porque mis dos progenitores sí que conocían mi secreto, y, aun así, me habían dejado terriblemente solo.

El día de Navidad amaneció tan triste como mi ánimo. Aún no había nevado, pero el cielo estaba gris y frío, y yo sabía que era cuestión de días —incluso horas— que lo hiciera.

Mi abuela no preguntó qué había pasado con mis padres. Quizá nos había escuchado discutir y ya lo sabía todo. O quizá no le extrañaba que mis padres no se hubieran quedado siquiera para el día de Navidad. El caso es que no me preguntó sobre el tema en ningún momento, y comimos los dos solos, sumidos en el más absoluto silencio.

Cuando ya habíamos terminado con el postre —unas riquísimas natillas caseras hechas por ella—, se metió en su dormitorio y salió con un alargado y fino bulto envuelto en papel de regalo. Me lo puso delante de mí, sobre la mesa. Atónito, recordé que era tradición en Navidad hacer regalos. Mis padres eran tan poco detallistas —y pobres— que habíamos dejado de hacerlo desde que había cumplido ocho años.

—Feliz Navidad, Hugo —me dijo mi abuela.

Abrí el regalo, en forma de tubo alargado, sin poder pronunciar palabra debido a la emoción. Era un conjunto de pósteres. Pertenecían a mis cantantes favoritos: Freddy Mercury, David Bowie, Axl Rose...

Levanté la mirada y la observé con sorpresa.

—Ya es hora de que vayas decorando tu habitación como se merece. Perdona que haya hurgado entre tus casetes, quería ver la música que escuchas para comprarte pósteres que te gusten —me dijo con una sonrisa pícar—. No es que me guste mucho las pintas que llevan, pero bueno. Espero que por lo menos no canten cosas satánicas.

—Gracias —dije. La única palabra que fui capaz de pronunciar, encontrándome aún atónito.

—Eres muy buen chico, Hugo, ya lo sabes. Tus padres son... difíciles. Tu padre antes no era así, yo creo que la ciudad le ha cambiado, o quizá fue el ejército. El caso es que tú no has hecho nada malo. En esta casa siempre tendrás sitio para quedarte, ¿vale?

Asentí y me eché a llorar. Mi abuela se apoyó en mí y me acarició la espalda mientras yo me desahogaba.

Era un consuelo contar con ella, pero la sombra de la duda había sido sembrada por mis padres. Ellos me habían dicho que era culpa mía que ya no fuéramos una familia tradicional. Esas acusaciones hicieron que cuestionase si mi abuela me querría de la misma forma si supiera la verdad sobre mí. ¿Aceptaría mi homosexualidad y me seguiría queriendo? ¿O me echaría de casa de la misma forma que habían hecho mis padres? Por si acaso, prefería que no se enterase nunca y no tener que salir de dudas.

¿Y si realmente estaba siendo egoísta al no aceptar la ayuda de mis padres? ¿Y si estaba equivocado sobre la posibilidad de dejar de ser homosexual?

Esa es una de las peores partes de la homofobia: te hace sentir culpable y cuestionarte a ti mismo.

Retomamos las clases la segunda semana de enero.

No sabía si era cosa mía, pero me daba la sensación de que Jon estaba muy distante desde la cena de clase. Tal vez le había molestado algo que había dicho o hecho allí. A fin de cuentas, ya habíamos conversado sobre lo importante que era nuestra amistad para ambos, y él ya me había reprochado en otra ocasión el haberme alejado de él sin darle explicaciones. Durante la cena, había puesto distancia para evitar que alguien pudiera notar mi predilección por él, y posiblemente lo había notado.

Quizá no le había gustado que me sentara alejado de él en la mesa del restaurante y que no me despidiera antes de irme. Únicamente habíamos hablado en una ocasión desde entonces, el día de Año Nuevo, cuando le había llamado al fijo de su casa desde el teléfono de mi abuela, para felicitarle el año. Había sido una conversación corta y superficial, casi no pareciera que fuésemos amigos. Él no me había invitado a pasarme por su casa ningún día durante las vacaciones, y yo tampoco se lo pedí.

Durante el recreo de aquel primer día de clases del 98, intenté retomar un poco nuestra relación por donde la habíamos dejado, haciendo como que no había pasado nada, y como si no hubiera notado la distancia que había surgido entre ambos. Por supuesto que quería alejarme un poco de él para despejar cualquier sospecha que Gerardo o cualquier otro compañero pudiera tener sobre mi interés en él, pero no quería alejarme tanto como para perder su amistad. Y puesto que nada une tanto como abrirle a alguien tu corazón, le conté lo que había pasado con mis padres, aunque adulterando un poco los hechos, lo cual me sirvió también para desahogarme.

—Mis padres siguen queriendo definir mi futuro, quieren que viva de una manera muy concreta, y que vaya a la universidad a estudiar alguna carrera de provecho, como Derecho o Ciencias Políticas —le dije —, y yo sigo sin saber qué hacer con mi futuro, así que volvimos a discutir. Se fueron la misma noche de Nochebuena, no esperaron ni al día de Navidad.

—Vaya, lo siento mucho —dijo él, tras escucharme atentamente.

Le había crecido un poco la barba y me encantaba cómo le quedaba. Mi atracción por él no hacía más que distraerme en clase, me perdía horas mirándole, pensando en cómo debía ser besarle. ¿Pincharía la barba?

—Sigo sin entender esa relación rara que tienes con tus padres —me dijo, pensativo—. Es muy raro que te hayan obligado a venirte al pueblo con tu abuela porque no quieras ir a la universidad y enderezar tu futuro. Aquí, desde luego, no lo conseguirán. Más bien lo contrario.

—Ya, bueno..., mis padres son raros —dije.

Era complicado explicarle mi relación con ellos sin contarle la verdadera razón de su rechazo.

—Pues anda que los míos no son raros... —dijo él en un suspiro. Yo sabía que sus padres

estaban separados y que se llevaban muy mal. Su madre había rehecho la vida en Galicia, donde vivía con su nuevo marido—. También tienen ciertas expectativas, ¿sabes?

—¿Es porque tu padre quiere que heredes la granja? ¿Acaso tú quieres algo distinto?

No me respondió de inmediato, tuvo que meditar la respuesta.

—Es complicado —dijo al final.

—¿Y qué cosa no lo es? Somos dos adolescentes a los que están presionando desde sus respectivas familias para que tomen decisiones que definirán el rumbo de sus vidas. Si fuera fácil, no nos encontraríamos así.

No me respondió, tan solo se quedó en silencio, meditando mis palabras.

—Supongo que no nos queda otra que aprender de sus errores y procurar ser mejores que ellos —añadí. Me senté más cerca de él en el banco.

Me miró y asintió.

Le puse la mano en la espalda y se la froté de manera cariñosa. Tras ello, nos quedamos un rato mirando al vacío, pensativos, con mi mano aún colocada sobre sus omóplatos. Podía sentir el cálido latido de su corazón en la palma de mi mano.

Me encantaba estar junto a él, incluso en silencios como aquel. Tan solo su presencia me transmitía calma y serenidad.

—¿Estamos bien? —le pregunté. No hice una referencia directa al distanciamiento que habíamos sufrido las dos últimas semanas, pero él supo a qué me refería.

—Estamos bien —me dijo con su voz grave y profunda.

Me sonrió de la manera más dulce posible. Observé la media luna que conferían sus labios carnosos y, una vez más, tuve que contener las ganas de robarle un beso en aquel instante.

Al día siguiente, Helena, la chica con la que había hablado en la cena de Navidad, se unió a nosotros durante el recreo. Yo no sabía hasta qué punto me habría visto Jon hablar con ella en la cena ni qué pensaría sobre el tema, pero no le sorprendió que ella se nos acercara y me saludara con naturalidad.

«Es posible que me viera hablar con ella y se pensara que estaba ligando», reflexioné. «Y también es posible que estuviera distante conmigo por ello. Siendo así, ¿acaso está celoso? ¿Sentirá él lo mismo que yo? ¿O quizá le dio miedo que hiciera nuevas amistades?».

Una vez más, mi fantasía recurrente en la que Jon también era gay y también sentía lo mismo que yo nublabla mi juicio, haciéndome pensar que quizá mi mejor amigo estaba tan coladito por mí como yo por él.

Helena me caía bien, y creo que también le cayó bien a Jon de inmediato. Nos contó que se aburría mucho juntándose con las chicas cada recreo, y que, si no nos importaba, le gustaría juntarse con nosotros de vez en cuando. Yo le di luz verde, y Jon tampoco puso pegas.

Helena tenía mucho en común con nosotros: le gustaba el mismo tipo de cine, la misma música e, incluso, los videojuegos, algo que en aquella época era terreno completamente masculino. Empezó a juntarse con nosotros de manera regular, y tanto Jon como yo mismo empezamos a disfrutar de su compañía. Claro que aquello cambió mucho la dinámica entre nosotros dos, pues delante de Helena no nos sincerábamos sobre nuestras familias y otros quebraderos de cabeza que pudiéramos tener, pero, a cambio, Helena nos ofrecía otro tipo de conversación, y evitaba que Jon y yo cayéramos en la rutina y termináramos por aburrirnos el uno del otro.

Día tras día, Helena fue pasando cada vez más tiempo con nosotros, tanto que, sin saber cómo

había pasado exactamente, se convirtió en una más del grupo. Y yo, tan inocente como inexperto en asuntos del amor, no me di cuenta de que ella siempre estaba pendiente de mí, buscando mi mirada y aprovechando la menor ocasión para tocarme el brazo o para estar a mi lado.

Pero Jon sí se dio cuenta.

Cuando uno es joven e inexperto es propenso a cometer muchos errores. Algunos dicen que en eso consiste la vida: en equivocarse y aprender de ello, para ser mejores después. No obstante, la práctica es más difícil que la teoría, y aprender esas lecciones de vida no siempre es una experiencia agradable. Yo cometí muchos errores en el tiempo que pasé en el pueblo, y uno de ellos tiene nombre y apellido: Helena Iglesias.

A mediados de enero, Jon enfermó. El profesor nos dijo que su padre había llamado para dar el aviso de que tenía la gripe, así que descansaría en casa hasta recuperarse. Yo sabía que le echaría mucho de menos, pues verle todas las mañanas en clase, sentado frente a mí, era la mayor motivación que tenía para seguir adelante con mi vida. Pero no había nada que yo pudiera hacer en aquella situación, solo esperar y desearle a Jon una rápida recuperación. Así hice, tan pronto llegué a casa por la tarde. Le llamé desde el teléfono fijo de mi abuela, pues los teléfonos móviles para uso personal aún no eran comunes —y no me refiero a los *smartphones* modernos, me refiero a antiguos ladrillos que no tenían ni cámara de fotos—. Él me agradeció la llamada y me prometió que, en cuanto se recuperase, jugaríamos juntos a la Super Nintendo. La simple idea de hacerlo me llenó de alegría.

Al día siguiente, Helena se topó conmigo de camino al instituto y caminamos juntos cuesta arriba. Charlamos de cosas sin importancia, y me explicó que ella vivía con su madre en una de las casas más modernas que se habían construido veinte años atrás, en la parte sur del pueblo, cerca de la parada del autobús. No se lo pregunté directamente, pero, por lo que entendí, su padre había muerto cuando era pequeña.

Helena tenía mucho interés por todo lo que era Madrid, quería saber cómo era la gran ciudad, y me invadió a preguntas. ¿Qué hacían los adolescentes el fin de semana? ¿Era cierto que había musicales todas las noches? ¿Y que había un barrio entero destinado a los homosexuales? Las preguntas me rebasaron y traté de responderlas con monosílabos, pero ella siempre volvía a por más.

Puesto que aquella semana Jon estaba enfermo, Helena decidió por su cuenta hacerme compañía todos los recreos, y era la perfecta ocasión para seguir charlando. A veces me divertía con ella de manera sincera, pero, en otras ocasiones, me hacía preguntas demasiado íntimas que me incomodaban, y conseguía irritarme.

En alguna ocasión, me planteé si Helena era una persona de confianza como para contarle que era gay. Yo siempre me había llevado mejor con las chicas, que eran más propensas a entender ese tipo de cuestiones con más normalidad que los hombres heterosexuales. Pero recordé que mis

amigas de Madrid también me habían parecido de confianza hasta que la noticia se había extendido por todo el instituto.

Recordé la famosa frase de Benjamin Franklin:

«Tres personas pueden guardar un secreto si dos de ellas están muertas».

Si se lo contaba a Helena y ella se lo contaba a alguien de su confianza, antes de que quisiera darme cuenta, todo el pueblo sabría que era homosexual.

Al tercer día de juntarnos a solas en el recreo, sucedió lo inevitable. El resto de las chicas pasó cerca de nosotros y silbaron con tono jocoso, dando a entender que entre Helena y yo había algo más que una amistad. A mí me hizo gracia, hasta que me giré hacia ella y la vi con la cara tan roja como un tomate.

«Creo que le gusto...».

Fue entonces cuando me percaté. Detecté todas las pistas: la manera en la que se había despedido de mí la noche de la cena de clase, las veces que se había juntado con Jon y conmigo, acercándose únicamente a mí, y el hecho de que llevaba toda la semana aprovechando para que pudiéramos estar a solas.

El problema fue que no solo yo me di cuenta.

Ese mismo día, los compañeros de clase empezaron a lanzar comentarios sobre el tema. La gente no concebía que un chico y una chica pudieran ser amigos sin que hubiera un interés romántico entre ellos.

Luis y Carlos incluso me lo preguntaron directamente:

—Oye, Hugo, ¿estás con Helena?

—¿Cómo que si estoy con Helena?

—Que si estáis saliendo —me aclaró Carlos—. Lo comenta la gente, os han visto a solas.

—¡Somos solo amigos! —comenté, aunque me avergoncé con la simple idea.

—¡Se ha puesto rojo! ¡Le hemos pillado! —bromeó Luis.

Había más compañeros de clase fijándose en nuestra conversación, entre ellos Gerardo. Él nunca había llegado a decir nada sobre las miradas que yo le echaba a Jon en clase, pero, sin lugar a duda, se había fijado, pues ya habían sido varias las veces en las que me había dado cuenta de que me observaba durante clases, como si estuviera esperando el momento en el que fuese a mirar a Jon.

—Pues si de verdad sois solo amigos, es que eres tonto —me dijo Luis mientras recogía su cuaderno en la mochila para marchar a casa después de clases—. Es una chica mona y superinteresante, creo que incluso juega a videojuegos. En Torrecamino no hay mucho donde elegir, Hugo, no pierdas esta oportunidad.

Me di cuenta de que, si no me lanzaba a por una chica que evidentemente tenía interés en mí, despertaría curiosidad en los demás. Empezarían a cuestionarse por qué no me interesaba una chica que, claramente, era un buen partido.

Mientras caminaba a casa de mi abuela, al salir de clase, le di vueltas al tema. También seguía pensando sobre lo que mis padres me habían dicho en Nochebuena, algo que aún no se me había borrado del todo de mi mente:

«Eres un egoísta porque has decidido tomar un camino que sabes que hará sufrir a tus padres».

Mi padre me había acusado de no haber intentado dejar de ser homosexual. Yo mismo había cuestionado si era posible dejar de serlo. De ser así, mi vida se simplificaría mucho. Más que

eso, directamente, todos mis problemas dejarían de existir. Pero, según había leído en varios estudios que había consultado, no era posible dejar de serlo.

«Pero ¿cómo puedo estar seguro si nunca lo he intentado?».

Aquella noche dormí mal. Me retorció en la cama continuamente, rodeado por los pósteres que mi abuela me había regalado en Navidad y que yo había colocado con cariño en las cuatro paredes. Los cantantes de pop y *rock* de la época me observaban mientras yo daba vueltas en la cama.

Era incapaz de desconectar mi mente y relajarme. Por un lado, el miedo a que descubrieran mi sexualidad al no mostrar interés hacia Helena. Y, por el otro, el hecho de no haber intentado mantener una relación con una chica para ver si funcionaba.

«Con suerte, quizá me gusten las dos cosas. Si es así, podría reprimir la parte que más problemas acarrea y centrarme en la otra...», pensé.

En algún momento de la noche, me quedé dormido, pero, como no llegué a descansar realmente, me tomé el día siguiente libre y no fui al instituto. Así evitaría ver a Helena y podría escapar de los rumores y cuchicheos durante un día.

El lunes siguiente, Jon se incorporó a las clases de manera habitual. Había adelgazado un poco, lo cual dejaba intuir que la gripe le había dado fuerte. Decidí que ya teníamos suficiente confianza como para saludarle con un cariñoso abrazo. Aproveché para masajear sus grandes hombros y su fuerte espalda mientras me hundía en sus brazos. Aspiré el olor a tierra húmeda y a granja que desprendía su cabello.

—Sí que me has echado de menos —me dijo, sonriente. Estaba ligeramente sonrojado.

—Tengo que contarte una cosa —le dije.

Nos tomamos la libertad de entrar unos minutos tarde a primera clase, y nos sentamos en unas escaleras del último piso, allí donde nadie nos interrumpiría. Él me observó con curiosidad, preguntándose qué iba a contarle.

Yo ya había tomado una decisión.

—Creo que voy a pedirle a Helena que sea mi novia —le dije de sopetón. Sin preparación ni calentamiento.

Él tardó un par de segundos en reaccionar y, cuando lo hizo, sonrió con melancolía.

—No te voy a engañar, Hugo, ya lo sospechaba —me dijo—. He visto cómo te mira. Además, os vi juntos en la cena de Navidad, ¿pasó algo aquella noche?

—No, te lo habría contado —dije de inmediato—. Tan solo hablamos. Pero la semana pasada, tú no estabas y..., bueno, ella me ha buscado mucho, y toda la gente comenta que parece que le gusto.

—Es una buena chica, y es muy guapa —dijo él, encogiéndose de hombros—. Supongo que serías un tonto si la dejaras escapar.

—Supongo —coincidí.

Ninguno parecía demasiado emocionado con la idea.

—Me da miedo que esto afecte a nuestra amistad —le dije, abiertamente.

—Por eso no te preocupes, Hugo. Yo también he pensado sobre ello, y creo que sería egoísta evitar que hicieras otras amistades o que tuvieras novia. Cada uno tiene que hacer su vida. Nuestra vida la construimos nosotros tal como queremos.

—Sí...

Volvimos a quedarnos en silencio.

Me sentía un poco decepcionado. La noche antes había pensado un plan que me había parecido infalible: le contaría a Jon que quería salir con Helena y vería su reacción. Si Jon respondía de manera negativa a esa idea, o si se venía abajo y me confesaba que yo le gustaba, rechazaría a Helena y me atrevería a intentar algo con él. En cambio, si Jon no parecía poner obstáculos a lo mío con Helena, o si incluso me animaba, asumiría de una vez por todas que era heterosexual y que cada uno debía seguir adelante con su vida. De ser así, daría una oportunidad a Helena, tratando por todos los medios convertirme en heterosexual y vivir una vida normal y tradicional.

Aparté la mirada de Jon para que no notara que estaba a punto de llorar. Estaba decepcionado por que las cosas no hubieran salido como yo esperaba.

«A quién pretendo engañar. Nunca hubo pistas de que pudiera ser homosexual. Además, su padre es tan homófobo que incluso aunque él fuese gay...».

—Seguiremos siendo amigos —le dije. Parecía una promesa, pero era más una conclusión que acababa de sacar.

«Solo amigos...».

—Claro que sí —me dijo él, sonriente—. Ahora, vamos, sino el Letras va a suspendernos, ya sabes cómo es con los alumnos impuntuales.

Caminamos juntos a clase y, durante todo el recorrido, yo guardé la esperanza de que en cualquier momento Jon me agarrara de los brazos, me empujara contra una pared y me susurrara al oído: «No lo hagas». Yo le habría besado con intensidad y le habría dicho que le pertenecía, que siempre había sido de él y solo de él.

Pero no pasó nada de eso.

Le pedí a Helena que fuera mi novia esa misma tarde. Aceptó con una risa incontenible, nerviosa pero contenta. Y, con aquel error, comenzó el infierno del que me arrepentiría muchas veces.

«El personaje homosexual que yo interpretaba en “La ley del deseo” cometía un asesinato hacia la mitad del relato, y me sorprendió que en Estados Unidos eso no produjera ninguna controversia. Que este personaje cometiese un crimen era perdonable desde la óptica de una supuesta moralidad cinematográfica, pero que fuese homosexual no. Matar a un ser humano sí, besar o hacer el amor con una persona del mismo sexo no».

Antonio Banderas.

Helena y yo habíamos quedado en tener una cita el domingo por la tarde. Yo había organizado un plan sencillo: primero daríamos un paseo por uno de los senderos que rodeaban el pueblo, después nos sentaríamos en un bar o en el banco de un parque, y charlaríamos para conocernos mejor. Sin demasiadas florituras, pero, después de todo, era una primera cita.

El día antes, sábado, me perdí con la bici recorriendo los campos que rodeaban Torrecamino. Pedaleé sin un rumbo fijo, tomando desvíos basándome en los carteles a pie de carretera. Crucé campos amarillentos que olían a cebada, me interné en pineras con aroma a clorofila y atravesé arroyos cuyo cauce se encontraba crecido gracias a las lluvias del invierno. Vi algunos corzos, que salieron espantados ante mi presencia, y una decena de conejos salvajes.

Ya cuando estaba regresando a Torrecamino, encontré un sendero que discurría por el norte del pueblo y que descendía a través de un valle donde las ovejas pastaban libres y tranquilas. Bajé la colina sin frenos, sintiendo el frío viento invernal en mi rostro. El olor a hierba mojada y barro inundaba mis fosas nasales.

Al llegar al fondo del valle, distinguí un precioso embalse tan grande como Villabonita, donde los patos nadaban tranquilamente. Dejé la bici apoyada en un haya que había perdido todas las hojas, y me senté en el suelo, frente al agua. Observé el paisaje en silencio, inmerso en mis pensamientos.

«Esto no lo tienes en Madrid», pensé.

Estaba nervioso por lo que sucedería al día siguiente, en la cita. Intentaba no darle demasiadas vueltas y tomarme mi cita con Helena como un experimento para comprender si podían gustarme las chicas o no. No obstante, mi sentido común había encendido una alarma que sonaba con fuerza en mi cabeza y que me advertía que me echara atrás antes de que fuera demasiado tarde. Además de eso, también me encontraba decepcionado porque Jon no hubiera tratado de impedir mi relación con ella. Me había demostrado que no pensaba en mí de esa manera, y que todas mis fantasías con él eran tan solo eso: fantasías.

Una fuerte brisa sacudió un grupo de margaritas que había frente a mí, y estas perdieron parte de sus pétalos, que salieron volando por los aires. Al otro lado del embalse, en un lugar rodeado de pinos, distinguí a una pareja, también sentada frente al agua. Estaban a cierta distancia y no parecían haberse dado cuenta de mi presencia. Los miré. Chico y chica, parecían estar divirtiéndose. Se daban la mano y, de vez en cuando, compartían un beso. Incluso a esa distancia, pude escuchar la risotada de la muchacha, que parecía estar pasándoselo bien.

«Qué envidia».

Yo quería algo así. Quería una vida normal, donde pudiera estar con la persona que me

gustaba, compartir besos y risas, y ser felices juntos. Desgraciadamente, no era posible hacerlo con la persona que me gustaba de verdad, ya que la sociedad no lo veía con buenos ojos. Y, aunque nuestras familias y amigos nos hubiesen apoyado, la sociedad siempre nos etiquetaría como distintos. En cambio, si me hubieran gustado las chicas, podría tener lo que aquella pareja tenía.

«¿Por qué no puedo sentir por Helena lo que siento por Jon?».

Me odiaba a mí mismo por poseer sentimientos que era incapaz de controlar. Odiaba la forma en la que era. Estaba condenado a ser distinto por siempre, y a sufrir por culpa de ello. Me parecía injusto, pues no consideraba haber hecho nada para merecer tal destino.

Noté que iba a echarme a llorar. En mi interior, se mezclaban varios sentimientos que me ejercían presión en el pecho: miedo, dolor, nervios, arrepentimiento.

«¿Estaré haciendo lo correcto? ¿Es adecuado usar a Helena como parte de un experimento?».

Me habría quedado largo rato en aquel lugar, perdido en mis sentimientos y tratando de aclarar las implicaciones éticas de mi decisión, pero, de pronto, escuché gemidos que procedían del otro lado del embalse. Alcé la vista de golpe y distinguí a la muchacha sentada sobre el regazo del chico, dando botes. Estaban desnudos.

Supe que estaban teniendo sexo y, sintiéndome como un mirón, salí corriendo de aquel lugar antes de que pudieran percatarse de mi presencia.

Al día siguiente, quedé con Helena en la plaza del convento. Tengo que reconocer que vino muy guapa: llevaba un largo vestido invernal, de color azul cielo, con un lazo a juego en la parte trasera de la cabeza, de donde salía una larga trenza. Llevaba un bolso blanco, a juego con las medias y un pequeño chaleco que se había puesto encima del vestido. Se había maquillado, dándole color y volumen a las pestañas y pintando de un rojo carmesí sus labios. Comprendí que se había esmerado de verdad para nuestro encuentro, por lo que debía estar deseando que llegara la cita, y, aunque me sentí halagado, lamenté no poder corresponderla de la misma manera.

—Estás muy guapa —le dije con sinceridad.

—Gracias —dijo ella, sonrojándose—. Tú también.

Yo me sentí mal, porque no me había esmerado tanto: vestía un sencillito vaquero oscuro y un jersey invernal de color morado.

Caminamos juntos a través del pueblo, en dirección al sur. Tomamos uno de los senderos que discurrían alrededor de Torrecamino. Charlamos con normalidad sobre cosas triviales, como las clases, el instituto, los compañeros...

Mientras paseábamos, nos rodeaba el hermoso paisaje de la Rioja Alavesa. Montes bajos cubiertos de hierba amarillenta, bosques de pinos y riachuelos llenos de fauna variada. Llegamos a ver cigüeñas, patos e, incluso, una familia de nutrias jugando junto a un arroyo.

Lo cierto es que disfruté de su compañía, era agradable charlar con ella, y era muy divertida también.

«Está muy guapa», advertí una vez más.

Al ser capaz de apreciar su belleza física, me empecé a plantear si realmente podían gustarme también las chicas. Lo cierto es que la idea de ser el novio de Helena no me echaba para atrás tanto como hubiera pensado.

«Si funciona, podemos ser como la pareja del embalse que vi ayer. Podríamos ser una pareja normal».

La atractiva tentación de formar parte de la sociedad heteronormativa me seducía. Siendo

normal y sin llamar la atención. En determinado momento, decidí dar un paso adelante y tomarla de la mano. Ella se puso visiblemente nerviosa, pero parecía encantada, y yo pretendí no darme cuenta de sus nervios.

Tras el paseo, llegamos a la plaza del convento una vez más, donde nos sentamos en la terraza de La Tirolina y nos tomamos una cerveza. A pesar de que nos habíamos sentado en una esquina discreta, vimos a varios compañeros de clase —inevitable, teniendo en cuenta lo pequeño que era el pueblo— que nos saludaron con entusiasmo y con visible diversión al darse cuenta de que estábamos en una cita.

«Pues nada, el lunes todo el mundo lo sabrá», supe. Inevitablemente, mi abuela también se acabaría enterando. De hecho, estaba convencido de que dos señoras que estaban sentadas a tres mesas de distancia —y que no nos habían quitado ojo de encima desde que habíamos llegado— eran amigas suyas.

—Tengo que decirte una cosa, Hugo —me dijo Helena con las manos sobre el regazo.

—Cuéntame —la invité, al ver que estaba nerviosa.

—Lo cierto es que... yo ya me había fijado en ti desde el primer día de clases. Siempre llama la atención ver caras nuevas, pero, en tu caso, era más que simplemente la novedad. Me pareciste muy guapo y le pregunté a una amiga a ver si sabía quién eras, y ella investigó y descubrió que habías llegado de Madrid y que vivías con tu abuela. Y a mí siempre me ha encantado Madrid, así que supe que era cosa del destino que hubieras llegado a Torrecamino.

Yo ya había notado para entonces que Helena tenía Madrid idealizado. Sabía que gran parte de la atracción que ella sentía hacía mí se debía únicamente a que venía de la gran ciudad. Era una muchacha soñadora, con muchos planes de futuro. Torrecamino se le quedaba pequeño, y cualquier acceso a cómo era la vida en la gran ciudad le llenaba de entusiasmo.

—Cuando en la cena de Navidad te sentaste a mi lado, fue como un sueño. —Se había sonrojado. Sentía tanta vergüenza que no era capaz de mirarme a la cara. Yo me sentía más incómodo que otra cosa—. Me había imaginado muchas noches que pasaba algo así, y hoy, después de esta cita, yo... sé que los sueños se hacen realidad.

Me miró fijamente a los ojos y, antes de que yo pudiera reaccionar, se aproximó a mí y me robó un beso.

Fue un beso cariñoso y dulce. Sus labios sabían bien gracias al brillo labial que se había echado, y sentí la calidez que transmitían. Mas, no obstante, no me hicieron sentir nada. Ni palpitaciones aceleradas en el pecho ni mariposas en el estómago. Fue un beso vacío. Le correspondí moviendo mis labios al mismo ritmo que los suyos, pero no conseguí sentir nada.

Después de unos segundos, nos separamos con cuidado y nos miramos fijamente.

—Bueno, será mejor que me vaya —dijo ella poniéndose de pie de repente.

—¿Sucede algo? —le pregunté.

—Es que me he dejado llevar, y se me ha olvidado que estamos en la plaza —dijo, avergonzada, mirando a su alrededor.

Entendí que se sentía incómoda ante la idea de que su madre —o alguna de sus amigas— pudiera vernos compartir un beso en medio de la plaza del pueblo, a plena luz del día.

Quedamos en vernos en clase al día siguiente y se marchó sin decir nada más.

Yo me quedé un rato más sentado en aquella mesa. Tenía mucho sobre lo que pensar y quise aprovechar el momento de soledad para ello.

Lo que Helena había dicho sobre los sueños y las fantasías... me recordaba a cómo yo me

sentía hacia Jon. Intuí que ella me tenía tan idealizado como yo tenía a Jon. Entendí que ella se había fijado en mí mucho tiempo atrás, y que había estado deseando que aquella cita se hiciera realidad.

Reflexioné sobre el paseo, la charla y el beso. Sobre la cita en sí misma. ¿Qué me había hecho sentir? ¿Me había sentido cómodo? ¿Me había gustado?

«Ha sido agradable, porque ha sido como volver a tener una amiga. Pero... no he tenido la sensación de que fuéramos novios. Creo que Helena y yo nos entendemos y nos llevamos bien, pero el beso ha sido... vacío».

Había sido incluso ligeramente desagradable, aunque no por ella, por supuesto.

Casi todas las personas recuerdan el primer beso que han dado a alguien que les gustara. Aquel no parecía un beso que fuera a recordar con cariño. No había surgido conexión ni magia. No era como los besos que me imaginaba con Jon cuando me encontraba a solas en mi dormitorio. Faltaba pasión y deseo.

Entendí de pronto que había cometido un grave error. Había usado a Helena como conejillo de indias para comprobar si las chicas también me gustaban, y me había servido para darme cuenta de que no, que ellas no me hacían sentir lo mismo que los chicos. Helena era perfecta para ser mi amiga, pero no como novia. No obstante, ella parecía encantada con la cita y se había hecho muchas ilusiones.

«Espero no acabar rompiéndole el corazón».

Decidí no agobiarme y afrontar la situación día a día, sin complicaciones, recalculando sobre la marcha. Tenía que encontrar la manera de no prometerle nada mientras terminaba por resolver mis dudas y descubriría quién era.

Aquella noche soñé que visitaba con Jon el embalse que había visto el día anterior, y que compartía con él el beso que en realidad me había dado Helena. Este otro beso me hizo sentir cosas dentro de mí: fuego y pasión. Hizo que mi corazón latiera con fuerza y quisiera arrancarle la ropa ahí mismo, para hacerle el amor. En el sueño, lloré de felicidad por poder besarlo, creyendo que estaba sucediendo de verdad. Me hizo sentir cosas que el beso real con Helena no había conseguido.

Desperté con el convencimiento de que acababa de salir de dudas para siempre: era homosexual, tanto si me gustaba como si no. Y supe que lo mío con Helena no iba a terminar bien.

Tal como había sospechado, la noticia de que Helena y yo éramos novios no había tardado en recorrer el pueblo. Mi propia abuela llegó al día siguiente, por la tarde, contándome que unas amigas suyas me habían visto con una muchacha en la plaza.

—Solo te pido una cosa, Hugo —me advirtió con tono de réplica—, sé buen chico. No le hagas daño a ninguna muchacha. No seas esa clase de hombre.

Asentí mientras me moría de la vergüenza y deseaba enterrar la cabeza en el suelo.

Todo iba demasiado rápido, sin que yo pudiera asimilarlo, y una voz en mi cabeza no dejaba de preguntarme: «¿¡Qué demonios estás haciendo, Hugo!?».

También en clase todos se habían enterado. Luis y Carlos fueron los primeros en felicitarme, y varios otros comentaron que incluso nos habían visto besándonos.

—El finde pasado pillaron a una pareja haciéndolo en el embalse que está al norte —comentó alguien—. ¿No seríais vosotros?

—¡Claro que no! —respondí, sonrojado hasta las orejas.

Aquello afirmaba mi teoría de que en el pueblo los secretos dejaban de serlo con mucha rapidez, bastaba con que alguien se pasara por el sitio correcto en el momento adecuado, y todo el mundo se terminaba enterando. Torrecamino no era Madrid, desde luego, y allí todos parecían estar al tanto de lo que sucedía en la vida de los demás. Si no quería que supieran que era gay, más me valía ocultárselo a todo el mundo y evitar que se enterase cualquiera que tuviera conocidos en el pueblo.

No pude hablar con Jon hasta el recreo. Y, antes de que pudiera contarle yo nada, resultó que ya se había enterado por su cuenta.

—Enhorabuena —me dijo, sonriente. Parecía feliz por mí—. Creo que hacéis una buena pareja. Helena es buena chica, trátala bien. Pero, oye, si es ella la que te trata mal a ti, me lo dices y se lo hacemos pagar.

Reí la gracia, incómodo. Todo el mundo hablaba del tema con mucha libertad y yo aún no sabía cómo me sentía respecto a ello. ¿Quería que se convirtiera en algo serio? ¿O prefería dejarlo ahora antes de que se complicara más la cosa?

Helena empezó a juntarse con nosotros todos los recreos y, siempre que venía, me saludaba con un beso breve. El resto del tiempo nos comportábamos solo como amigos si Jon estaba delante, pues así le había pedido yo.

—Es para que no se incomode —le dije, usando a mi amigo como excusa para poner distancia con ella.

No obstante, Jon no tardó en sentir que estorbaba y empezó a pasar algunos recreos con Luis y Carlos en el rincón de los fumadores. Entendí perfectamente que le resultaba incómodo sentirse como el «sujetavelas» de la situación. Siendo así, Helena y yo empezamos a quedarnos a solas en varias ocasiones. Aquellas veces, ella aprovechaba para tomarme de la mano y darme besos, y yo fingía corresponderle.

Con cada día que pasaba, yo veía cada vez más claro que Helena no me atraía de ninguna forma. Me parecía una chica guapa, simpática y divertida, pero no sentía nada especial por ella. Era tan solo una amiga. En cambio, ella parecía estar cada vez más enganchada a mí.

Al mismo tiempo, empecé a ver a Jon cada vez más distante. Pasaba con nosotros menos tiempo, y cuando llegaba el fin de semana, Helena me pedía que hiciéramos algo juntos, por lo que no podía quedar con él.

Por las noches, tendido en mi cama, lloraba. Lloraba porque me había dejado arrastrar a una situación compleja, por culpa de los miedos y de la vergüenza que me generaba ser homosexual. Había cedido a la presión social y me había dejado arrastrar por la corriente, pues era más sencillo que luchar continuamente contra ella. Cuando estaba con Helena, la gente no nos miraba mal, no cuchicheaban ni nos trataban como si fuésemos distintos. En cambio, la sociedad seguía tratando mal a las parejas del mismo sexo. Muchos pretendían ser tolerantes y respetarles, pero en sus círculos de confianza vertían comentarios homófobos y dañinos. Yo sabía que jamás tendría una relación aceptada por la sociedad a no ser que saliera con una chica, incluso aunque eso supusiera traicionar mis propios sentimientos.

Un día, dos semanas después de empezar a salir con Helena, regresé a casa después de clase y me encontré a mi padre sentado en el sofá del salón, junto a mi abuela. Mi sorpresa fue tan mayúscula que se me cayó la mochila al suelo. Me quité los auriculares, dejando atrás *November rain*, de Guns N' Roses, que había venido escuchando por el camino.

—Os dejo solos para que habléis —dijo mi abuela, que se levantó y se marchó a su habitación.

—Hola, Hugo —dijo mi padre, que me señaló el sofá—. Por favor, siéntate conmigo.

Tardé unos segundos en reaccionar y obedecer. Tomé asiento cerca de él, y mi padre se aproximó más aún. Me tomó la mano con fuerza.

—¿Ha pasado algo? —pregunté, temiendo que me fuera a contar alguna noticia de gravedad. Por un instante, temí que a mi madre le hubiera pasado algo.

—Todo lo contrario, está todo bien —me dijo con una sonrisa cariñosa—. El otro día estuve hablando con la abuela por teléfono y me contó que tienes novia. ¿Es eso cierto?

De pronto, lo entendí todo.

—Bueno, algo así...

—Lo estás haciendo, Hugo —me dijo con expresión agradecida en el rostro—. Lo estás intentando. Es todo lo que te pedía, que también pusieras de tu parte. Por tu madre, por mí, por la abuela. Todo es más fácil si tú eres normal, ¿lo entiendes ahora?

Desgraciadamente, lo entendía. Había visto cómo la sociedad premiaba a un joven muchacho que iniciaba su primera relación con una chica. Había visto la emoción compartida, las palmaditas en la espalda e, incluso, la envidia que generaba en los demás. Nada de eso sucedería si, en lugar de estar con Helena, yo estuviera con un chico.

—Supongo —dije.

—Me encantaría conocerla, pero no quiero hacerla sentir incómoda. Tu abuela me ha dicho que es una chica muy guapa y que va contigo al instituto. De momento, con eso basta.

«Con eso basta», pensé. «Es como si me hubiera puesto una única condición: que sea una chica. Lo demás da igual».

—Papá, no es tan fácil —le advertí.

Quizá podía desahogarme con él. Quizá la inesperada visita de mi padre me podía servir para aclarar la confusión que había llenado mi cabeza, aunque sabía que él no pondría de su parte.

—Tu madre se está recuperando, Hugo —dijo de pronto, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Mamá? ¿Recuperándose? ¿Acaso le pasaba algo?

—Ha estado enferma de los nervios desde que..., bueno, desde que nos dijiste aquello. Estuvimos a punto de internarla, pero está mejorando. Desde que la abuela nos contó lo de tu novia, la he visto sonreír de nuevo. Creo que volverá a estar bien del todo. Me alegro de que hayas sentado la cabeza y que tu fase «rebeldé» haya acabado. Sabía que el aire puro del pueblo te sentaría bien. He estado pensando en llevarte de vuelta a Madrid, pero...

—¿En serio? —pregunté esperanzado. Si me marchaba a Madrid, tendría la excusa perfecta para romper con Helena.

—Pero creo que aún es pronto, creo que es mejor que te quedes una temporada más. Por si acaso te vuelves a confundir —me dijo.

Comprendí que todavía no estaba convencido del todo. Sospeché que pudiera estar pensando que mi relación con Helena era un montaje para conseguir recuperar mi vida antigua.

—Seguiremos hablando por teléfono, ¿vale? —me dijo—. Nos vas contando a ver qué tal estás, para saber que te encuentras bien y que te recuperas.

«Me habla como si estuviera recuperándome de una enfermedad».

—Claro... —dije, en cambio.

No había visto a mi padre tan receptivo y cariñoso conmigo nunca. Era casi como si estuviera orgulloso de mí, como si hubiera recuperado un hijo que había dado por muerto.

Como alguien que jamás había sentido el cariño de su padre, me sentí ilusionado ante la idea de poder establecer una relación normal con él. Incluso aunque fuera bajo aquellos términos.

—Ahora tengo que irme, mañana tengo revisión para lo de la pierna, pero quería venir a verte en persona cuanto antes.

Aquel era otro gesto que jamás hubiera esperado de él. Sin lugar a duda, el hecho de tener novia me había traído más ventajas que dificultades.

—¿Hablamos? —me preguntó.

—Hablamos —le respondí.

Se despidió de mi abuela y después se marchó. Yo, aún en estado de *shock*, me percaté de que mi mochila seguía tirada en el suelo, allí donde la sorpresa me había encontrado. Y la melodía de *November Rain* se escapaba de mis auriculares, alcanzando el final de la canción con un marcado acorde de guitarra.

A partir de aquel día, empecé a dormir menos.

No podía dejar de darle vueltas a la conversación con mi padre. Me odiaba a mí mismo por sentirme ilusionado ante la idea de tener unos padres que me aceptaran bajo unos términos específicos. Sabía que estaba vendiendo mi alma al diablo y, aun así, estaba encantado con la idea de recuperarles a cambio de sacrificar mis sentimientos. Esa incoherencia me estaba volviendo loco.

Los días eran un infierno total, me encontraba con Helena, que insistía en besarme, abrazarme y pasar tiempo conmigo. No podía culparla, eran cosas normales en una novia. No obstante, me quitaba cada vez más tiempo de Jon, al que empecé a echar mucho de menos.

Al mismo tiempo, mi relación con Helena había elevado mi estatus social en el instituto y me había convertido en un chico muy popular. El resto de los chicos me tomaba en serio, y las chicas se convirtieron en amigas mías y empezaron a ser muy simpáticas, puesto que todas se llevaban bien con Helena y estaban tan emocionadas como ella por el noviazgo.

Además, a pesar de que mis sentimientos hacia ella eran únicamente de amistad, lo cierto es que había partes de tener pareja que me gustaban. Helena se preocupaba por mí, me preguntaba todos los días cómo me encontraba y escuchaba mis problemas. Me hacía sentir querido y apreciado y, además, solía tener detalles conmigo.

Un día llegó al instituto con una cinta de casete de Héroes del Silencio que me regaló sin venir a cuento, solo porque sabía que me gustaban. En otra ocasión, se presentó en casa de mi abuela un domingo por la tarde y nos trajo un bizcocho que había preparado. Mi abuela pudo conocerla y, cuando se marchó, me dijo que era muy buena chica y que era afortunado de tenerla a mi lado, que la cuidara bien. Yo era un chico que se había sentido terriblemente abandonado por el mundo apenas unos meses atrás, es por ello por lo que, aquellos detalles que Helena tenía conmigo y que nunca nadie más había tenido, los apreciaba enormemente.

Además de eso estaba la relación con mis padres, la cual fue mejorando día a día. Hablé con mi madre dos días después de la visita de mi padre y la noté muy ilusionada. Yo sabía que mi relación con Helena era lo mejor que nos podía pasar a todos.

A todos, menos a mí. Porque cuando me quedaba a solas en mi habitación, mis pensamientos siempre se dirigían al solitario granjero que se encontraba a media hora de camino en bici, trabajando en el campo, con su padre. Por mucho que lo intentara, no podía dejar de pensar en él. Mis sueños y fantasías siempre las protagonizaba él.

Cerraba con fuerza mis ojos y recordaba el olor a tierra mojada de su pelo. Imaginaba sus fuertes brazos alrededor de mi cuerpo y casi podía sentirlos como si fueran de verdad.

«¿Por qué no puedo sentir por Helena lo que siento por Jon? Todo sería tan fácil si pudiera ser así...».

Lloré muchas noches. Perdí muchas horas de sueño, atrapado en aquella situación de la que no veía fácil escapatoria. Quizá si Jon también fuese gay y sintiera lo mismo por mí, quizá entonces me compensaría dejarlo todo a un lado. Volvería a perder a mis padres, perdería mi popularidad y quizá también el cariño de mi abuela, pero, a cambio, lo ganaría a él. Habría hecho ese sacrificio con gusto.

Pero para Jon yo solo era su amigo. Su mejor amigo.

Hubo una noche en la que me tendí sobre la colcha de la cama, con Freddy Mercury cantándome *Show must go on* al oído, y entendí la letra mejor que nunca. Cerré fuerte los ojos y deseé despertar en Madrid, en mi antigua casa, y descubrir que todo había sido una pesadilla. Deseé no haber sido nunca lo suficientemente estúpido como para salir del armario sin estar preparado para ello.

Pero, desgraciadamente, cuando los volví a abrir, seguía estando en Torrecamino.

Al día siguiente de aquello, visité la farmacia del pueblo. Llevaba tantas noches seguidas durmiendo mal, que el sueño había empezado a pasarme factura en clase. Pedí algún medicamento que me pudiera inducir el sueño.

—Los somníferos son pastillas muy fuertes y necesitas receta —me dijo la farmacéutica, una señora de mediana edad llamada Lucía, que era hija de una de las mejores amigas de mi abuela. Todo el pueblo la conocía, pues regentaba la única farmacia de Torrecamino—. Si quieres,

Hugo, de momento, te puedo dar unas pastillas que son para la alergia y que también dan bastante sueño, pero si quieres unos somníferos fuertes, vas a tener que ir al ambulatorio y pedir una receta.

—Bueno, si estas también dan sueño, me valdrán.

—Las de la alergia te las puedo dar, pero debes tener cuidado, son más fuertes de lo que parece y pueden generar dependencia.

—Está bien, es solo una situación temporal, ando nervioso con los exámenes... —mentí.

—Ya, que llegan los exámenes y no estudiamos —me acusó—. Todo el día para arriba y para abajo con esa novia tuya, y lo de abrir un libro e hincar los codos para otro día, ¿no?

A pesar de la reprimenda, me dio una caja de treinta pastillas.

Esa misma noche las probé, aunque solo me tomé media pastilla, por si acaso. Hice bien, porque eran más fuertes de lo que había imaginado y me dejaron destrozado hasta el mediodía del día siguiente. Al menos me bastó para recuperar horas de sueño.

Guardé las pastillas a buen recaudo en el escritorio de mi habitación. No sospeché en aquel momento hasta qué punto me harían falta en el futuro, pues, desgraciadamente, mis problemas no habían hecho más que empezar.

Dos días antes de San Valentín, Helena me dijo que me tenía una sorpresa reservada. Me contó que su madre iba a estar fuera el fin de semana —era enfermera, y a veces le tocaba hacer guardia—, por lo que tendría la casa para ella sola. Me dijo que me prepararía una cena especial y que celebraríamos la romántica fecha a la luz de las velas. Yo acepté encantado, pues sabía que cocinaba muy bien, pero se me pasó por la cabeza que, quizá, Helena tenía otro tipo de planes en mente para esa noche.

—¿La casa vacía para los dos y te va a preparar una cena romántica? Ya, está claro que quiere tema —me dijo Jon cuando se lo conté.

Habíamos quedado por la tarde, después de clases, para tomarnos un trago y jugar a los dardos en La Tirolina, el bar de la plaza del convento.

—¿Tú crees? —le pregunté mientras apuraba la cerveza.

—Ella es de tu año, ¿no? O sea que ya casi tiene dieciocho. Ya no somos críos, una relación a estas alturas no es como las que se tienen en primaria. Ya sabes, no se reduce a besitos y hacer manitas. Si con dieciocho años no vais más allá, es que algo no funciona.

Pensé en la posibilidad de que Helena quisiera tener sexo la noche de San Valentín. No solo no me veía preparado para algo así, si no que no me apetecía. Helena no me atraía físicamente de aquella manera, no sería capaz de desempeñar mi labor con éxito.

—Jon, verás, es que...

Me miró fijamente.

—¿Qué te pasa? —me preguntó—. ¿No te apetece?

—Es que soy virgen —dije.

El problema real era otro, pero aquello tampoco era mentira.

Muchos gays han tenido novias en el instituto, antes de comprender su sexualidad o de salir del armario, pero no era mi caso. Yo había sido un chico marginado por el resto de la clase. Tampoco había tenido novio, puesto que no había salido del armario hasta poco antes de que me mandaran a Torrecamino.

—Lo cierto es que yo también soy virgen —me dijo él.

—¿En serio? —le pregunté, sorprendido. Me había imaginado que un chico como Jon había debido tener muchas pretendientas en el pasado. Además, él era un año mayor que yo. Claro que no era la clase de hombre que por lo general suele gustar a las mujeres.

A mí me parecía físicamente un portento: era alto, grandote, con cara de bonachón y con las facciones muy varoniles. Pero era cierto que muchas chicas preferían otro tipo de chico, así como era yo: fibrados, guapetes de cara y con rasgos más suaves. Además, sabía que muchas chicas hacían ascos a los tipos peludos, y, aunque Jon no era lo que podríamos denominar un «oso»,

tenía mucho vello por todo el cuerpo, algo que destacaba por encima de sus camisetas y que podía echar atrás a las chicas, sobre todo a las adolescentes.

—En Torrecamino tampoco es que haya muchas chicas —se disculpó, avergonzado—. Y, bueno, ya sabes que soy bastante tímido, así que, de momento, estoy a estrenar. Ni siquiera he besado nunca.

—Bueno, visto así, es lógico —dije.

—Tú, en cambio, viniendo de Madrid, seguro que has tenido muchas pretendientas —me dijo, tirándome de la lengua.

Me di cuenta de que nunca habíamos hablado de chicas hasta entonces. Algo sorprendente en dos chicos de nuestra edad.

—Bueno, alguna amiga especial he tenido —mentí para hacerme el interesante—. Pero nunca he llegado tan lejos con ninguna chica. Si Helena quiere hacerlo en San Valentín..., se va a encontrar con un virgen.

—¿Por qué no se lo dices? —me propuso Jon—. Quizá ella también lo sea. Quizá podéis aprender juntos.

—Me da vergüenza —admití.

—Ya. A mí también me lo daría —me dijo él.

Nos quedamos en silencio un rato, pensativos.

—Bueno, con suerte, solo es una cena y no pretende nada más —me dijo.

—Con suerte —dije con esperanza.

El 14 de febrero de ese año caía en viernes.

Después de clase, cogí la bicicleta y pedaleé hasta Villabonita. Fue un recorrido de veinte minutos que no disfruté demasiado, ya que lloviznaba y llevaba la chaqueta empapada. Pero era mejor aquello que tener que ir y venir en autobús, que tardaba bastante más.

Yo transitaba por el arcén a buena velocidad, las ruedas de la bici se adherían bien al asfalto a pesar de los charcos de agua. A mi lado, los coches me rebasaban pasando peligrosamente cerca de mí, puesto que aún quedaban años hasta que las normas de circulación prohibieran aquel tipo de conducta. Las luces de los vehículos quedaban reflejadas en la calzada mientras el agua seguía cayendo sin descanso.

Alcancé Villabonita hacia las cinco de la tarde. Dejé mi bici encadenada a una farola y busqué la farmacia más cercana. Había decidido comprar condones —por si acaso—, y no pensaba hacerlo en la farmacia de Lucía, o se enteraría todo el pueblo, incluida la madre de Helena. Nunca había pasado tanta vergüenza mientras la dependienta me preguntaba sobre qué tipo de condones quería llevarme y yo improvisaba sin tener absoluta idea, gracias a mi falta de educación sexual.

Con los preservativos en mi haber, me dirigí entonces a un supermercado que había junto a la plaza principal del pueblo. Allí adquirí una botella de vino tinto. El dependiente me pidió mi DNI y, aunque aún no había cumplido los dieciocho, le pareció suficiente comprobar que apenas me quedaban cuatro meses para la mayoría de edad. Introduje la botella en la mochila escolar que portaba conmigo y regresé a la bici.

Desanduve el camino hasta Torrecamino, sumido en mis pensamientos y miedos más atroces. Me preguntaba si Helena realmente querría tener sexo conmigo.

«Quizá no sea virgen», me cuestioné. «Es una muchacha guapa y agradable, y, en este pueblo lleno de muchachos, pretendientes no le habrán faltado».

Si Helena era experimentada, entonces seguro que ya debía estar deseando que hiciéramos

algo. Me sentí aterrado ante la idea de tener que perder mi virginidad esa misma noche, y encima con una chica. La primera vez de uno debe ser bonita, o al menos eso dicen todos los artículos sobre el tema. Y, para mí, si era en aquellos términos, sabía que no lo iba a ser. Le di vueltas al tema mientras pedaleaba de vuelta a Torrecamino, con la única compañía de Alphaville y su pegadizo tema *Big in Japan*.

Mis deseos hacia otros chicos seguían siendo superiores a cualquier sentimiento que pudiera tener hacia las chicas. No era solo Jon, que ocupaba gran parte de mis pensamientos diarios, también me había fijado en otros muchachos de nuestro instituto que me parecían atractivos. En el curso superior de Mecánica y Automoción había un chico mayor, de unos veinticinco años, cuyo nombre no sabía porque le llamaban siempre por su apellido: Negrete. Era increíblemente guapo, con una sonrisa capaz de cortar el hipo. Era la antítesis de Jon en todos los aspectos: bajito, moreno e iba afeitado. Pero a mí me parecía superguapo, y siempre que lo veía en los pasillos, mis ojos se perdían en su dirección. Recordaba un día en particular, poco después del inicio de las clases, en el que había visto a Negrete sentado en un banco junto a la entrada del instituto. Él vestía un pantalón muy corto que dejaba a la vista sus enormes muslos y gemelos, musculados y cubiertos de vello, y yo había sufrido una erección únicamente al ver aquellas musculosas piernas.

Nunca había sentido nada similar a aquello con ninguna chica, ni siquiera con Helena. Ellas despertaban en mí otro tipo de sentimientos: amabilidad, diversión, compañía. Eran amigas, no amantes.

«No voy a ser capaz de hacerlo», supe.

No obstante, me convencí a mí mismo de que quizá Helena ni siquiera tenía nada de eso en mente. Quizá solo quería deleitarme con sus artes culinarias.

Tonto de mí, no sabía hasta qué punto me equivocaba.

Llegué a casa de Helena a las nueve y media, tal y como habíamos quedado. Le mostré el vino que había adquirido en Villabonita y lo aceptó encantada. Servimos un poco en dos copas de cristal que ella sacó del mueble bar de su madre, y nos tomamos el dulce licor de uva mientras charlábamos de cosas mundanas.

Helena me contó un problema que había tenido en clase con un profesor que le tenía manía, y yo la escuché y traté de darle consejo. Después yo le compartí mis preocupaciones sobre un proyecto que tenía en una asignatura y que no sabía cómo enfocar, y ella trató de ayudarme.

Durante esa primera parte de la cita, pensé una vez más que Helena y yo éramos perfectos como amigos. Nos entendíamos y nos ayudábamos. Desgraciadamente, ella sentía por mí sentimientos mucho más fuertes, a la altura de lo que yo sentía por Jon, y yo había sido lo suficientemente estúpido como para seguirle la corriente. Ahora, la presión social y el miedo a hacerle daño impedían que pudiera tomar con facilidad la única vía que podía resolver todos mis problemas: romper con ella.

—Vamos, ya verás qué rica me ha quedado la cena —me dijo, tomándome de la mano y dirigiéndome a la cocina.

Había hecho lasaña y le había quedado de muerte. Le dije —no por primera vez— que tenía futuro como cocinera. Ella dijo que la cocina era un *hobby*, y que si lo convertía en su trabajo, acabaría hartándose de él. Me pareció un punto de vista inteligente.

Después de la cena, me cortó un trozo de su famosísimo bizcocho de limón y nos lo comimos sentados en el sofá mientras veíamos un programa de petardeo en la tele.

En determinado momento, cuando ya habíamos devorado el postre y casi nos habíamos bebido la botella de vino entera, noté que Helena se ponía muy cariñosa y se acercaba mucho a mí. Me colocó una de sus manos encima de mi muslo, y yo seguí viendo la tele como si no me hubiera dado cuenta.

Seguíamos tomando vino y, aunque noté que aquello estaba desinhibiendo mucho a Helena —algo que no me interesaba—, noté que hacía el mismo efecto en mí. Yo ya había notado que con el alcohol perdía la vergüenza y veía las cosas de otra manera. No quisiera hacer un alegato a favor del alcohol, pero la vida parece menos seria cuando uno está borracho, y los problemas parecen menos problemas. Claro que, en realidad, los problemas siguen estando ahí al día siguiente, esperándote, y, además, tienes resaca.

Nos terminamos el vino y, justo después del último trago, Helena se montó sobre mi regazo y empezó a comerme la boca de una manera que nunca había hecho. Era muy sensual, atrevida y salvaje. Parecía una tigresa hambrienta probando bocado por primera vez en tres días. Yo le correspondí al beso, ya que, como bien he indicado, cuando uno está borracho, se desinhibe y las cosas parecen menos serias.

—Oye, Hugo, quiero hacerlo —me dijo de pronto.

Empezó a mordirme con suavidad el lóbulo de la oreja y fue bajando por el cuello.

—¿Hacer el qué? —pregunté haciéndome el tonto, lo cual me sirvió para ganar únicamente dos segundos de ventaja.

—¿El qué va a ser? Follar, claro.

—Soy virgen —dije de inmediato, casi como si fuera un guion estudiado.

—Yo también —dijo ella—. Pero estoy preparada. No te preocupes por mí, ¿vale? Tan solo hazlo con cuidado. Quiero sentirte cerca. Quiero que estés dentro de mí y que los dos nos fundamos en uno solo. ¿No deseas lo mismo?

Lo medité unos instantes, con la mirada fija en el techo mientras ella seguía besándome por el cuello y me metía mano debajo de la camiseta.

«No», supe en un momento de lucidez. «No es esto lo que quiero. Quiero otra cosa».

Cerré los ojos y pensé en Jon, esperando que quizá eso me ayudaría a ponerme a tono. Intenté imaginarme que aquellos besos venían de él, pero hacer eso solo empeoró las cosas. No solo no conseguí excitarme, sino que conseguí deprimirme. Yo sabía que jamás experimentaría aquello con Jon, que nuestras bocas jamás se comunicarían con besos y que nuestras manos jamás danzarían en el cuerpo del otro de aquella forma. Tendría que seguir conformándome con escuetos abrazos de macho, con golpes secos en la espalda y siempre por encima de la ropa.

Ante aquella certidumbre, arrastrado por la influencia del alcohol, tuve ganas de llorar de impotencia y rabia. Absoluta rabia.

—Lo siento, Helena, estoy demasiado borracho —dije, quitándomela de encima.

Helena se sentó en el sofá y me miró con el ceño fruncido. Yo me levanté y me coloqué bien la camiseta. Me abroché también el cinturón mientras me preguntaba en qué momento me lo había desabrochado. Helena preguntó algo, pero no la escuché, estaba demasiado nervioso.

Salí de su casa a todo correr, con la chaqueta aún en la mano.

Una vez en la calle, entonces sí, lloré libremente. Lloré sin reparos, aprovechando que mis lágrimas se mezclaban con las gotas de la lluvia.

El lunes siguiente, caminé hasta el instituto en compañía de Simon y Garfunkel, que cantaban *The sound of silence* a través de mis auriculares. Los hechos del viernes por la noche aún me atormentaban. Los revivía una y otra vez en mi mente, cada vez que cerraba los ojos.

«Seguro que lo sabe. Tiene que haberlo descubierto».

No había sabido nada de Helena durante todo el fin de semana. Me odiaba a mí mismo, porque, en lugar de estar preocupado por el bienestar de ella y preguntarme cómo se sentiría después del rechazo, lo único en lo que podía pensar era en si ella habría descubierto mi secreto. Me sentía como un egoísta y un inmaduro. Me odiaba por ser así, pero resultaba inevitable preguntarme si Helena había deducido lo que me pasaba, porque si mi secreto se exponía, mi vida en el pueblo se acabaría, y a Madrid no podía regresar.

La canción terminó y dio paso a Toto, con su gran éxito, *África*. Mis Reebok de lengüeta naranja me abrían paso por la acera, cuesta arriba. A mi lado pasaron tres chavales en sentido contrario, veloces como depredadores tras una presa. Iban montados cada uno en un monopatín de colores chillones, de esos que se habían puesto de moda el verano pasado. Me fijé en ellos y envidié su aparente tranquilidad.

«Si yo también fuese “normal”, como ellos, también estaría disfrutando de la adolescencia, como los demás», Pero, en mi caso, cada día era una batalla. Una batalla interminable entre la razón y el corazón.

Alcancé el edificio y vi a Jon fuera, acompañado de Luis y Carlos. No me apetecía hablar con ellos de buena mañana, y mucho menos para contarles el fiasco del viernes, así que fingí no darme cuenta de su presencia y accedí al interior del edificio cuando Toto alcanzaba la estrofa final de su canción, con una letra que me transportaba a los exóticos paisajes de la sabana africana.

Durante las clases, intenté concentrarme en lo que decían los profesores y traté de no pensar en mis cosas, pero, inevitablemente, mis temores y miedos me invadían y controlaban mis pensamientos.

«Helena no es tonta, es una chica lista. Seguro que ha descubierto por qué no quisiste hacer nada con ella», dijo una voz dentro de mi cabeza. Era la personificación de todas mis inseguridades.

«No tiene por qué ser así. Puede haber mil motivos por los que alguien rechaza a una chica», traté de razonar.

«¿Un chico que está a punto de cumplir dieciocho años y que tiene su primera novia? Pocos motivos, además de que sea maricón. Además, es una chica guapa, así que todos se darán cuenta

de que el problema no es ella, lo cual no deja muchas más opciones...».

Hundí la cara entre mis manos.

—¿Te encuentras bien, Hugo? —me preguntó el profesor—. Tienes muy mal aspecto.

De pronto, toda la clase me estaba mirando, y yo tan solo quería desaparecer.

—Necesito ir al baño —dije, poniéndome en pie.

Alguien comentó que debía estar cagándome, pues tenía muy mala cara, y el comentario arrancó varias carcajadas, pero no me importó, yo solo quería salir del aula. Cerré la puerta detrás de mí y busqué un solitario rincón del edificio para descansar en silencio.

Me encontré con Jon durante el recreo, en nuestro lugar habitual. Para mi desgracia, estaba acompañado de Luis y Carlos, por lo que no podría hablar con él con calma. En cambio, Helena seguía sin dar señales de vida.

—Aquí está el campeón —comentó Carlos al acercarse—. Jon nos ha contado que el viernes tuviste una cita muy especial, ¿qué tal fue? ¿Dejaste el pabellón alto?

No supe qué decir. Tomé asiento a su lado y, con un resoplido, negué con la cabeza.

—¿Fue mal? —me preguntó Jon, que parecía preocupado.

—Prefiero no hablar de ello —comenté, intentando desviar la atención, pero sabía que no sería fácil esquivar las preguntas.

—¿Qué pasa? ¿Es mala en la cama? —preguntó Luis—. ¿O acaso no es tan guapa de cerca? ¿O es que no conseguiste convencerla de que se abriera de piernas?

Estaban dejando en mal lugar a Helena, y eso sí que no lo iba a permitir de ninguna de las maneras. No me importaba salvar mi orgullo si eso implicaba hundir la dignidad de ella.

«Siempre y cuando no se sepa mi secreto, ¿no? Qué hipócrita», pensé.

—El problema no es ella, fue un encanto y estaba guapísima —aclaré—. Pero no fui capaz de desempeñar la tarea porque... estaba borracho. Tomamos vino, y fue un error. No podía concentrarme y me estaba quedando dormido.

Se hizo un silencio que duró varios segundos, hasta que Luis y Carlos se echaron a reír al mismo tiempo.

—¡Vaya pringado! ¡Para una vez que tiene la oportunidad!

—Eres un caso, Hugo, lo que no te pase a ti...

Ellos dos reían, pero Jon me miraba fijamente, como si se cuestionara si realmente aquel había sido el motivo. Él me conocía mejor, y, seguramente, se olía que algo me estaba carcomiendo por dentro, además, yo le había contado mis preocupaciones y miedos sobre perder la virginidad. Intenté salvar la situación para que Jon no sospechara hasta el punto de descubrir la verdad.

—Voy a proponerle quedar en otra ocasión, más lúcidos, sin alcohol de por medio —dije—. Quizá a la segunda lo consiga.

—Claro que sí, campeón —sonrió Luis—. Oye, que conste que me rio, pero, en el fondo, me das envidia, tú por lo menos tienes una novia guapa.

—Y, aunque fuera fea, ya es más que tú —le dijo Carlos.

—Pues anda que tú —respondió el primero.

Terminaron chinchándose el uno al otro, agarrándose para hacerse cosquillas y quedar por encima del otro. Jon me observaba fijamente y, aunque no dijo nada, no pude evitar sentirme juzgado.

Hablé con Helena esa misma tarde, sin esperar a que pasase más tiempo. Supuse que ella

tenía que estar pasándolo mal también. Yo había sido un egoísta, preocupándome por mis cosas y sin preguntarme cómo se sentía ella. Debía cambiar eso de inmediato y hacer que se sintiera bien.

La esperé a la salida del instituto y, cuando la vi salir, le hice un gesto con la mano. Me vio y reaccionó raro, como si no quisiera hablar conmigo, pero se vio obligada a saludarme cuando una de sus compañeras le señaló que yo la estaba llamando.

—¿Podemos hablar? —le pregunté cuando vino a mí—. En privado.

—Claro... —dijo ella, aunque no me miraba a la cara.

Nos sentamos en el banco detrás del instituto, el lugar donde Jon y yo pasábamos los recreos. Helena tenía mala cara, era evidente que no había dormido bien la noche anterior. Posiblemente, no lo había hecho desde el viernes.

—Te debo una disculpa —le dije. Yo ya había pensado una excusa, por si acaso ella sospechaba sobre mi sexualidad, y la solté sin esperar a que ella me pidiera explicaciones—. Me asusté. Eres mucha mujer, y yo soy virgen. No sabía si iba a poder desempeñar bien y..., además, estaba borracho, no fui capaz de tener una erección. Me entró el pánico y hui como un cobarde.

Ella aún no me miraba. Distinguí que tenía lágrimas en los ojos. Le había hecho daño de verdad.

—Dime la verdad, Hugo —me pidió.

Yo tragué saliva.

—Esa es la verdad —le mentí.

—¿Yo te gusto? —me preguntó. Por primera vez, me miró a los ojos, y pude ver que las lágrimas le caían por las mejillas. Me sentí como una auténtica basura de persona. Recuerdo que aquella fue la primera vez que la hice llorar. Desgraciadamente, no puedo decir que fuera la última—. ¿Es algo que he hecho? ¿Es algo que he dicho? Puedo cambiar, Hugo, para gustarte más.

«No puedes», quise decirle. Pero, una vez más, el miedo a salir del armario me paralizó.

No podía contarle que era gay. Me pregunté si quizá era mejor romper con ella en aquel momento, dejar las cosas antes de que se complicaran más. Pero ella estaba sufriendo y, sin lugar a duda, se sentía la culpable de lo que había pasado el viernes por la noche. Si rompía con ella en aquel momento, le rompería el corazón. O, al menos, eso pensaba yo.

Quise hacerla sentir mejor, quise animarla y evitar que su autoestima se hundiera del todo. Y, para ello, no se me ocurrió otra cosa que seguir adelante con la pantomima.

No me juzguéis por lo que hice a continuación, por favor, recordad que yo era un chaval de diecisiete años con mucho miedo a vivir.

—Helena, créeme, no es culpa tuya —le dije cogiéndole de las manos—. Eres una chica preciosa, en todos los sentidos. Soy afortunado porque te hayas fijado en mí y de ser tu novio. Tú no has hecho nada malo, ¿vale?

—¿Me lo prometes? —preguntó. Por primera vez, vi un atisbo de esperanza, su rostro se había iluminado.

—Te prometo que no miento. El problema soy yo. Quizá podríamos intentarlo de nuevo, sin alcohol de por medio, en un entorno que yo pueda controlar mejor...

—Claro, podemos intentarlo todo lo que necesites —dijo ella secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Yo creía que había algo malo en mí, porque como dicen que los chicos a esta edad solo pensáis en el sexo...

—Dicen muchas cosas, pero cada chico requiere su tiempo —dije, y, posiblemente, fue la única verdad que conté en toda la conversación.

Sonrió por primera vez. Estaba muy guapa, y yo me sentí como un tirano por haberla hecho llorar. Hice lo único que se me ocurrió en aquel momento para sellar aquel tratado de paz. La besé en los labios.

Tras la reconciliación, quedamos en volver a intentarlo en otra ocasión, sin alcohol de por medio. Tonto de mí, realmente, pensé que quizá a la segunda iría mejor.

No era consciente de que lo único que había hecho era agrandar la bola de nieve, y que, tarde o temprano, se estamparía de todas formas.

La última semana de febrero hizo muy buen tiempo, algo inusual en aquella época. Helena y yo disfrutamos juntos del sábado, pedaleando juntos a través de los trigales que rodeaban Torrecamino. Ella llevaba el cabello suelto y vestía unas enormes gafas de sol que, prácticamente, tapaban su rostro —era lo que se llevaba en la época—. El sol la golpeaba con fuerza, pero ella sonreía henchida de felicidad. Yo iba a su lado, con mi corta y rebelde melena al viento. Mi abuela había insistido en que tenía que ir a la peluquería de Villabonita a cortármelo un día de estos, pero yo estaba aprovechando la ausencia de mis padres para dejármelo más largo de lo habitual.

Ambos vestíamos cazadoras vaqueras y playeras blancas, donde resaltaban varios motivos de colores chillones. Uno podría pensar que nos habíamos puesto de acuerdo para vestir parecidos, pero, en realidad, era la moda de la época.

Nuestras bicicletas avanzaban juntas, componiendo con sus ruidosas cadenas de metal la sintonía que rompía el por lo demás silencioso campo. Finalmente, tras un buen rato pedaleando, alcanzamos el destino al que nos dirigíamos: el embalse al norte del pueblo.

Dejamos las bicicletas tendidas en el suelo, junto a unos matorrales llenos de madrigueras de conejo.

—¡He visto uno! —chilló Helena, alzando la mano y señalando en la distancia—. Qué mono, tenía unas orejas enormes.

—De pequeño tuve uno de mascota —dije.

—¿En serio? —preguntó ella, sonriente.

—Sí, pero mi padre opinaba que era una mascota para niñas pequeñas, y..., bueno, quiero pensar que la regaló, pero nunca pregunté qué pasó con él.

—Mejor no saberlo —comentó Helena frunciendo el ceño.

Nos sentamos juntos sobre la hierba húmeda, observando la calma que invadía la superficie del embalse. Ella tomó mi mano, y yo me dejé acariciar. Durante un rato estuvimos escuchando mi walkman, juntos, al ritmo de Scott McKenzie y su *San Francisco*.

Habían pasado dos semanas desde nuestro intento de tener sexo. Tras aquel fallido intento, habíamos hecho las paces y habíamos acordado volver a probar en otra ocasión, pero yo había tratado de alargar el cumplimiento de la promesa todo lo que había sido posible. No obstante, tras varias evasivas, había visto la duda asomarse con cuidado en los ojos de Helena, y había entendido que no me quedaba mucho margen para volver a intentarlo, antes de que ella sospechara que pasaba algo más.

No se me había ocurrido otro lugar que aquel, teniendo en cuenta que tanto Helena como yo vivíamos con familiares. Yo sabía que aquel era un picadero muy habitual, frecuentado por

parejas que vivían en la zona. El embalse era grande y estaba rodeado de un pinar. Los matorrales crecían por doquier, creando áreas ocultas a simple vista, donde mi novia y yo pretendíamos desnudarnos y perder la virginidad juntos.

La simple idea me horrorizaba. Helena era un encanto en todos los sentidos, pero yo no sentía atracción carnal. No obstante, la presión social y el estereotipo que recaía sobre la juventud me habían dejado sin más remedio que intentarlo una vez más. Me pregunté cómo había llegado a esa situación, pero recordé que era una consecuencia de la sociedad homófoba donde vivía.

«Si Helena no se hubiera fijado en mí, todo habría sido más fácil. Pero siendo que todo el instituto rumoreaba lo nuestro, rechazarla habría sido demasiado cantoso».

Yo sabía que no era justo culpar a Helena por las consecuencias de mis decisiones, por mucho que dichas decisiones hubieran sido tomadas bajo presión social, pero era más fácil culparla a ella que asumir que yo, un inexperto chaval de diecisiete años, había conducido aquella situación de manera lamentable.

Intenté alargar lo inevitable tanto como fuera posible, iniciando una conversación tras otra sobre asuntos de menor trascendencia, pero a la media hora sentí que la mano de Helena se situaba sobre mi muslo derecho, muy cerca de mi bragueta. Era evidente que estaba esperando el momento en el que me lanzara, y, con ese sencillo gesto, me hizo saber que ella estaba lista. Siendo así, supe que ya no quedaba más remedio que lanzarme a por todas. Tomé la iniciativa para demostrar interés y que ella se sintiera deseada. Agarré a Helena por los hombros, tumbándola sobre la hierba. Después, me incliné sobre ella y empecé a besarla con pasión.

El día antes había ido a Villabonita para usar Internet en el cibercafé y buscar consejos y sugerencias sobre cómo perder la virginidad con seguridad. Entre otros consejos, los expertos sugerían llevar el control de la otra persona, para sentirse en control de la situación en general. Aconsejaban no pensarlo demasiado y, simplemente, dejarse llevar, indicando que el cuerpo humano sabía lo que tenía que hacer.

«El problema es que, en mi caso, mi cuerpo desea otra cosa», pensé.

Helena me rodeó con los brazos y correspondió a mi beso con pasión. Nos besamos durante largos minutos, hasta que decidí empezar a meterle mano. Aún no sabía si iba a ser capaz de cumplir con mi parte, pero quería que ella se pensara que sentía deseo carnal hacia su cuerpo, para que no se sintiera rechazada.

Manoseé sus pechos con cuidado mientras seguía besándola, y ella lo consintió. Después, noté que sus manos avanzaban por mi pecho y mis abdominales, deslizándose poco a poco hasta abajo.

—Estás en forma —comentó con una risita nerviosa—. No pensé que tuvieras tableta.

—Gracias —dije.

En realidad, mis abdominales destacaban debido a la delgadez que tenía. Al no tener apenas grasa en mi cuerpo, la musculatura se marcaba más y parecía que estaba más fuerte de lo que estaba en realidad. No obstante, no la saqué de su error y dejé que se creyera aquello.

Helena llevó su mano hasta mi entrepierna y empezó a manosearme. De manera inevitable, no tardó en notar que no tenía una erección.

—¿Qué pasa? —me preguntó en un susurro.

—Es que estoy nervioso... —No se me ocurría ninguna excusa. Estaba a punto de echar a correr otra vez, dejando tirada a Helena en el embalse.

«Si hago eso, ya no habrá vuelta atrás. Sospechará algo y los rumores se extenderán por el pueblo. En el mejor de los casos, en lugar de sospechar de mi sexualidad, se pensará que es culpa suya y su autoestima se hundirá».

Me puse muy nervioso, mi cabeza empezó a darle vueltas a cosas que no me permitían concentrarme, lo cual no ayudaba con mi problema de flacidez. No encontraba ninguna solución a la situación actual. Quizá la única opción era contarle que era gay y pedirle que no se lo contara a nadie, pero ¿hasta qué punto podía confiar en ella?

«Me temo que no me queda otra opción. Tengo que contárselo».

—Si quieres, puedo darte placer con la boca —dijo ella, avergonzada, justo cuando estaba a punto de apartarme y contárselo todo.

Salí de mi quebradero de cabeza y analicé aquella invitación. Imaginé que, si ella empezaba a darme placer, mi pene reaccionaría a la sensación, incluso aunque me la estuviera provocando una chica.

—Vale —dije. Por probar no perdía nada.

Me senté sobre la hierba y ella me bajó los pantalones y los calzoncillos. Por un instante, me sentí vulnerable, era la primera vez que otra persona me veía el pene desde que había alcanzado la pubertad, y no pude evitar sentir inseguridad. ¿Y si mi pene era demasiado pequeño? ¿Y si era feo? ¿O si olía mal? Ella no hizo ningún comentario sobre él, se centró únicamente en metérselo en la boca y empezó a chupar.

Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás. Traté de apartar todos mis miedos y centrarme únicamente en la sensación de placer. Entonces, recordé algo que había pasado justo el día antes.

Jon, sentado delante de mí en clase, se había inclinado para delante y me había expuesto gran parte de su trasero. No parecía llevar calzoncillos. Quizá porque no le quedaban limpios, o quizá porque se había olvidado de ponérselos. El caso era que, para alguien que se fijara —como yo—, era muy evidente darse cuenta de que no llevaba ropa interior. En determinado momento, durante el recreo, se había puesto de pie delante de mí y la silueta de su pene se había dibujado con perfección a través de la tela gris del chándal.

Aquella imagen volvió a mí mientras Helena me practicaba sexo oral y, por un instante, imaginé que me lo estaba haciendo Jon. El caso es que surtió efecto, y por fin conseguí tener una erección.

—Por fin —dijo Helena, claramente aliviada.

—Lo haces muy bien —dije, tratando de halagarla. Ella rio, complacida por el cumplido.

Antes de que me diera cuenta, ella me puso un condón sobre el pene. Yo me masturbé mientras ella se bajaba los pantalones, tratando de no perder la erección. Cuando vi su vulva, sentí un poco de congoja. Tan solo agradecí que no me pidiera hacerle sexo oral, porque dudé seriamente que fuera capaz de hacerlo.

Se montó sobre mí con rapidez, y estaba tan caliente que se dilató con facilidad, permitiendo el acceso de mi pene sin apenas oponer resistencia. De hecho, entró tan fácil que dudé de que fuera realmente virgen, no obstante, ella juraba que lo era, y decidí no desconfiar de su palabra. Tampoco es que importase. Quizá tenía algún juguete con el que había estado practicando, o quizá, simplemente, estaba con muchas ganas de hacer aquello y eso la había excitado mucho. Yo sabía que ese habría sido mi caso de haber estado haciendo eso mismo con Jon.

Montaba sobre mí, trotó durante algunos minutos en los que gimió con suavidad. Sus gemidos eran una mezcla de dolor y placer.

—¿Quieres que paremos? —le pregunté en una ocasión en la que le vi con el ceño fruncido.

—Tranquilo, enseguida se me pasa —me dijo.

En realidad, era ella la que llevaba el control, así que podía sacarme de dentro en cuanto quisiera. Pero siguió montada sobre mí largo rato, moviendo las caderas con torpeza pero con

decisión. Yo me fijé en que sus pechos botaban sobre mi cara. Estuve tentado de agarrarlas por puro teatro, pero no sentí el deseo de hacer aquello en mi interior. Tan solo quería que todo acabara cuanto antes.

—Ya casi estoy —dijo. Había pasado poco tiempo, lo cual agradecí.

Estaba empezando a perder la excitación, aun a pesar de la fricción del movimiento.

—Yo también —mentí.

Ella gimió muy alto al alcanzar el clímax, y yo decidí acompañarla en el paripé. Una vez acabado, se abrazó a mí, como un koala, y correspondí al abrazo. Me besó en los labios y sonreí, esperando que no se me notara incómodo. Finalizado el acto, parecía avergonzada. Se levantó y empezó a vestirse con prisa. Yo me quité el condón, con el pene ya flácido, y lo arrojé tras los matorrales con rapidez, para que ella no pudiera comprobar que, en realidad, no había acabado.

—Ha estado bien, ¿no? —le pregunté, contento de que hubiera terminado todo. Había conseguido cumplir, lo cual significaba que ya no me insistiría en tener sexo con ella.

«Al menos durante un tiempo...».

—Ha sido raro —dijo ella, pensativa—. ¿No te ha parecido como si...?

—¿Como si qué? —pregunté nervioso.

—No sé. Faltaba algo. No ha sido como esperaba —dijo, pensativa. Después me miró con la duda reflejada en sus ojos—. ¿Tú lo has disfrutado?

Lo que había faltado había sido comunicación. Nuestros cuerpos no se habían comunicado, no habían transmitido nada el uno al otro. Había sido como si cada uno fuese por su lado. Era algo que aprendí más tarde en la vida, una vez tuve más experiencias sexuales con otra gente.

—Claro que lo he disfrutado —mentí, asintiendo con energía—. Pasa que estaba nervioso, era mi primera vez.

—Ya. Quizá sea por eso —comentó ella—. No sé, supongo que todos glorificamos nuestra primera vez, es posible que en mi cabeza fuera mucho más romántico.

—Ha estado bien, no le des vueltas —comenté, nervioso.

Nos terminamos de vestir, cogimos las bicis y pedaleamos de vuelta al pueblo.

Al llegar a Torrecamino, nos despedimos con un escueto besito. La observé marchar en la lejanía, pedaleando por las adoquinadas calles del pueblo.

Me pregunté cuánto tiempo más sería capaz de alargar aquella farsa que ya había llegado demasiado lejos.

A pesar de que no quería esparcir más rumores sobre mi relación con Helena, lo cierto es que Jon, Luis y Carlos me preguntaron qué tal había ido nuestro segundo encuentro, y me sentí obligado a responder. Sin entrar en muchos detalles, les dije que había cumplido con mi deber y que no contaría nada más. Mientras ellos aplaudían y me felicitaban, yo aparté la vista, avergonzado, sintiéndome miserable por haber llevado tan lejos aquella relación. Desgraciadamente, el pueblo era un lugar pequeño y familiar, y en cuanto dos personas se enteraban de algo, se extendía a todo el pueblo. Siendo así, mi abuela llegó apenas tres días después diciéndome que había escuchado rumores míos sobre mi relación con Helena.

—No te juzgaré ni te preguntaré si es verdad, solo te pido que tengas cuidado y que tomes precauciones —me dijo sin atreverse apenas a mirarme a la cara.

Le dije que no tenía de qué preocuparse, que los rumores eran mentira.

La peor parte, en cualquier caso, fue el cambio brutal que nuestro encuentro sexual produjo en Helena.

Desde que habíamos tenido sexo, era como si nuestra relación hubiera alcanzado otro nivel. Ahora Helena era mucho más pasional y sexual que antes. Es algo natural, ya que cuando dos personas se acuestan, rompen la barrera final y pierden toda la vergüenza.

Empezó a manosearme el cuerpo a todas horas, incluso durante el recreo, con nuestros amigos delante. Nada demasiado evidente, claro, me refiero a los brazos o al pecho, pero era constante. Le gustaba el tacto conmigo y lo buscaba en todo momento.

Cuando nos quedábamos a solas, se lanzaba mucho más e, incluso, se atrevía a tocarme el pene por encima del pantalón. Era todo parte del juego entre dos adolescentes que se gustan y que están en edad de disfrutar de sus cuerpos, solo que, en nuestro caso, uno de los cuerpos no disfrutaba tanto como el otro.

En una ocasión, tuve que llamarle la atención, ya que me sentí especialmente violento cuando, estando Jon a apenas tres metros de nosotros, me metió la mano por dentro del pantalón para tocarme el culo.

—Córtate, todavía nos van a llamar la atención —le susurré, visiblemente cabreado.

Ella se mostró sorprendida, y se marchó del lugar con expresión de echarse a llorar. Yo me sentí fatal, pero era cierto que aquellas cosas era mejor dejarlas para nuestra privacidad.

Un día, después de clases, Helena me pidió hablar a solas. Yo había esperado que Jon me acompañara esa tarde a casa de mi abuela, ya que le quería enseñar un nuevo casete que había comprado. Mi idea era ponerlo en el *walkman* y tumbarnos en la cama a escucharlo juntos,

compartiendo mis auriculares mientras devorábamos juntos un paquete de Cheetos. Lo habíamos hecho en alguna ocasión, y era algo que me gustaba mucho. Me transmitía mucha paz estar tumbado a su lado, los dos en silencio, concentrados en la música y en la respiración del otro. Para mí aquello era mucho más placentero que cualquier cosa que pudiera hacer con Helena. No obstante, me vi obligado a aceptar la invitación de Helena y a pedirle a Jon que se marchara a casa.

Nos sentamos en el banco detrás del instituto, nuestro lugar habitual.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—No. Qué te pasa a ti —me dijo ella con tono agresivo—. Estás de lo más raro. Desde que lo hemos hecho, estás más frío que antes. Ya ni siquiera me tocas.

—¿Qué quieres que haga, Helena? ¿Que te meta mano delante de mis amigos? —le pregunté.

—No, que me metas mano, no, pero yo qué sé. Somos novios, me gustaría sentir que te gusto. Que me cojas de la mano, que me des un beso, un abrazo... Son gestos que echo de menos. Como tú no haces nada de eso, al final tengo que lanzarme yo.

—Haces bastante más que darme besos, Helena —le acusé. Estaba cabreado porque había perdido la oportunidad de estar escuchando música con Jon toda la tarde—. Joder, que ayer me metiste mano en el culo por dentro del pantalón, en medio del recreo.

—¡No nos miraba nadie!

—¡Me da igual! ¡Aquí no podemos comportarnos así! —Sin pensarlo mucho, añadí algo que era verdad, pero que quizá debería haberme callado—: ¡Me agobias mucho, Helena!

Su expresión cambió. Pasó de estar cabreada a estar triste. Asintió con calma mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Por qué eres tan frío conmigo? Creo que no me merezco este trato.

—Helena, escucha, no quería decir eso...

—¡Déjame! ¡Has dicho lo que piensas de verdad!

Eché a correr y se alejó de mí. Yo, nervioso, me planteé si perseguirla y pedirle perdón, pero pensé que quizá podía aprovechar aquella pelea para tomar cierta distancia.

«Soy una mierda de persona», me dije. «Es una chica de diecisiete años que quiere aprovechar el tiempo con su primer novio. Y yo la estoy apartando de mí, porque no me atrevo a decirle que soy homosexual. Podría aprovechar esta discusión y poner de excusa que es demasiado “pesada” para romper con ella, pero ¿usaré eso en su contra? ¿La haré responsable de nuestra ruptura cuando el problema soy yo? ¿Sería capaz de llegar a algo así?».

No me reconocía a mí mismo. Me estaba convirtiendo en alguien que me avergonzaba ser.

Al día siguiente, estuve a solas con Jon durante el recreo. Carlos y Luis estaban fumando porros con otros compañeros, como casi siempre, y Helena no se había acercado a mí desde la pelea, así que aproveché para hablar a solas con él.

—Me agobia —le dije—. Es muy pesada. No sé, creo que yo quería otro tipo de relación, una que no sea demasiado absorbente.

—No te entiendo, Hugo —me dijo él—, es tu chica, si realmente te gusta, ¿no quieres estar con ella todo el tiempo? Cualquier chico de diecisiete años estaría encantado en tu lugar.

—Pues yo no —dije, y era la verdad—. Jon, creo que no estoy preparado para algo así, para una relación seria.

—A ver, en parte te entiendo, pero... que digas esto justo después de que os hayáis acostado es un poco sospechoso. No te estarás librando de ella porque ya lo habéis hecho, ¿no?

—¡Claro que no! —Me sentí ofendido ante la idea de que Jon se pensara que era esa clase de

chico.

Me estaba convirtiendo en un tipo tan indeseable que hasta mi mejor amigo había empezado a verme con otros ojos. ¿Qué clase de imagen estaba proyectando? Me planteé si Helena también se había preguntado si aquel era el motivo de mi distanciamiento.

«Y todo por no haber sido capaz de gestionar la situación... Todo por culpa del miedo».

—Está bien, te creo —me dijo finalmente. Vi sinceridad en sus ojos, lo cual me tranquilizó—. Sé que no eres esa clase de tío. Pero tienes que ser honesto con ella, ¿vale? Si ves que no quieres estar en una relación, se merece que se lo digas claramente. Si no, le estás haciendo perder el tiempo.

«Es justo lo que estoy haciendo», lamenté. Mi relación con ella no iba a ninguna parte, y todo el tiempo que la tuviera atada a mí, la estaría privando de poder conocer a un chico que la quisiera de verdad. No era justo ponerla en esa situación. Pero la idea de romper con ella me daba mucho miedo, yo sabía que generaría rumores y especulación entre la gente, y que mis padres estarían decepcionados de nuevo.

—Necesito un fin de semana para pensar en mis cosas, para ordenar mis ideas... —dije, llevándome las manos a la cabeza. Desordené mi corta cabellera.

Jon me miró con preocupación. Me puso una mano en el hombro y, con tono cariñoso, añadió:

—¿Quieres pasar el fin de semana conmigo?

—¿¡Cómo!? —Alcé la vista y le miré con los ojos abiertos de par en par. Noté que se me encendían las mejillas.

—Ya sabes, como en los viejos tiempos —me dijo él—, podemos echarnos unos vicios a la consola. O podemos escuchar música, no sé, lo que quieras. Algo que te ayude a pensar en otra cosa. Si quieres, puedes pasar todo el fin de semana en casa, hay camas de sobra. Te vendrá bien cambiar de aires.

Me puse nervioso ante la simple idea de pasar el fin de semana en casa de Jon.

«Pasar la noche con él... sería como un sueño».

—Vale —dije casi tartamudeando—. Me gustaría mucho. Gracias, Jon, eres el mejor.

—¿Para qué están los amigos? —dijo, sonriente, rodeándome con uno de sus fuertes brazos.

Yo cerré los ojos y aspiré el familiar aroma a tierra y sudor que desprendía mi amigo el granjero. Un olor que siempre me transmitía calma y excitación a partes iguales.

Esa noche, metido en mi cama, una mano juguetona se introdujo en el interior de mi ropa interior y me di placer mientras pensaba en Jon.

Me recreé pensando en una de mis fantasías recurrentes: Jon me invitaba a pasar la noche en su casa, dormíamos juntos en la misma cama, porque no había otra opción, y, mientras dormíamos, nos arrimábamos el uno al otro. En mi fantasía, despertábamos abrazados y, al darnos cuenta, reíamos, incómodos. Pero después la incomodidad se convertía en gusto, y las risas en besos.

Alcancé el clímax, sintiéndome como una mierda de persona. Porque mientras yo me masturbaba pensando en mi mejor amigo, mi novia lloraba en soledad, preguntándose por qué yo no quería pasar tiempo con ella.

Tenía tantas ganas de pasar el fin de semana en casa de Jon que llegué poco después del amanecer. Eran las nueve de la mañana, y pensé que posiblemente él seguía dormido, así que me planteé si dejar la bici aparcada cerca de la granja y tumbarme al raso en el campo, pues no hacía tanto frío para ser marzo. El caso es que Jon ya estaba en pie, trabajando en la granja, y me distinguió a lo lejos. Me saludó con la mano y vino hacia mí. Cargaba entre los brazos con unas pacas de heno que dejó en el suelo al acercarse a mí. Iba sin camiseta.

—Buenos días, qué madrugador —me dijo mientras se secaba el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Aprovecha para dormir, hombre, que tú no tienes que atender a los animales.

Reí la gracia, nervioso. Quería mirar su pecho desnudo, pero tuve que esforzarme para que mis ojos se mantuvieran en su cara.

—No sabía que madrugaras tanto los fines de semana —le dije.

—Depende del día, hoy me ha despertado el cabrón de Fermín y ya no he podido dormir.

—¿Fermín?

—El gallo —me aclaró.

—Ah, vale —respondí.

Se puso la camiseta, y yo aproveché para echar un rápido vistazo a su pectoral justo antes de que se cubriera. Me pareció distinguir que tenía más vello corporal que la última vez que le había visto sin camiseta, lo cual era posible, teniendo en cuenta que aún estábamos en edad de crecer.

Dejé la bici apoyada en la cerca de madera y caminamos juntos hacia la vivienda. Su padre también estaba trabajando en el campo, asimismo sin camiseta, y se acercó para saludarme. Me dio un fuerte apretón, y yo correspondí al gesto con una falsa sonrisa. Me caía mal desde que había hecho el comentario homófobo, pero me tocaba fingir simpatía para no levantar sospechas.

—Encantado de volver a verte por aquí de nuevo, Hugo. Estás muy delgado, chico, vamos a tener que invitarte más a menudo, pero para que trabajes en el campo, a ver si te desarrollas un poco. Se te nota que eres de ciudad.

Reí el chiste, aunque no me pareció gracioso. Eché un vistazo rápido a su torso desnudo, comprobando que la buena genética de Jon provenía de él.

«Espero que sea lo único que ha heredado», pensé.

—Vamos a jugar a la Super Nintendo —le dijo Jon—. ¿No te importa?

—Por esta vez, no, pero igual te pido ayuda con el ganado si está rebelde.

—Vale, padre. Avísame si lo necesitas.

Jon y yo disfrutamos de un sábado de ensueño. Jugamos a la consola durante horas seguidas,

interrumpiendo la partida solo un momento para pasar por el baño. Escuchamos música tumbados sobre una alfombra de pelo largo que tenía en el centro de su habitación. Hablamos de cine e, incluso, planeamos visitar Vitoria algún día de esos, para ver *Flubber* y *el profesor chiflado*, la última película de Robin Williams, que era uno de los actores favoritos de Jon y cuya película había cosechado un gran éxito en taquilla. Por supuesto, como sucede con los mejores planes, nunca llegamos a llevarlo a cabo.

Durante la hora de la comida, tuve que aguantar la presencia de Gabriel —el padre de Jon—, y, por supuesto, hizo algún que otro comentario homófobo, aunque, en esta ocasión, no la dirigía al hermano con el que no se hablaba. Fue en relación con un periodista homosexual que salía mucho en la tele en aquellos tiempos.

—Entiendo que existan los maricones, y no digo que les fusilen como se hacía antes. Pero ¿es necesario que salgan en la tele? ¿Por qué tengo que verlos mientras estoy comiendo? —dijo.

Un comentario completamente innecesario y dañino que me puso muy nervioso, pero que conseguí ignorar con éxito.

Hubo un momento, por la tarde, en el que caminé hasta el ventanal que había en el dormitorio de Jon. Las vistas eran espectaculares: se veía cómo los huertos se extendían hasta el linde del bosque y, más allá, destacaban las altas montañas del norte.

—Qué maravilla de paisaje —comenté, reflexivo.

—Es, posiblemente, la única cosa buena de vivir en medio de la nada —comentó él, que estaba entretenido clasificando su colección de cintas VHS, pues queríamos ver una película a continuación, posiblemente, *El día de la marmota*, que nos hacía mucha gracia.

En dicha película, Bill Murray revivía el mismo día una y otra vez, y cada vez que lo hacía, todo el mundo —excepto él— se olvidaba de lo que había pasado la vez anterior. Siendo así, podía hacer cualquier locura y nadie lo recordaría. Eché un rápido vistazo a Jon y supe que yo habría usado esa oportunidad para lanzarme a por todas con él, puesto que, si él me rechazaba, simplemente, podía reiniciar el día y se olvidaría de lo que había pasado.

Regresé la vista al ventanal y observé el pinar que crecía al otro lado del huerto. Sin pensarlo demasiado, dejé escapar un comentario que surgió dentro de mí:

—Tiene que ser increíble estar desnudo ahí, en medio del campo.

Jon alzó la vista y soltó una risotada.

—¿A qué ha venido eso? ¿Acaso eres nudista?

—No me refiero a que te vean ni nada de eso. —Negué con la mano—. Lo decía a escondidas, sin que te vean. Es que supongo que es porque vivo en casa de mi abuela, a veces cuesta mucho encontrar privacidad. Hablo de estar desnudo, pero también me refiero a otras cosas, ya sabes.

No solíamos hablar de sexo demasiado a menudo, pero alguna vez había surgido el tema, sobre todo a raíz de mis conversaciones sobre Helena. Además, no había nada de raro en que dos chicos de nuestra edad hablaran de masturbación. Ambos teníamos las hormonas revolucionadas.

—Venga, dime la verdad, ¿lo has hecho alguna vez? —le pregunté.

Le miré con picardía. Él se sonrojó un poco y me pareció que estaba supermono.

—Alguna vez me he tocado en el bosque —admitió.

Nos echamos a reír al mismo tiempo.

—¿Y te masturbas mucho? —le pregunté—. En casa, digo, no fuera.

Me gustaba hablar de esas cosas con él, aunque noté que me estaba excitando más de la cuenta.

—Eres raro, Hugo —dijo él—. No pienso responder a eso.

Por un momento, me planteé si quizá era una locura proponerle que nos hiciéramos una paja en el bosque. Sabía que muchos chicos heterosexuales se masturbaban juntos, al menos en la ciudad, sin que tuviera que ser una cosa gay necesariamente. Formaba parte del crecimiento y del desarrollo: la experimentación, la exploración del propio cuerpo y la comparación con los demás. No obstante, no quería que se me viera demasiado interesado en saber más detalles sobre él en esa materia.

«Podría notar mi interés y sospechar. No es buena idea».

—¿En qué piensas? —me preguntó, arqueando una ceja—. No estarás pensando en hacerme una propuesta indecente, ¿no?

Se rio, y yo me pregunté si me estaba retando. Parecía haberme leído la mente.

El caso es que me puse muy nervioso y decidí cambiar de tema antes de que se me viera demasiado el plumero.

—En realidad, estaba pensando que tengo que cagar —dije, por cortar el ambiente.

Se echó una carcajada.

—Está bien que me tengas tanta confianza que ya no pongas ni excusas. Anda, ve, cagón.

Esa noche, cuando ya nos preparábamos para meternos en la cama —su padre había montado una cama supletoria junto a la suya—, nos organizamos para ir a la ducha. Jon me ofreció que fuera yo primero, y, cuando terminé, decidí salir con la toalla alrededor de la cintura para intentar provocarlo. No obstante, Jon ni siquiera se fijó en mí, lo cual me recordó su heterosexualidad e hizo que me sintiera patético al buscar tan desesperadamente su atención.

Cuando me disponía a ponerme el pijama, me di cuenta de que me había dejado la ropa interior sucia en el baño, así que volví corriendo para recogerla antes de que Jon se metiera en la ducha y me cerrase la puerta. No obstante, me encontré con algo inesperado que hizo que me olvidara completamente de la ropa interior y de todo lo demás.

Jon ya se había metido en la ducha y había dejado la puerta del baño entornada.

Desde la rendija de la puerta, pude ver el espejo sobre el lavabo, en el que se reflejaba perfectamente la ducha. Jon había dejado la cortina entreabierta, quizá acostumbrado a no tener visita, y podía ver por completo su espalda, su trasero y sus piernas.

Sentí que se me secaba la boca y que la entrepierna empezaba a apretarme cada vez más. Mi corazón latía con fuerza, y podía sentir los latidos en la garganta. Me puse tan nervioso que la visión empezó a tornárseme borrosa.

«Está desnudo...».

Observé la parte de atrás de Jon, dentro de la ducha, enjabonándose. Yo ya había visto su espalda desnuda en alguna otra ocasión: ancha y fuerte, pero jamás el trasero. Sí, ocasionalmente, se le bajaban los pantalones en clase cuando se reclinaba para delante, y yo había aprovechado para ver la parte superior de sus nalgas, pero jamás había tenido la oportunidad de verlas en su totalidad. Comprobé que eran grandes, parecían firmes y estaban cubiertas por un fino vello rubio. Sus piernas eran fuertes también, aunque estaban mucho menos definidas que sus brazos. A fin de cuentas, Jon estaba fuerte por labrar el campo, y para ello usaba más la parte superior que la inferior.

«Debería irme antes de que se dé la vuelta y me vea», pensé. Pero mis piernas estaban clavadas al suelo y me sentía incapaz de dejar de mirar.

Escuché ruidos en la planta de abajo: su padre andaba para atrás y delante, haciendo labores en la casa. Si subía por las escaleras, me vería espiando a su hijo desnudo, y un hombre

tradicional y homófobo como aquel no reaccionaría bien ante ello. Aun sabiendo eso, fui incapaz de dejar de mirar de inmediato. No fue hasta que le vi dándose la vuelta que me percaté de que estaba aprovechándose de su confianza, y me fui corriendo antes de ver demasiado. Aun así, antes de salir pitando, pude atisbar la silueta de lo que podía ser su pene.

Noté que mi propio miembro estaba completamente erecto.

«No debería haberlo hecho. No debería haber mirado».

Me tumbé en la cama bocabajo, suprimiendo mi erección contra el colchón.

Me daba tanta vergüenza mirar a Jon a la cara después de aquello que fingí estar dormido cuando regresó de la ducha, y no pudimos quedarnos hablando hasta la madrugada, como me habría apetecido hacer.

Al día siguiente, me marché después del desayuno, indicándole a Jon que no quería dejar sola a mi abuela dos días seguidos. Lo cierto es que no me atrevía a mirarle a la cara después de haberle espiado en el baño. Él se sorprendió, pero aceptó mi decisión, ya que tampoco podía permitirse estar sin ayudar a su padre con los animales dos días seguidos.

Regresé a casa de bastante buen humor, pedaleando en la bici a través de los amarillentos campos de cereales. Llevaba puestos los auriculares del *walkman* y estaba escuchando la versión original de *Knockin' on heave'n door*, de Bob Dylan, la cual, personalmente, prefería por encima de la versión de Guns N' Roses. La canción me transportó lejos de allí, a un lugar recóndito en mi mente, que se debatía entre el deber y el miedo. El sábado en casa de Jon me había servido mucho para renovar fuerzas y despejar mi mente, pero aún me quedaba una decisión difícil que tomar.

Al llegar a terreno municipal, vi a Helena. Estaba sentada en un banco del parque con una amiga, y también me vio, pero fingió no hacerlo y apartó la vista como si nada. Llevábamos sin hablar desde nuestra pelea, aunque se suponía que aún seguíamos siendo novios.

«Con Jon me basta una sonrisa o un roce para sentir cosas. Con Helena no hay manera...».

Con la mente más despejada y tranquila, ahora veía la cosa mucho más clara. Ahora entendí la decisión que debía tomar.

Era evidente que no podía dejar de sentirme atraído por los chicos, era algo que se salía de mis capacidades, de la misma forma que no podía sentirme atraído por las chicas, por mucho que lo hubiera intentado. Siendo así, solo quedaba una cosa por hacer...

«Lo siento, papá, mamá, lo he intentado».

Mis padres habían estado más receptivos desde que había empezado a salir con Helena. Me llamaban prácticamente todas las semanas, y aunque nuestras conversaciones eran aburridas y rutinarias, al menos nos hacíamos caso. Sabía que estarían decepcionados en cuanto supieran que mi relación con Helena había terminado, pero me había cansado de forzar sentimientos que no sentía dentro de mí. La tensión continua que me suponía vivir una farsa, siendo alguien que no era yo realmente, era demasiado para mí. Estaba empezando a afectar a mi sueño, al punto de que prácticamente todas las noches tenía que tomarme media pastilla para dormir.

Había llegado el momento de asumir la verdad que con tanta fuerza había intentado suprimir.

«Soy gay, eso no puedo cambiarlo, pero sí que puedo elegir qué hago con ello. No saldré con chicos, porque debo ocultar mi secreto y garantizar mi seguridad, pero tampoco saldré con chicas, ellas no se lo merecen».

«Tengo que romper con Helena».

A mediados de marzo, quedé con Helena para romper con ella. La llamé al teléfono de casa y me contestó su madre. Avergonzado, me presenté y pregunté si podía hablar con Helena. Su madre debía de estar al tanto de nuestra discusión, ya que me respondió secamente y le cedió el aparato a su hija.

—¿Podemos hablar? —le pregunté—. A la una, en el paseo del viejo molino.

—Vale —dijo ella. Fue lo único que pronunció en toda la conversación. Quizá ya se olía lo que iba a pasar.

Caminé por el sendero de tierra hacia el molino, que, en realidad, era una ruinoso estructura de piedra que se había venido abajo hacía casi un siglo. Era un lugar precioso, ya que el sendero discurría a través de un hayedo, y desde las ruinas del molino se podía ver un riachuelo que descendía por la colina, en dirección al embalse que se encontraba al norte de Villabonita. La Rioja Alavesa dispone de una gran variedad de aves, gracias a la diversidad de ecosistemas que existen en la zona, y recuerdo que mientras esperaba a que Helena llegara, vi un buitre leonado, un alimoche común y hasta un águila real.

Tuve que esperar un buen rato. Me planteé si quizá me dejaría plantado, como una especie de venganza por el trato que le había dado en nuestra última conversación. Hubo una parte de mí que deseó que fuese así, ya que, de esa forma, podía posponer la ruptura.

«No. No voy a posponerlo más. Esto va a acabar hoy. Regresaré a casa de mi abuela como un hombre libre y soltero. Esta locura debe terminar».

Había decidido dejar de usar a Helena como sujeto de mi experimento. Prefería arriesgarme a que mi sexualidad se descubriera y a volver a perder a mis padres. Prefería aquello que seguir manipulando a una chica eternamente. Helena tenía derecho a conocer a un chico que quisiera estar con ella de verdad.

Al fin la vi llegar cuesta arriba. Estaba muy guapa, llevaba el cabello trenzado y vestía una cazadora vaquera que le marcaba mucho la silueta. Me di cuenta de que la tardanza se debía a que había estado poniéndose guapa, incluso maquillándose. Quizá, después de todo, no se esperase lo que iba a pasar. Quizá se había hecho ilusiones. La simple idea me puso nervioso, ya que eso dificultaría la ruptura.

Yo llevaba el *walkman* encendido, con la cinta de mezclas puesta. En una suerte de ironías de la vida, Bonnie Tyler empezó a cantar *Total eclipse of the heart*, endulzando mis oídos con la hermosa melodía de aquella romántica canción. Poco apropiada para una ruptura. Pausé la reproducción y me quité los auriculares.

—Por fin me has llamado —me dijo al llegar a mi altura—. Ya estaba empezando a pensar que te habías olvidado de mí para siempre.

Intenté discernir su estado de ánimo. Parecía cabreada, pero, al mismo tiempo, parecía ligeramente divertida. Quizá estaba siendo optimista y se pensaba que le iba a pedir perdón y que íbamos a hacer las paces. Decidí hacer algo que jamás había hecho con ella hasta entonces: ser sincero y directo.

—Helena, creo que debemos cortar.

No se lo esperaba. Sus ojos se abrieron como dos platos. Me miró fijamente y, durante algunos segundos, no dijo nada. Yo casi podía ver los engranajes encajar en su cabeza mientras trataba de descifrar el significado de aquellas palabras.

—Pero ¿qué dices? —dijo cuando por fin fue capaz de pronunciar palabra.

—Creo que nuestra relación no funciona —dije.

A medida que su rostro se iba desencajando y sus ojos se llenaban de lágrimas, me vi incapaz de seguir mirándola fijamente. Aparté la vista y la fijé en la ruinosa estructura de piedra que había frente a nosotros.

—¿Es una broma? Hugo...

—No. Lo siento mucho, Helena. No es culpa tuya. Creo que no estoy preparado para una relación tan... seria. Yo quería conocerte un poco más, pero me he sentido agobiado.

—¿Te agobio? —preguntó, dolida.

—¡No! Sé que la última vez te dije eso, pero no es cierto. No me agobio por tu culpa, me asfixio porque no sé gestionar mis sentimientos y...

—No me vengas con la mierda del «no eres tú, soy yo», Hugo —dijo mientras sus labios se retorcían en un puchero.

Fui consciente de que le estaba rompiendo el corazón. La tentación de arreglar la situación, pedirle perdón y seguir como novios era grande. Pero ya había cometido ese error en otra ocasión, y lo único que había hecho era alargar el sufrimiento en vez de ponerle remedio de una vez por todas. Me sentí como una mierda y estuve a punto de llorar. Ella lo intuyó, y eso le cabreó.

—No tengas la indecencia de ponerte a llorar —me advirtió—. Eres tú el que ha buscado esto. Yo no quiero romper, es algo que quieres tú.

—Siento mucho haberte hecho daño, Helena, de verdad —estaba siendo honesto—. Ojalá las cosas pudieran ser de otra forma, pero no pueden.

—¿Por qué no pueden ser de otra forma?

Ella no entendía mi decisión. Naturalmente que no lo hacía, le faltaba información. La información más importante de todas.

Me planteé si quizá era buena idea contárselo. Decirle que era gay, y que había intentado dejar de serlo, pero que había visto que era imposible. Quizá así entendiera mi decisión y comprendiera que, realmente, el problema era yo, y no ella. Pero me planteé si no le haría sentirse peor saber que la había estado utilizando como objeto de pruebas.

«Además, si se lo cuento a ella, no tardará por extenderse por el pueblo. Y si Jon y su padre se enteran...».

Una vez más, el miedo me ataba con cadenas emocionales que me incapacitaban para comunicarme con el resto. Era un secreto que debía guardar solo para mí. Un secreto tan grande que me ahogaba y me aprisionaba, generándome un dolor que no sabía cuánto más sería capaz de soportar.

—Siento mucho que sea así, Helena, pero es así —le dije.

—¿Hemos follado y ya no te intereso, es eso? —me preguntó. Ahora lloraba desconsoladamente—. Joder, Hugo, qué decepción. De verdad que pensaba que eras diferente.

Empezó a insultarme y a agredirme verbalmente. Me llamó mal hombre. Me llamó niño. Me llamó maricón. Me dijo muchas cosas que me dolieron, pero que aguanté como un campeón, en silencio, porque ahora era su momento para desahogarse. Porque ella se merecía sacar todo eso de su pecho. Porque el malo era yo.

«El malo soy yo, por ser homosexual».

Una vez más, la culpa. La homofobia interiorizada. El dolor de ser alguien que no era capaz de reconocer. De ser alguien que me avergonzaba ser y que hacía daño a los demás. Me pregunté si aquella era la sensación contra la que luchaba el famoso «orgullo gay». En aquel momento, llegar a enorgullecerme de mi orientación sexual me parecía absolutamente imposible, claro que aún me quedaba mucho camino por recorrer.

Helena dijo muchas cosas y, cuando sintió que las palabras ya no le bastaban, me dio un tortazo. Entonces pareció arrepentirse, ya que hizo ademán de acercarse a mí, pero se contuvo. La vi girarse y echar a correr mientras lloraba a gritos, como un niño que se ha caído del columpio.

Y yo la dejé marchar sin decir nada. Sin atreverme a contarle mi verdad.

Aquel día me odié mucho. Me odié por el mismo motivo por el que me odiaban mis padres y gran parte de la sociedad.

Esa noche, como tantas otras, tuve que tomarme media pastilla de la alergia, porque, si no, era incapaz de dormir. Desgraciadamente, había abusado tanto de aquel antihistamínico que cada vez me hacía menos efecto, y, aún a pesar del efecto somnífero, pasé mala noche.

Por suerte para mí, Jon estuvo muy atento y me apoyó incondicionalmente los siguientes días de mi ruptura con Helena. No hizo preguntas ni cuestionó mi decisión, simplemente, estuvo presente, a mi lado. Creo que, sin que él lo supiera, me salvó de caer en un oscuro pozo de depresión.

Él se pensaba que yo sufría de desamor, cuando, en realidad, mi corazón estaba roto porque me odiaba a mí mismo, porque cualquier respeto o amor que pudiera tener hacia mi persona había desaparecido después de lo que le había hecho a Helena. Pero me consolé en Jon, valiéndome de sus cariñosas palabras y sus cálidos abrazos, para recuperar fuerzas y tratar de sanar la herida.

Al menos puedo decir que aprendí mucho de aquel error.

Prometí no hacer llorar de aquella manera a ninguna chica, nunca más. Y puedo decir, hasta hoy, que he mantenido mi palabra.

A pesar de que la ruptura con Helena me dejó hundido en la miseria, sumido en un estado emocional doloroso —no por el hecho de romper con ella como tal, sino por todo lo que aquello me había hecho sentir y por lo mal que me sentía conmigo mismo—, lo cierto es que Jon fue muy atento conmigo en todo momento, estuvo a mi lado y me apoyó continuamente. Me ayudaba a mantener la mente entretenida con otras cosas.

Llevaba revistas de videojuegos y cine al instituto, que ojeábamos entre clases y en el recreo. Empezamos también a quedar más a menudo entre semana, bajando a La Tirolina a tomarnos una caña y a hablar de nuestras cosas. Intercambiábamos cintas de casete y VHS para después poder compartir nuestras opiniones. Incluso empezamos a quedar más a menudo los fines de semana. Si llovía, nos íbamos a su casa o a la mía, y nos poníamos alguna película mientras merendábamos. En cambio, si hacía bueno, cogíamos las bicis y pedaleábamos por el campo. A veces íbamos a Villabonita, Robedal o La Cruz, pueblos aledaños a Torrecamino, y otras veces, simplemente, pasábamos el tiempo en el campo.

En una ocasión, fuimos con las bicis hasta el embalse que había al norte del pueblo. Nos sentamos frente al agua, con las bicis apoyadas en dos árboles, y compartimos los auriculares de mi *walkman*. Escuchamos música durante dos largas horas, sin interrumpirla ni decir nada en absoluto, simplemente, sintiendo las melodías a través de nuestra piel y disfrutando de nuestra compañía muda. A lo largo de la tarde, observamos el cielo cambiar de color mientras el sol se ponía al otro lado de la sierra montañosa que crecía al otro lado del embalse. Si no fuera porque el *walkman* se quedó sin pilas, nos habríamos quedado allí toda la eternidad.

Con el paso de los días, poco a poco, empecé a olvidar los pensamientos de pura negatividad que me habían invadido tras la ruptura con Helena. Empecé a hacer las paces conmigo mismo y a entender que yo tan solo era un muchacho que se había visto en una situación imposible, y que había intentado manejarla lo mejor que había podido. Lamentaba haber hecho daño a Helena. De haber podido deshacerlo todo, habría tomado otra vía y habría evitado salir con ella en primer lugar, pero, en aquel momento, lo había sentido así, pues había visto necesario salir de dudas sobre mi homosexualidad y comprobar por mí mismo si era posible cambiar los sentimientos y deseos de uno.

Me había tocado aprender a las duras.

Igual que había sucedido cuando empezamos a salir juntos, la noticia de nuestra ruptura se extendió por todo el pueblo como la pólvora. Sus amigas dejaron de mirarme a la cara, y no pude evitar preguntarme qué les habría contado Helena. En cambio, los chicos me dirigían la palabra con lástima y compasión, dando por sentado que había sido ella la que me había dejado a mí. No

les corregí en ningún momento, ya que así no tenía que dar explicaciones.

También mi abuela se enteró de la noticia, y puesto que las llamadas de mis padres dejaron de ser tan frecuentes, entiendo que ellos también se acabaron enterando. No me preguntaron sobre ello, y lo agradecí, pues así no tuve que mentirles.

Yo intenté no darle demasiadas vueltas a lo que dijeran los demás, y procuré disfrutar de aquella nueva etapa en la que Helena ya había salido de la ecuación, y volvía a tener todo mi tiempo para dedicárselo a Jon. Quedaba con él más que nunca, sin importarme un bledo si Gerardo o algún otro pudiera notar que éramos inseparables.

No obstante, pasar tanto tiempo con Jon trajo consigo las consecuencias esperables: cada vez estaba más pillado por él.

Me había aprendido los detalles más pequeños de su aspecto: el nuevo corte de pelo, el lunar de su clavícula, incluso la longitud de sus pestañas. Observaba sus labios mientras hablaba, perdiéndome en su brillo y deseando besarlo con más energía de lo que jamás había sentido hacia ninguna otra cosa. Me sabía de memoria la forma de todos sus dientes frontales, y me conocía a la perfección cada una de sus piezas de ropa, siendo capaz incluso de reconocer sus patrones de vestimenta más comunes.

Quería estar en todo momento con él. Quería sentirle cerca, apreciar el aroma de su cabello y el olor a tierra que desprendía su ropa. Me gustaba escuchar su voz y cerrar los ojos cuando me hablaba, para imaginármelo susurrándome al oído mientras me abrazaba.

Cuando no estábamos juntos, soñaba con él. Tanto dormido como despierto. Y os puedo garantizar que los sueños que tenía con él se podrían clasificar para mayores de dieciocho años.

Un día de finales de abril, cuando yo ya me había recuperado en gran parte de los sentimientos que me habían surgido tras la ruptura con Helena, y estando mi relación con Jon en su mejor momento, sucedió algo.

Nos cambiaron a nuestro profesor de la asignatura de Métodos de Fax —sí, he dicho fax, recordad que eran los años 90—, y, en lugar del antiguo docente, recibimos un sustituto llamado Jaime.

Jaime era joven, debía de tener apenas treinta años, tenía el cabello corto y oscuro, peinado hacia un lado. Tenía los ojos azules, muy claros, y era increíblemente atractivo. Tenía muy buen porte, y las camisas que vestía le sentaban de maravilla, realzando unos hombros anchos y una espalda fuerte que se escondía debajo de la tela.

A mí me gustó en cuanto lo vi aparecer por la puerta, y me quedé embobado mirándole fijamente. Fue por eso por lo que tardé bastante en darme cuenta de que no era el único en mirarle de tal manera. Me di cuenta de que Jon, sentado delante de mí, no le quitaba ojo de encima.

A veces, con Jon, era difícil separar la línea entre la realidad y mis fantasías. Yo era consciente de que muchas cosas me las imaginaba, porque eran deseos que se externalizaban y que proyectaba en él, pero aquel día estuve convencido de que a Jon le había gustado Jaime tanto como a mí.

«No le quita ojo de encima. ¿Es posible que se sienta atraído?».

Tampoco distinguí lujuria ni deseo en su mirada, pero es cierto que le observaba de manera ininterrumpida. Conocía a Jon lo suficiente como para saber que se aburría en clase, la mitad de las veces ni siquiera atendía y solía estar dibujando en el cuaderno, por lo que su cambio de actitud era notable.

¿Era posible que el nuevo profesor hubiera despertado en él interés por la asignatura? ¿O

tenía otro tipo de interés hacia Jaime?

Una vez más, empecé a dudar sobre la heterosexualidad de Jon. No era la primera vez que lo hacía, pero, en esta ocasión, sabía que no eran solo fantasías mías. Aquellas miradas a Jaime me hacían sospechar más que nunca.

Tenía que salir de dudas.

Por supuesto, preguntarle a Jon no era una opción. No solo habría expuesto mi propia homosexualidad, sino que, de estar Jon dentro del armario, se cerraría en banda y no me lo admitiría. No me serviría de nada preguntarle directamente. Pero ¿de qué otra manera podía yo conocer la orientación sexual de alguien?

Lo único que se me ocurrió fue buscar ayuda sobre ese tema en la biblioteca de Villabonita, así que, después de clase, le dije a Jon que aquella tarde quería aprovechar para estudiar y me marché directo a casa. Nada más llegar, saludé a mi abuela con un beso, tomé la bicicleta y me dirigí a la ciudad colindante.

Llegué a Villabonita en media hora. Dejé la bici aparcada en el lugar habitual cuando visitaba la ciudad: encadenado a una farola que había junto a la biblioteca. Accedí al edificio municipal y reconocí a la bibliotecaria que, en otras ocasiones, me había atendido. Me observó con interés y arqueó una ceja.

—Eres el chico que quería información sobre homosexualidad —recordó.

Me avergoncé, aunque podía haber estado buscando aquella información por múltiples motivos. No significaba necesariamente que yo fuera gay.

Vio mi expresión nerviosa y sonrió.

—Tranquilo, lo que busque aquí la gente no es asunto mío —dijo mucho más simpática—, si yo te contara... ¿Qué buscas hoy?

—Más de lo mismo. Quiero saber más sobre el tema.

—Quizá encuentres algo de Masters y Johnson que te pueda ayudar.

—¿Masters y Johnson?

—Tienen algunos estudios sobre comportamiento homosexual —me dijo, encogiéndose de hombros—. Pared 3. Estantería H: el cuerpo humano y psicología.

—Gracias.

Desgraciadamente, no encontré nada que pudiera servirme para comprender la homosexualidad. Yo quería saber si era posible conocer la sexualidad de alguien sin tener que preguntárselo, pero solo había encontrado tonterías: «Si tiene el dedo anular más grande que el índice, es gay», «Si se mira mucho en los espejos, es homosexual», «Si mira a los ojos a las chicas cuando habla con ellas, es heterosexual». Todo conjeturas y tonterías varias que descarté aplicándolas a mí mismo.

Tampoco aquel día la biblioteca me ayudó a despejar la gran incógnita que rodeaba mi vida. Yo no paraba de repetirme continuamente que mis sospechas sobre la homosexualidad de Jon se fundamentaban en tonterías como las antes mencionadas, y que no había ningún indicio real para pensar que pudieran gustarle los chicos.

«El nuevo profesor es guapo y me ha gustado. Seguramente, he proyectado eso en Jon. Es más que probable que él simplemente estuviera atendiendo».

No obstante, la duda me carcomía por dentro.

Mientras regresaba a Torrecamino en bici, observé el sol ponerse tras las altas montañas del

norte, en cuyas cumbres se veía algo de nieve. Los últimos rayos de luz del día se elevaban como rayos de esperanza y me golpeaban en la cara con energía. Teñían las copas de los árboles con tonos anaranjados mientras el horizonte del cielo se volvía rosa.

En aquel instante de lucidez, observando el hermoso paisaje, supe que solo tenía dos opciones: la primera, no preguntárselo nunca a Jon y asumir que nunca pasaría nada entre nosotros; y la segunda, arriesgarme a ser expuesto a cambio de poder ganar una respuesta positiva y tener algo con él.

Si quería salir de dudas con la sexualidad de Jon, solo había una cosa que podía hacer. La única cosa que podía despejar para siempre la incógnita:

«Tengo que decirle que soy gay».

«En sí, la homosexualidad está tan limitada como la heterosexualidad: lo ideal sería ser capaz de amar a una mujer o a un hombre, a cualquier ser humano, sin sentir miedo, inhibición u obligación».

Simone de Beauvoir.

Me pasé todo el mes de mayo tratando de buscar un momento en el que salir del armario y contarle a mi mejor amigo que estaba enamorado de él. Porque sí, a esas alturas yo ya sabía que lo mío no era una simple fijación: era amor. Desgraciadamente, cualquier intento que hacía de sacar el tema, terminaba conmigo poniéndome tan nervioso que empezaba a tartamudear.

En una ocasión, a finales de mes, sentados en nuestro banco habitual de los recreos, estuve a punto de hacerlo. Nos encontrábamos solos, y observábamos el valle que surgía al otro lado de la verja metálica que rodeaba el centro escolar.

—Oye, quería comentarte una cosa, Jon.

Noté que mis manos temblaban. Me las agarré con fuerza para evitar el movimiento. Sudaba, tenía taquicardia y me temblaba la voz.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó él, preocupado.

—Sí, es solo que...

Tenía la boca pastosa.

—Necesito un poco de agua —dije, al darme cuenta de que se me trababan las palabras en la garganta.

Me levanté y salí corriendo. Me observó marchar en silencio, sin saber cómo reaccionar. Cuando regresé, Luis y Carlos se habían unido a él, y no tuve ocasión de retomar la conversación.

Ninguno de los dos volvió a sacar el tema.

Cuando te ves obligado a hacer algo que te pone nervioso y te estresa, tu mente intenta deshacerse del estrés distrayéndote con otros temas, seduciéndote con la idea de dejar aquella obligación para más tarde, lo cual provoca un momentáneo estado de calma en tu mente. Es como cuando te dicen que el examen de mañana, ese que aún no te has preparado, se retrasa una semana. Vas a tener que preparártelo de todas formas, pero, el disponer de más tiempo para hacerlo, te da una falsa sensación de tranquilidad. Yo sentí esto muchas veces durante aquel mes, y en cada una de las ocasiones que me puse nervioso ante la idea de salir del armario, me dejé llevar por mi mente y pospuse la salida un día más, para no tener que pasar por el trance en aquel momento. Esto me aliviaba y me reconfortaba.

Cada noche, metido en la cama, me llenaba de valor y decidía que al día siguiente lo haría. Mañana sí que sí, me decía. Mañana lo hago. Pero después, por la mañana, mi frágil valentía nocturna había desaparecido del todo.

A principios de junio, cumplí dieciocho años, apenas una semana después de que Jon

cumpliera diecinueve. Para celebrar nuestros respectivos cumpleaños, y también el final de los exámenes, decidimos organizar una cena con aquellos compañeros de clase con los que más relación teníamos, como Luis y Carlos. Desgraciadamente para mí, Carlos se había hecho muy amigo de Gerardo últimamente y lo invitó a la cena.

Por si lo habíais olvidado a estas alturas, Gerardo era ese compañero de clase que me había cazado en incontables ocasiones observando a Jon. Yo tenía la sospecha de que conocía mi verdadera orientación sexual.

«Aunque él también me mira mucho a mí. Quizá yo le gusto a él tanto como Jon a mí».

A veces para un gay no es fácil reconocer la intención en la mirada de otro hombre. No sabes si te observan porque puedan sentir interés por ti o si es porque están tratando de discernir si eres gay para pegarte. En esos casos, yo siempre aparto la mirada, evitando el conflicto. Prefiero perder la oportunidad de un posible ligue a arriesgarme a que me partan la cara.

El segundo viernes de junio nos juntamos para celebrar la cena de cumpleaños en La Cocina de Fernando, la misma taberna casposa donde habíamos llevado a cabo la de Navidad. Resultó que no éramos los únicos en organizar un banquete, también estaba el grupo de las chicas del instituto, sentadas a varias mesas de distancia. Nos saludaron con energía al vernos llegar y, aunque Helena evitó mirarme a mí, sí que le vi saludando a Jon y hablando con él.

Yo no había vuelto a hablar con ella desde nuestra ruptura, desde la cual habían pasado más de dos meses. Sabía que a sus ojos siempre sería el cabrón que la había dejado después de haber tenido sexo con ella. Lamentaba haberme comportado así y esperaba no haber hecho que su confianza hacia los hombres se rompiera, pero no me veía capaz de contarle la verdad tras el motivo de nuestra ruptura. Asumí que siempre guardaría esa imagen de mí e hice las paces con ello. Después de lo que había hecho, quizá me merecía ser recordado como un gilipollas.

Durante la cena, pedimos vino, y todos nos pasamos un poco más de la cuenta. Yo intenté controlarme por lo de siempre, temía que si el alcohol me desinhibía demasiado y tomaba el control de mi cuerpo, pudiera soltarme la lengua. Me había pasado un mes entero encontrando el momento adecuado para salir del armario con Jon, no quería que el alcohol me la jugara y me hiciera el trabajo. Claro que habría sido más fácil, pero no quería tratar un tema tan sensible estando bajo la influencia del alcohol.

—Quiero proponer un juego —comentó Gerardo, visiblemente borracho—. Quiero que cada uno de nosotros diga a qué famosas se follaría y qué haría con ellas.

Hubo risas. A mí me pareció un juego desagradable, además, como en Madrid no había tenido amigos masculinos y en Torrecamino apenas me juntaba con otros chicos que no fueran Jon, Luis o Carlos, no estaba acostumbrado a ese tipo de gandulerías masculinas.

Mis compañeros empezaron a nombrar actrices y cantantes de la época: Jennifer Aniston, Kylie Minogue, Michelle Pfeiffer, Christina Applegate... Yo nombré a esta última, porque era la que había mencionado también Jon.

Después de ese juego, Gerardo inició otra conversación donde quiso tirar de la lengua a los presentes y conocer su pasado sexual. Quiso saber quiénes eran vírgenes y quiénes no. Luis dijo que él lo había hecho con una chica a principios de curso, y todos nos reímos porque nadie le creyó. Después, el propio Gerardo mostró no tener abuela cuando dijo haber estado con la friolera de tres chicas distintas, de las cuales, dos eran mucho mayores que él. Jon reconoció su virginidad ante las risas de los presentes, a pesar de que a mí me pareció muy tierno y no vi nada gracioso en ello. Y, finalmente, llegó mi turno. Vi malicia en la mirada de Gerardo, y supe que había estado deseando llegar a ese momento.

—Dime, Hugo, ¿pudiste follarte a Helena? —me preguntó, mirándome fijamente a los ojos, sin siquiera pestañear.

El simple planteamiento de la pregunta ya sugería cosas. Hacía intuir que él no me veía capaz de acostarme con ella. No me gustaba airear ese tipo de intimidades, y mucho menos tal y como habían terminado las cosas con ella, pero no me achanté.

—Sí, claro que lo hicimos.

Aquellos quienes no conocían ese dato aplaudieron y vociferaron demasiado alto. Yo miré de refilón a la mesa de las chicas, esperando que no estuvieran escuchándonos. Por suerte, parecían concentradas en otros menesteres, riendo a carcajadas en una conversación que, seguramente, era mucho más agradable que el de nuestra mesa. Eché de menos salir con amigas femeninas.

—¿Y tan mal lo hacía que tuviste que romper con ella inmediatamente después? —me preguntó Gerardo, al escuchar mi respuesta.

Fruncí el ceño.

—No rompimos por eso.

—Entonces, ¿por qué fue? —me cuestionó. Su tono era serio y el resto del grupo comprendió que estaba insinuando algo que ellos no habían captado—. ¿Cómo es que la chica más guapa del insti se fija en ti, y tú te aburres de ella en tres meses? ¿No era tu tipo?

Estaba claramente borracho. Tomó otro largo trago sin apartar la mirada de mí. Comprendí entonces que, efectivamente, tenía serias dudas de mi heterosexualidad.

Aquel interrogatorio me dio mucha rabia. Estaba intentando exponerme frente a los demás, con la única intención de usar mi sexualidad como burla. Me estaba preguntando por cosas que no eran de su incumbencia.

«Qué hijo de puta».

Quizá fue el vino, que me aflojó la lengua, o quizá estaba harto de soportar las miradas de Gerardo en clase. El caso es que las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera procesarlas.

—Me sorprende que me tengas tan controlado, Gerardo, que hasta te conozcas mis tiempos con Helena. Cualquiera podría pensar que estabas deseando a que me quedara soltero. Pero ya te adelanto que no eres mi tipo, lo siento.

Hubo una carcajada generalizada mientras la cara de Gerardo se rompía y descomponía delante de todos. Supe distinguir la derrota en su rostro, dando por sentado que no solo había despejado cualquier duda que pudiera tener de mi heterosexualidad, sino que le había hecho quedar en ridículo.

Aceptó la derrota con deportividad y no insistió más, lo cual agradecí.

Al rato, cuando ya nos habíamos olvidado de aquella conversación, el dueño del bar elevó el volumen de la música y empezó a servir los primeros cubatas. Yo me pedí un *whisky* con cola, pero poco cargado. Me lo tomé sentado mientras observaba a la gente a mi alrededor relacionándose y pasando un buen rato.

En determinado momento, empezó a sonar *Poison*, de Alice Cooper. Una de mis canciones favoritas, la añadía siempre en mis cintas de mezclas. Y mientras mis labios apuraban el amargo néctar que me habían servido, mis ojos hicieron contacto con Jon, que se había puesto a hacer el tonto, bailando con Carlos.

Mientras observaba sus movimientos, poco rítmicos y torpes, atendí a la letra de la canción que tan bien me sabía. Mis ojos estaban fijos en él, y también mi corazón.

*I wanna love you but I better not touch
I want to hold you, but my senses tell me to stop
I wanna kiss you but I want it too much
I wanna taste you but your lips are venomous poison
You're poison running through my veins
You're poison*

Y, ciertamente, así era mi amor por él: era un veneno que me convenía evitar. Lo anhelaba con toda mi alma, pero las consecuencias de probarlo habrían sido fatídicas.

«Estoy enamorado de él», reflexioné, ante la lucidez que el alcohol me había brindado. Y no pude dejar de observarle durante un buen rato mientras él bailaba la canción y hacía el tonto.

Jon se sentó a mi lado rato después, estando yo mucho más ebrio de lo que me habría gustado.

—Le has dado una buena colleja antes a Gerardo —me dijo. Estaba ligeramente borracho, pero aún se le veía bastante decente—. Has hecho bien. ¿Crees de verdad que quizá se haya fijado en ti de esa manera?

—No. Estaba tomándole el pelo y ya está —dije, quitándole peso al asunto.

Jon observó a Gerardo en la distancia.

—No sé, yo siempre le he visto maneras, no sé si me entiendes —me dijo—. Le he cazado muchas veces mirándonos en clase, tanto a ti como a mí, no sé con qué intención. Dice que ha estado con muchas chicas, pero, casualmente, no conocemos a ninguna. ¿Sabes?, yo creo que es marica y que intenta disimularlo.

Escuché aquellas palabras estupefacto. Jon alguna vez había reído algún chiste o gracia homófoba, pero jamás había pronunciado nada parecido. Tampoco le había visto chismorrear sobre la sexualidad de nadie. Me pregunté si quizá el alcohol había sacado al verdadero Jon que había en su interior.

—Menos mal que no se sienta detrás de mí en clase o tendría que haberme puesto un corcho entre las nalgas —concluyó entre risas. Apuró la copa y se la acabó de un trago.

Aquellas palabras me sentaron como si me hubieran clavado un cuchillo afilado en el corazón.

La misma fuerza que momentos atrás me había animado a enfrentarme a Gerardo se apoderó de mí de nuevo y me dio esa pizca de valor que me había faltado siempre. Tal vez fuera el alcohol, o quizá la voz de Freddy Mercury, que cantaba en aquel momento *Show must go on* sobre nuestras cabezas. El caso es que observé a Jon como nunca había hecho, con furia en la mirada y los dientes apretados.

Había callado mucho durante el año pasado. Ya estaba cansado de hacerlo.

—¿Qué pasa? —me preguntó, sonriente—. ¿Te asusta tener un marica en clase?

—Que te jodan, Jon —dije—. Ha sido una mierda de comentario. ¿Sabes? Si es así como piensas, no quiero volver a saber nada de ti.

Me levanté y me fui, antes de que él pudiera reaccionar.

La melodiosa voz de Freddy Mercury fue quedándose atrás, apagándose poco a poco, a medida que mis pasos me llevaban al exterior del bar. Caminé por el sendero de tierra, de regreso al pueblo. El restaurante se encontraba junto a la carretera sur, a medio kilómetro del pueblo, y no había nada a nuestro alrededor aparte del propio bar. Solo un vasto pinar donde me había perdido en múltiples ocasiones con la bicicleta.

Mis ojos, como dos compuertas abiertas, dejaban fluir las lágrimas sin control ninguno. Mi respiración, nerviosa y agitada, dolía con fuerza en el pecho. Jamás habría esperado escuchar palabras tan hirientes por parte de Jon. Yo siempre había sospechado que, en el fondo, Jon podía ser tan homófobo como su padre, pero jamás me había dado motivos para pensarlo realmente. Es cierto que, en alguna ocasión, había reído chistes políticamente incorrectos, pero a veces ese tipo de comportamiento correspondía a la presión social y a mantener la pertenencia a determinados grupos. No obstante, escuchar aquel comentario sobre Gerardo me había dejado claro no solo que era heterosexual, sino que odiaba a los homosexuales tanto como Gabriel.

Me sentía como un estúpido, porque me había pasado el último año enamorado de un asqueroso y miserable ser que me veía como a algo que evitar.

—¡Espera! ¡Hugo!

Escuché su voz detrás de mí. Al principio, pensé que quizá me lo había imaginado, ya que estaba muy afectado y ligeramente borracho, pero me giré y le vi correr por la carretera tras de mí. Seguí andando, girando la vista al frente.

—¡Déjame en paz! ¡He dicho que no quiero volver a verte! —le grité.

—¡Hugo!

En su voz distinguí un tono de miedo, de ansiedad, de urgencia. Me alcanzó y me agarró por el brazo. Yo me deshice de su mano con un tirón y, de la brusquedad del gesto, caí contra la hierba del suelo. Rodé con cuidado por la ladera, en dirección al pinar. Apoyé las manos en el suelo para detener el avance, y me quedé jadeando, bocabajo.

Tenía la vista nublada debido al alcohol, y la oscuridad de la noche no ayudaba a que pudiera ver bien.

—¿Estás bien? —me preguntó, corriendo hasta mí y arrodillándose a mi lado.

Me giró y me quedé bocarriba, tendido en la hierba, con la respiración agitada.

—Eres un gilipollas y un homófobo —le dije.

Lloraba y no me escondía. Ya no me importaba nada. Que se pensara lo que quisiera, que sospechara todo lo que le apeteciera. No pensaba cortarme un pelo. Era el momento de dejar salir lo que llevaba guardando tanto tiempo en el pecho.

—Eres un gilipollas, y yo también —dije—. Yo también por no haberlo visto venir y por

haberme enamorado de ti. No eres más que otro homófobo gañán, como tu padre.

Me agarró por las muñecas y las empujó contra el suelo.

—¡Suéltame! —le pedí. ¿Acaso pensaba pegarme?

Para mi sorpresa, se abalanzó sobre mí y me besó en los labios.

Los gritos cesaron mientras nuestros labios se fundían en uno solo. Un coro de grillos, ciego testigo de aquel beso robado, se convirtió en la banda sonora de nuestro primer beso.

Estábamos sentados sobre la hierba, a unos quince metros de la carretera principal, sumidos en la oscuridad de la noche dentro del límite del pinar. Cada uno apoyaba su espalda sobre el tronco de un árbol. En silencio.

Aún recuerdo esa noche con pelos y señales. En mi mente, la llamo «la noche que cambió todo». Recuerdo que hacía muy buena temperatura, con el verano a punto de comenzar. Recuerdo que Jon tenía el cabello muy corto y que se le notaban mucho las entradas de la frente. También se le marcaba la diferencia de tonalidades en los brazos, a la altura de los abultados bíceps: rojo de mitad para abajo, blanco polar de mitad para arriba.

Recuerdo también que fue la primera vez que le vi vestido con algo que no era un chándal, pues se había puesto un vaquero para la cena. Y llevaba una camiseta de los Rolling Stones, un grupo cuya discografía habíamos escuchado enterita juntos en más de una ocasión.

Acabábamos de cumplir dieciocho y diecinueve años respectivamente, éramos jóvenes, inexpertos y acabábamos de darnos un beso. Nuestro primer beso. Sentíamos miedo, pero sabíamos que debíamos hablar de ello antes de que pasara el momento.

—¿Por qué me has besado? —le pregunté, tratando de iniciar la conversación.

No le miré a la cara. Era más fácil hablar si no tenía que mirarle a los ojos.

—No sé. Me ha apetecido.

Se movió para cambiarse de postura. En la lejanía, escuchamos unas voces, quizá nos estaban buscando nuestros compañeros de clase, que nos habían visto marchar a todo correr. Pero nosotros no teníamos prisa en ser encontrados.

Decidí tomar la iniciativa de la conversación y ser honesto con Jon por primera vez.

—Jon, soy gay. Me gustas prácticamente desde el día que te conocí y, aunque valoro mucho tu amistad y eres mi mejor amigo, también me gustaría que fueses algo más. Muchas veces me he preguntado si tú te sentías igual, pero... no me atrevía a contártelo. En Madrid me marginaban y no tenía amigos, me llamaban marica por salir con chicas. Y cuando mis padres descubrieron que efectivamente era gay, me mandaron aquí para que «se me quitara la tontería».

—Lo siento —dijo.

Supongo que, en ese momento, autocompletó la información que siempre le había faltado para comprender mejor mi mala relación con mis padres.

—El comentario que antes ha hecho Gerardo me ha dolido —continué—, porque creo que él sospecha que yo pueda ser gay. Le he devuelto el comentario como un dardo afilado solo para desviar cualquier sospecha que pudiera haber sobre mí, porque solo yo puedo decidir cuándo salgo del armario y con quién lo hago. Pero no pretendía hacer risa de la idea de la homosexualidad en sí. Tan solo quiero evitar volver a ser un marginado, volver a ser el chico al

que llaman marica. No puedo volver a la homofobia y al abuso. Si también me pasa aquí, ya no tendré ningún lugar en el que refugiarme.

—Te entiendo.

Nos quedamos en silencio un rato. Ahora era su momento para compartir, pero no quise meterle prisa. Jon necesitó más tiempo que yo, noté el esfuerzo que estaba haciendo por encontrar las palabras correctas. Finalmente, tras mucho buscar, dio con ellas.

—Yo no sé lo que soy. Quiero decir, nunca me habían interesado los chicos, pero contigo es como si...

—¿Sí? —le animé a seguir.

—Ya sabes que nunca he estado con ninguna chica —me dijo. Su voz, habitualmente grave y potente, se había convertido casi en un susurro—. Es porque nunca he sentido interés real por ninguna. Siempre que Luis o Carlos hablan de chicas, he hecho algún comentario sobre ellas, pero era fingido, todo apariencias. El caso es que tampoco había sentido nada por un chico nunca, ni siquiera por ellos dos, así que nunca me había planteado que pudiera ser homosexual, ni tampoco heterosexual. Creo que, sencillamente, asumí que no me gustaba nada.

—Hay una palabra para eso. Se llaman asexuales —dijo—. No sienten atracción sexual hacia ningún tipo de persona, aunque, a veces, pueden desarrollar atracción romántica. No sé mucho más del tema, la verdad. Nunca he conocido a ninguno.

—Pero todo cambió cuando te conocí a ti —dijo a continuación—. Ya sabes que me hice amigo tuyo muy rápido, y eso nunca me había pasado.

Recordé cuando Jon me había visitado en casa de mi abuela, al poco de comenzar el curso, diciéndome que era su mejor amigo y que me echaba de menos. Había sido cuando yo había intentado poner distancia de por medio, para evitar pillarme por él. Recordé también cuando su padre se había alegrado de que por fin tuviera un amigo, ya que, al parecer, nunca había tenido ese tipo de amistad con nadie más.

Ahora aquellas cosas cobraban más sentido.

—Al principio, no me di cuenta —siguió explicando—, pensé que, simplemente, eras un gran amigo para mí. Pero cuando te vi hablando con Helena en la cena de Navidad, yo... me puse muy celoso. Me engañé a mí mismo, me dije que tan solo temía perderte como amigo, pero, en el fondo, sabía que era algo más. Cuando me contabas que ibas a tener sexo con ella, yo me estaba muriendo por dentro.

—Lo siento, no me imaginaba que podía haberte hecho sentir mal —me disculpé.

Él negó con la cabeza, quitándole peso al asunto.

A nuestro alrededor, los grillos seguían entonando su rítmica melodía. Por lo demás, el bosque estaba completamente en silencio, como si fuésemos los únicos habitantes del planeta. En la oscuridad, distinguí su silueta, aún apoyado en el árbol y con la cabeza agachada, avergonzado. Lamenté que sintiera vergüenza al hablar sobre su sexualidad, pero lo cierto es que a mí me pasaba lo mismo. Ambos sentíamos que estábamos haciendo algo malo o, como poco, sentíamos como si fuésemos errores humanos solo por ser como éramos.

—Cuando me contaste que tenías problemas para tener sexo con ella, me planteé si quizá tú también sentías lo mismo que yo —me dijo—, pero seguías tan empeñado en intentarlo nuevamente, que descarté la idea. Y cuando finalmente lo hicisteis, asumí que eras heterosexual.

—Mierda, gestioné todo ese tema tan mal... —me lamenté. Ahora comprendía que mi relación con Helena no solo nos había afectado a ella y a mí. Por otro lado, me sentí genial al poder explicarme en voz alta por primera vez. Por poder abrirme en canal a mi mejor amigo—. Helena fue... un experimento. Sé que suena fatal, así que no se lo digas nunca, por favor, pero

quería descubrir si realmente uno puede dejar de ser gay. Mis padres me odiaban y la sociedad..., bueno, ya sabes, hay mucha gente que sostiene que los gais lo son por elección propia.

—Eso son bobadas —me dijo. Y por primera vez me miró a los ojos. Nos miramos fijamente, aunque estaba muy oscuro—. Son bobadas porque yo he intentado dejar de pensar en ti, y no he podido. Es superior a mí. Uno no elige por quién late su corazón. Estas últimas semanas contigo han sido como vivir dentro de un sueño del que no quiero despertar.

Sentí que me faltaba el aire. Estaba tan contento de escuchar aquellas palabras que sentí que podía echarme a llorar de felicidad.

—También para mí —admití—. Pero, entonces, el comentario que has hecho antes...

—Era parte de la tapadera —dijo. No se le veía muy orgulloso de sí mismo—. Como le habías pegado ese corte a Gerardo, estaba más convencido que nunca de que eras heterosexual, y no quería que sospechases de mí.

—Ya veo. Pues tu comentario me ha dolido.

—Lo siento.

—No pasa nada. Yo he dicho y hecho cosas peores por el mismo motivo, para esconderme.

La luna se había asomado a través de una gran nube gris, y ahora podía ver el rostro de Jon, al menos en parte.

—Es increíble lo que puede hacernos el miedo y la presión social —reflexioné—. ¿Somos gais homófobos? Joder.

Nos miramos en silencio. Sonreí. Sonrió. Éramos dos tontos dándose cuenta de que habían gestionado muy mal una situación que debería haber sido más sencilla. Nos habíamos estado escondiendo el uno del otro de manera innecesaria.

«Si tan solo la sociedad no fuera tan intolerante. Si tan solo nos hubieran enseñado desde niños que ser homosexual es normal. Si tan solo nuestras familias, en lugar de infundirnos odio, nos hubieran dado apoyo y enseñado a amarnos a nosotros mismos».

—Somos víctimas —dije en voz alta. Era casi más un pensamiento para mí mismo—. Claro que no quiero quitarle peso a las acciones que he tomado por decisión propia. Ha sido una combinación de ambas cosas...

—Yo he pasado mucho miedo —admitió Jon. De hecho, le temblaba la voz—. Hugo, las implicaciones de esto son...

—Lo sé —dije. Pensé en lo homófobo que era su padre, que había dejado de hablar a su propio hermano por ser homosexual. Me imaginé lo aterrado que Jon debía estar—. Pero no va a pasar nada, ¿vale? Además, ahora ya no estamos solos. Estamos juntos en esto.

Conseguí que sonriera. Le noté aliviado.

—¿Qué haremos ahora? —le pregunté.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —me preguntó él—. Toca seguir fingiendo, Hugo. Mi padre me echaría de casa si supiera que su hijo es maricón. No es una opción salir del armario. Eres la primera persona a la que se lo he contado y, posiblemente, la última. Pero necesito que guardes este secreto como uno tuyo, ¿vale? Dicen que no es posible guardar secretos en Torrecamino. Me gustaría que me demostraras que eso no es cierto.

Yo me sentí demasiado cansado, borracho y sobrecargado por los acontecimientos de la última hora, como para intentar razonar aquella reflexión con calma.

—Tu secreto está a salvo junto al mío —le garanticé—. Creo que ahora nos vendría bien dormir y reposar todo esto...

Nos pusimos en pie.

—Hugo, por favor, ni una palabra a nadie —me repitió.

Había terror en su mirada y súplica en su voz. Le vi de pie frente a mí, con lo grande que era, tan indefenso ante lo que le pasaba, tan asustado... No pude evitar sentir ternura. Caminé hasta él y lo abracé con fuerza. Era tan grande que casi no pude rodearle con los brazos.

—Connmigo siempre estarás a salvo —le dije.

Ambos lloramos en silencio, tratando de que el otro no lo notara, pero a sabiendas de que ambos lo hacíamos.

Al menos ya no llorábamos solos.

Me pasé el domingo soñando despierto, tumbado sobre mi cama. Me pregunté si era buena idea ir a ver a Jon, quizá se sentía avergonzado por lo que habíamos estado hablando, animados por el alcohol y el calor del momento. Decidí darle tiempo y esperar a que él me contactara a mí cuando se sintiera cómodo.

Recordé el beso y me llevé una mano a los labios. Toqué ahí donde me había besado. Lamenté haber estado muy nervioso y ligeramente ebrio, ya que, por culpa de ello, no pude sentir mucho el tacto de nuestros labios.

«Quizá haya otros besos», pensé.

Que hubiera reconocido que sentía algo por mí no garantizaba que Jon quisiera iniciar una relación conmigo. Le había visto muy asustado por las implicaciones que su posible homosexualidad tenía. Además, nuestros casos eran muy distintos, yo sabía que era gay desde hacía años, y ya me había fijado en multitud de chicos. Él, al parecer, no se había dado cuenta hasta conocerme a mí. Quizá aún no tenía sus sentimientos claros y no estaba convencido de ser gay.

Intenté no pensar en ello más de la cuenta, no tenía sentido que me montara distintos escenarios en mi cabeza hasta que no tuviera ocasión de hablarlo más con él. Lo que teníamos que hacer era esclarecer el asunto juntos, retomando nuestra conversación en un entorno más seguro y sin alcohol de por medio.

Desgraciadamente, Jon se pasó los siguientes días rehuyéndome.

Aún quedaban dos semanas de clase, aunque los exámenes finales ya habían acabado. Cerrábamos materias y profundizábamos en áreas donde no habíamos tenido tiempo durante el curso para hacerlo. También tuvimos algunas clases prácticas, con profesionales de la telecomunicación que vinieron de visita. Pero el ambiente general era más relajado y la gente estaba tranquila, a excepción de los compañeros que habían suspendido alguna asignatura y que tenían que recuperarla. Por suerte, no era mi caso, tampoco el de Jon, pues ambos habíamos pasado con suficiente nota para conseguir la titulación de Técnico de Telecomunicaciones.

Intenté hablar con él durante algún recreo, pero tanto Luis como Carlos se nos habían unido todos los días. Le pedí que fuésemos a tomar algo a solas después de clase, pero me vino con excusas.

—Es temporada de sembrado, no puedo dejar a mi padre solo —había dicho sin apenas atreverse a mirarme a los ojos.

Un día me planteé visitarle en su casa y ayudarles a él y a su padre con el sembrado, aprovechando de esa forma para buscar la oportunidad de hablar con él, pero supuse que se

pondría muy nervioso si aparecía en su casa de repente. Era evidente que no estaba manejando la situación bien. Posiblemente, se arrepentía de haberme abierto su corazón y temía que su secreto hubiera sido expuesto.

Me lo imaginé pasando las noches en vela, incapaz de dormir, por el remordimiento de haber hablado más de la cuenta. Y yo tan solo quería transmitirle confianza y asegurarle que no tenía nada que temer, pero él no me daba una oportunidad para hacerlo.

Finalmente, encontré una manera de hablar con él. Tuvo que ser a la fuerza.

Era el primer sábado después de que hubieran terminado las clases. Le llamé a su casa y me cogió Gabriel, a quien le di los buenos días y le dije que necesitaba hablar con Jon.

—¿Sí? —dijo él, al ponerse al aparato.

—Ven al molino viejo en media hora. Jon, tenemos que hablar. Si no vienes, voy a tener que ir a verte a tu casa. No es una amenaza, tan solo quiero que podamos terminar la conversación que tenemos pendiente.

No me gustaba tener que ser tan directo, pero si dejaba que el tiempo siguiera avanzando sin aclarar lo que habíamos hablado aquella noche, el ambiente se iría enrareciendo cada vez más. Además, el curso había terminado y yo no sabía qué pasaría conmigo a continuación. ¿Regresaría a Madrid? ¿Me quedaría otro año en el pueblo?

Jon guardó silencio unos instantes.

—Está bien —dijo finalmente—, ahí estaré.

Nos reunimos en el mismo lugar donde había roto con Helena. Era un lugar perfecto para tener una conversación íntima, ya que quedaba alejado del pueblo y, además, la única manera de alcanzarlo era ascender por un sendero hasta la cima de la colina, desde la cual había buena visibilidad del sendero. Siendo así, nadie nos sorprendería en medio de la conversación.

Las ruinas estaban a medio camino desde Torrecamino y la granja de Jon, por lo que ambos tardamos lo mismo en llegar.

Noté a Jon con muy mala cara, se le veía pálido y tenía ojeras. Intuí que mis sospechas sobre sus noches en vela debían ser ciertas. Llevaba el cabello castaño desordenado e, incluso, me pareció que había adelgazado un poco, aunque eso se debía posiblemente a que se encontraban en plena siembra en la granja, y estaba haciendo más ejercicio de lo habitual.

—Hola —me dijo mientras aparcaba su bici en el suelo, junto a la mía.

—¿Por qué me estás esquivando, Jon? —le pregunté. Intenté ser agradable y mantener la calma, pero estaba dolido y no podía evitar que se notara—. A principios del curso me recriminaste cuando yo me distancié de ti, porque me echabas de menos, lo cual, por cierto, hice porque me había empezado a enamorar de ti y necesitaba poner distancia. Y ahora tú me haces lo mismo a mí, después de que la otra noche prácticamente me declarases tu amor.

—Bueno, tampoco te declararé nada. —No era capaz de mirarme a la cara. Se llevó una mano a la nuca y se frotó, distraído—. Igual no me entendiste bien.

—No. No me vas a hacer esto —le advertí—. No vas a negar lo que pasó la otra noche ni vas a achacarlo al alcohol. Jon, mírame a la cara, por favor.

Con la cabeza agachada, el sol arrancaba destellos rubios de su cabello castaño. Alzó la vista y, finalmente, se atrevió a mirarme. Nuestros ojos se buscaron mutuamente, transmitiendo infinidad de sentimientos con aquel sencillo gesto.

—Te quiero —le dije—. Sé que suena cursi, y que asusta, pero es cierto. Llevo todo el año pendiente de ti, solo pienso en ti, y daría la vida por otro beso contigo. Necesito saber si tú

sientes lo mismo, porque, si no es así, necesito pasar página de una vez por todas. Pero no puedes jugar conmigo al gato y al ratón.

Me miró, meditativo. Podía ver sus miedos reflejados en la expresión de su rostro.

—Nadie tiene por qué saberlo —le aseguré—. Nadie tiene por qué meterse en una relación privada. Es entre tú y yo. Llevo toda mi vida viviendo la vida que los demás querían para mí, tan solo quiero empezar a vivir una vida que verdaderamente me haga feliz. ¿Es tanto pedir?

Noté que me había puesto a llorar, no supe cuándo. Supongo que, al dejar salir todas aquellas emociones, me había venido abajo. Jon me miró con tristeza, quizá se sintió mal por haberme hecho llorar. Caminó hacia mí lentamente y me cogió de la mano. Sentí el tacto de sus ásperas manos en mi piel. Nos habíamos tocado muchas veces, pero siempre habían sido gestos superficiales y nunca tan cariñosos.

—Yo también quiero vivir la vida que deseo —me dijo, prácticamente, susurrando, como si le diera miedo decir sus deseos en voz alta—. Pero hay tantas cosas que temo...

—Cuando estemos solos tú y yo, solo existiremos nosotros, ¿vale? Deja a un lado el resto del mundo, deja a un lado a tu familia y a la mía, a los compañeros de clase, a cualquier otra cosa que no seamos tú y yo. Solo existimos nosotros dos.

—Solo existimos nosotros dos —me dijo, asintiendo.

Dio otro paso hacia mí. Tomé su otra mano también. Estábamos muy cerca.

—Entonces, Jon, si solo existimos tú y yo, ¿qué es lo que quieres hacer?

Nuestros ojos se miraron con deseo. Yo sentía mi corazón latir con fuerza en el pecho, pero intenté mostrarme en calma para darle seguridad a él. Avanzó otro paso, hasta que nuestros cuerpos estaban rozándose. Noté la inmensidad de su voluminoso cuerpo frente al mío, mucho más menudo. Me puso una mano en la nuca, y yo rodeé su cintura. Se acercó un último paso para que nuestros labios hicieran contacto. Y al fin llegó: el beso soñado.

Ni en mil noches de dulce sueño habría podido soñar con un beso más perfecto que aquel. Estábamos solos en el mundo, con nuestros cuerpos unidos y nuestros labios convertidos en uno solo. Nuestras lenguas danzaban con pasión mientras aspirábamos el aroma del otro. Sentía su respiración agitada, haciendo temblar su pecho y todo su ser. Yo quise sentirlo aún más cerca de mí y lo agarré con fuerza por los hombros, empujándolo hacia mí. Él me dejó llevar la iniciativa y obedeció arrojándose más. Sus manos se apoyaban ahora en los costados de mi cara mientras yo lo abrazaba con fuerza por la espalda.

Seguimos besándonos durante largos minutos, desatando nuestros más primarios instintos en aquel gesto tan esperado por ambos. Y cuando finalmente interrumpimos el beso, nos quedamos con mi frente unida a su barbilla y nuestros cuerpos fusionados en un cálido abrazo.

—Yo también te quiero —me dijo, finalmente.

Sonreí, cerré los ojos y me permití disfrutar de ese momento.

Recordé todas las noches en vela, preguntándome cuál era mi lugar en el mundo. Pensé en todos los días de abuso que había vivido en mi anterior instituto, en todos los reproches que mi familia había vertido sobre mí desde el odio, pensé en todos los comentarios hirientes que había sufrido, y también en la vez que había tenido sexo con Helena por presión. Recordé mi torpeza con ella, mis movimientos mecánicos y poco naturales, tan irreales como incómodos, y los comparé con este momento de perfección.

«Esto es», lo supe con certeza, a punto de echarme a llorar. «Esto es vivir de verdad».

Era verano. El sol irradiaba sobre nuestras cabezas, y la brisa transportaba cálidos aromas a lavanda. Las cigarras cantaban, incansables, inundando los campos dorados de la Rioja Alavesa con su cántico. Jon y yo pedaleábamos junto a un viñado que atravesaba el valle de lado a lado. Llevábamos camisetas de manga corta, bermudas veraniegas y playeras de colorines. Mi cabello, que había crecido ya casi hasta la altura de los hombros, bailaba con el viento. Jon giraba la vista hacia atrás continuamente, asegurándose de que yo le seguía de cerca. Cada vez que nuestros ojos hacían contacto, él sonreía, y yo también, contagiado por la misma felicidad.

¿Qué más le podía pedir a la vida?

Nos tendimos junto a un arroyo, en un lugar cercano a Vitoria al que llamaban Puenteviejo, ya que, en antaño, había un puente de madera que atravesaba el arroyo de lado a lado, pero una crecida se había llevado la estructura por delante varias décadas atrás.

Habíamos dejado las bicicletas apoyadas contra una cerca de madera que antes pertenecía al puente, y nos habíamos tendido en el suelo, bocarriba, observando el impoluto cielo azul, donde no se veía ni una sola nube. Yo masajeara el cabello de Jon con una mano, el cual se había vuelto prácticamente rubio debido al sol.

—Ojalá siempre fuese verano —dijo él, meditativo. Me tomó de la mano, y se la acaricié con gusto.

—El verano acabará —le dije—, todo se acaba.

Me miró de refilón y pude notar que quería preguntarme algo, pero dejé que se tomara el tiempo que necesitara para formular la pregunta. Finalmente, se apoyó sobre el codo para recostarse y me la formuló:

—Dime, Hugo, ahora que han terminado las clases, ¿te volverás a Madrid?

Me encogí de hombros.

—Mis padres no me quieren ahí. Bueno, es cierto que nuestra relación ha mejorado desde que salí con Helena, pero si se piensan que ahora de repente soy heterosexual, estarán muy decepcionados.

—¿No les contarás...?

—No, tranquilo, no les diré que ahora tengo novio.

Sonrió al escuchar aquella palabra, y yo también. Habíamos estado hablando de ello el día antes mientras tomábamos el sol en ropa interior junto al embalse al norte de Torrecamino. Yo le había preguntado si quería ser mi novio, y él me había dicho que sí, pero solo en la clandestinidad. Yo le había garantizado que nadie lo sabría, que el resto nos vería únicamente como dos buenos amigos, y él había aceptado los términos.

—Pero sí que pienso contarles que soy gay —aclaré—. Eso tienen que saberlo. Lo que hagan después ellos con esa información ya no es cosa mía.

—Eres muy valiente... —comentó él—. Entonces, ¿te quedarás en el pueblo?

—Supongo —dije, sonriendo—, ¿tú quieres que me quede?

—Claro, joder.

Nos echamos a reír.

—Pero me daba miedo que te quisieras volver a Madrid después del verano, por eso preguntaba.

—Bueno, Jon, no puedo saber lo que haré dentro de tres meses o tres años. Pero no puedo dejar que eso me limite. Hoy, en este momento, estoy aquí, contigo, es lo único que sé a ciencia cierta. Hay que aprovechar el ahora sin pensar en cómo se traducirá eso mañana, de otra forma, nunca viviremos el presente.

Asintió, al parecer, conforme con lo que había dicho.

—Y, dime, Hugo, ¿qué es lo que quieres hacer aquí y ahora? ¿Cómo quieres vivir este presente?

—¿Sinceramente? —Me fijé en él. Se acababa de perfilar la barba y estaba increíblemente mono—. Ahora mismo lo único que me apetece es quitarte la ropa y comerte entero.

Soltó una carcajada que me pareció muy tierna.

—Pues no te cortes —me dijo, sonrojándose.

—¿Seguro? —le pregunté. Aún no habíamos tenido sexo.

—Sí —me respondió con un susurro.

Me abalancé sobre él, le tumbé en el suelo nuevamente, y me subí sobre su regazo. Empecé a comerle la boca, al principio, lento, después con creciente pasión. Después, mis manos empezaron a pasear por su cuerpo, manoseando todos aquellos recovecos que me había aprendido de memoria el último año, y que conocía casi como la palma de mi mano.

Le magreé los pectorales, encontrándome con que estaban más flácidos de lo que parecía, pero aquello no me echó para atrás, él me gustaba tal y como era. También manoseé sus grandes brazos y el peludo abdomen que escondía bajo la camiseta. Él me agarró las nalgas con las dos manos mientras yo seguía besándole, y empezó a masajearme los glúteos, cada vez más intensamente. Yo sentía su erección contra mi propia bragueta.

Me aparté de él y le susurré al oído.

—¿Quieres que hagamos...?

—No sé si puedo hacer «eso» —me dijo—. Me da un poco de respeto y creo que requiere bastante preparación. Pero hay otras cosas que podemos hacer.

—Claro que sí.

Yo lo único que quería era sentir su cuerpo desnudo contra el mío, no necesitaba nada más.

Le quité la camiseta, mientras él seguía tendido en el suelo, y lamí sus pezones. Él emitió un pequeño gruñido de placer. Después, le bajé los pantalones, encontrándome con unos *slips* blancos donde su erección se marcaba con intensidad. Observé sus gigantescos muslos y los acaricié con delicadeza. Después, tras confirmar con él a través de un gesto que le parecía bien, le bajé los calzoncillos. Su pene salió a la luz, erecto y listo para la fiesta. Lo agarré con una mano y sentí cómo me transmitía su calor en la palma de mi mano. Yo estaba tan excitado que sentí que podía alcanzar el clímax en ese mismo instante, pero meforcé por aguantar más.

Agarré su miembro y empecé a darle placer con suavidad.

—No creo que dure mucho... —me advirtió, con la voz convertida en un gemido.

Me hizo feliz ver cómo le hacía sentir. Le ayudé a alcanzar el clímax, y quedé maravillado al

ver la explosión de placer.

—Vaya, no te has quedado corto... —comenté.

—Ahora tú —me dijo, con el aliento interrumpido.

Me tumbó en la hierba y repitió todos los pasos que yo había hecho consigo. Me desnudó, disfrutando de cada esquina de mi cuerpo para recrearse en ella. Me besó en el pecho y en el ombligo, me metió mano entre las piernas, y mostró especial interés por mi culo, aunque no se atrevió a profundizar mucho en aquel territorio. Finalmente, descubrió mi pene, el cual estaba a punto de reventar, y pareció quedar maravillado por lo que encontró.

—Vaya, hasta ahora había pensado que yo era el grande —comentó, con una risa.

—Y lo eres en casi todo. —Le guiñé un ojo.

Jon fue más allá de lo que había ido yo, y se atrevió a darme placer con la boca.

—Voy a acabar enseguida... —le advertí.

No le importó. Terminó con la boca mientras yo cerraba los ojos y hundía mi mano en su corta cabellera, extasiado por haber cumplido una de mis fantasías recurrentes.

Cuando ambos hubimos acabado, nos tumbamos en el suelo, uno encima del otro, completamente desnudos.

—Te quiero —le dije.

—Te quiero —me dijo él.

Habiendo satisfecho nuestras necesidades más carnales, compartimos un tierno beso de amor. Los roncosp graznidos de las garzas que buscaban comida en el arroyo nos habían acompañado durante todo el encuentro. Y siguieron graznando después mientras nos tendíamos en el suelo, desnudos y abrazados.

No me hubiera importado quedarme a vivir allí, en aquel momento y lugar, eternamente. Con *Forever young* de Alphaville acompañando nuestro momento eterno. Pero la maravilla del presente no solo reside en vivir el ahora, también está en la fugacidad de las cosas y en que todo termina, de otra forma, no podríamos valorar la belleza en aquello que tenemos hoy y que podríamos perder mañana.

Y yo no intuía que mi historia con Jon, desgraciadamente, estaba más cerca de su fin de lo que ninguno de los dos hubiera deseado.

1 de julio de 1998

Había pasado un año exacto de mi llegada a Torrecamino cuando recibí una visita inesperada.

Yo me encontraba pasando la fregona en el patio de mi abuela cuando distinguí un coche muy similar al de mi padre, pasando calle arriba. No le di importancia, hasta que escuché que aparcaba cerca.

«No me digas que son ellos».

Al rato, escuché a mi abuela gritar de alegría, con entusiasmo, y supe que debían ser, indudablemente, mis padres. Me sorprendió, pues no nos visitaban desde que mi padre había aparecido a principios de año para felicitarme por mi relación con Helena. Terminé de recoger el patio y atravesé la vivienda hasta el vestíbulo, sin muchas ganas de encontrarme con ellos.

—Hola, Hugo —dijo mi madre, saludándome con una escueta sonrisa—. Qué moreno estás.

Le vi algo distinto desde el principio, no parecía la misma mujer que siempre. Supuse que se debía al hecho de que llevaba seis meses sin verla, concretamente, desde el fiasco de navidades.

—Hola, mamá.

La saludé con un beso. Acto seguido, entró mi padre, que cojeaba más que nunca y llevaba una muleta en una mano. Me impactó verle tan debilitado. El hombre al que tanto había temido y que tan agresivo se había mostrado siempre se reflejaba ahora como alguien frágil.

—Papá, ¿te encuentras bien?

—Pronto estaré mejor —me dijo—. El lunes que viene me operan y, si todo sale bien, me curaré de la lesión para siempre.

—Vaya, esa es una gran noticia —dije. Intuí que su visita debía de estar relacionada con aquella operación. Quizá estaba asustado por las posibles complicaciones de la cirugía y quería hacer las paces conmigo, por si acaso la cosa salía mal.

Nos quedamos de pie, sin saber qué más decir.

—Hijo, hemos venido a hablar contigo —dijo mi madre.

—Os voy a dejar solos para que habléis —comentó mi abuela, dirigiéndose al patio—. Pero una cosa te voy a decir, Jorge —miró a mi padre con dureza—, mi nieto es una joya de chaval, y no ha hecho nada malo por ser como es. Si tú no le quieres en casa por ser un antiguo, yo le acogeré aquí todo el tiempo que él quiera. Esta es la casa de Hugo.

—Descuida, mamá... —dijo mi padre, incomodado.

Observé a mi abuela salir al patio, preguntándome hasta qué punto conocía mi secreto. Nunca habíamos hablado de ello, pero mis padres lo sabían, así que era posible que se lo hubieran contado. O quizá lo había deducido ella sola, a medida que me iba conociendo. El caso es que, con aquel comentario, me quedó claro que sabía más de lo que yo había pensado. Me sentí agradecido por sus cálidas palabras y por haber salido en mi defensa.

—Sentémonos —nos invitó mi madre, caminando hacia el salón.

Nos sentamos en el sofá, en la misma disposición que la pasada Navidad. Mi padre resopló al sentarse por fin y poder liberarse de la muleta. Mi madre observó el salón con curiosidad, la noté risueña e, incluso, contenta, algo que jamás había visto en ella.

—Mamá, ¿te estás medicando? —le pregunté, sospechando de su actitud curiosa.

—Así es cariño, estoy a tratamiento —dijo, con una sonrisa.

«Vale, eso lo explica».

—No es lo que crees, Hugo —me aclaró mi padre—. Tu madre está tomando pastillas para la ansiedad, pero ya está mucho mejor. Ha estado yendo al psicólogo. Bueno, en realidad, estamos yendo los dos. Hace unos dos meses que empezamos.

Me sorprendió. No había pensado que mis padres tuvieran la madurez emocional requerida para someterse a terapia psicológica. Imaginé que no debía haber sido fácil tomar esa decisión.

—Cuando tu abuela nos contó que ya no andabas con esa muchacha, Elvira...

—Helena —le corregí.

—Helena —se corrigió mi padre—. Bueno, que cuando nos contó que ya no andabas con ella, supusimos que lo habías estado intentando, y que no había sido posible cambiar tu..., ya sabes, tu orientación sexual.

—¿Te acuerdas de mi prima Sofía? ¿La de Gran Canaria? —me preguntó mi madre. La observé con preocupación, preguntándome a qué venía eso de repente. Quizá los ansiolíticos que estaba tomando eran más fuertes de lo que pensaba—. Estuvo visitándonos en marzo, y nos contó que su hija la mayor es lesbiana y que tiene pareja. Nos habló tan bien de ella y estaba tan orgullosa de la mujer que era, que nos dimos cuenta de que la homosexualidad de un hijo no debería ser una barrera para unos padres. No si hay amor.

Escuché aquello perplejo. Mis padres habían evolucionado. Mucho. Era sorprendente escucharlo.

—Aún nos queda mucho por aprender —dijo mi padre, avergonzado—, pero queríamos hacerte saber que estamos dispuestos a hacerlo. Queremos recuperar la relación contigo y aprender a ser una familia, todos juntos. No sé qué pasará el lunes que viene con mi operación, y no quiero irme al otro barrio y que mi único hijo me recuerde como a un cavernícola.

—No digas esas cosas, Jorge, la operación irá bien —dijo mi madre, aunque parecía tan preocupada como él.

—No sé muy bien qué decir... —dije, con los ojos humedecidos.

—Hugo, queremos recuperarte —dijo mi madre, con lamento cargado en su voz. Parecía triste—. Sé que no hemos sido los mejores padres, pero, en mi defensa, diré que todos los que tienen hijos se equivocan en algún momento. Además, la sociedad dice muchas cosas sobre la homosexualidad y teníamos ideas preconcebidas. Creíamos que ser gay era algo de lo que avergonzarse, algo que esconder y tratar de corregir. Incluso creíamos que era pecado. El doctor Octavio nos está tratando y nos ha enseñado que un gay puede tener una vida normal y corriente, tanto como un heterosexual.

—Pues claro que podemos —dije. Pero no me enfadé ante su evidente conclusión, mis padres

habían hecho un gran esfuerzo y quería agradecerse—. El solo hecho de que hayáis empezado a ir a terapia para entenderme mejor es...

No encontré las palabras. Rompí a llorar. Me dio vergüenza, pero así lo sentí. Había sido un año muy duro, sintiendo que mi propia sangre me daba la espalda.

Mi madre se sentó a mi lado y me colocó una mano en la espalda. No llegó a ser un abrazo, pero jamás había sido tan afectiva como entonces. Intuí que el doctor Octavio estaba haciendo un buen trabajo.

—Intentaremos ser mejores padres, te lo prometo —me susurró al oído.

—Mis intenciones eran buenas —comentó mi padre, disculpándose—. De verdad que creí que un cambio de aires podía hacerte cambiar. Cuando yo era un zagal, no había maricones en el pueblo.

—Ahora se dice gais. Maricón tiene connotaciones negativas —le recordó mi madre.

Aún se les veía muy forzados y muy poco naturales ante la situación, pero al menos estaban dispuestos a mejorar y a cambiar. Eso era todo lo que podían hacer, y era más que suficiente para hacerme feliz.

Hablé largo y tendido con mis padres. No quise abrumarles con demasiada información, así que me ahorré muchas cosas. Tampoco quería que supieran lo mal que me había sentido este último año y que se sintieran culpables por ello. Les resumí brevemente mis intentos con Helena y les expliqué que mis sentimientos hacia otros chicos no habían cambiado.

—¿Y has conocido algún chico especial en el pueblo? —Quiso saber mi madre. Se le vio avergonzada y muy forzada, y mi padre cambió de postura, visiblemente incómodo. Comprendí que aún necesitaban más tiempo para llevar ese tipo de conversaciones con normalidad.

Dudé sobre mi respuesta, puesto que ardía en deseos de hablarles de Jon. Quería que lo conocieran y vieran lo especial que era. No obstante, había hecho una promesa y necesitaba cumplirla.

—No, todavía no he estado con nadie —dije—. Quizá algún día.

—Es que en el pueblo no hay... homosexuales —añadió mi padre, sujetando la muleta sobre sus rodillas—. Por eso queremos que vuelvas con nosotros a Madrid, Hugo. No tiene sentido que estés aquí, desperdiciando tu futuro, yo mismo me marché de Torrecamino porque quería convertirme en un hombre de provecho para la sociedad. Si vuelves a Madrid, imagino que, bueno, que también tendrás más oportunidades de conocer a chicos. Aunque no hay prisa, primero céntrate en lo que quieras estudiar.

Sonreí. Ver el esfuerzo que estaban haciendo por normalizar mi sexualidad e invitarme otra vez a sus vidas, me hacía feliz. Es cierto que les había odiado y les había criticado por ser culpables de gran parte de mis penas, pero eran mis padres y los quería a pesar de todo. Y no sé hasta qué punto puede uno culpar a sus padres de ser víctimas de una sociedad homófoba. Ellos tan solo habían repetido las consignas que se les habían dictado.

Si tan solo alguien les hubiera enseñado a respetar al diferente, en lugar de a odiarlo, mi relación con ellos habría sido muy distinta.

—El doctor Octavio cree que será bueno tenerte en casa, para que nuestra relación se normalice —añadió mi madre—. Pero la decisión es tuya, Hugo. Dinos, ¿quieres venirte a Madrid?

Mi mente se llenó de pensamientos contradictorios.

Por un lado, volver a Madrid era algo que había deseado desde mi misma llegada a

Torrecamino. Allí podría estudiar algo que verdaderamente me gustara o, en el peor de los casos, trabajar y ganar dinero. Quería mezclarme en el ambiente nocturno, en los barrios frecuentados por homosexuales, para poder abrirme y seguir conociéndome a mí mismo. Había recorrido un largo camino hasta el punto en el que por fin me sentía cómodo y seguro sobre mi propia sexualidad, no podía detener mi avance ahora.

«No quiero volver dentro del armario, a la clandestinidad...».

Pensé en Jon y en su terrible miedo a salir del armario. Su situación era distinta, claro, su padre era un homófobo empedernido. Alguien que en treinta años no había sido capaz de hacer las paces con su hermano solo porque este era gay, no consentiría que su hijo también lo fuera.

Yo amaba a Jon, quería seguir saliendo con él e, incluso, fantaseaba con la idea de construir mi vida junto a él, pero no parecía ser lo que él me ofrecía. Jon me ofrecía una vida en la sombra, a escondidas, ocultos de la mirada pública. Y lo que yo realmente había deseado por encima de todas las cosas, incluso más que a él, era vivir una vida normal que me hiciera feliz.

Aquella noche tuve que tomar la decisión más difícil de mi corta vida. Me llevó varias horas, pero, finalmente, escuché a mi corazón y descubrí qué era lo que realmente deseaba.

Quedé con Jon al día siguiente, en nuestro escondite habitual: el viejo molino. Nos saludamos con un beso pasional, después de haber comprobado que no había nadie en los alrededores, como siempre.

—Mi padre está superpesado —me dijo, sentándose a mi lado, sobre el muro de piedra que antes pertenecía al molino—. Dice que quiere comprar más hectáreas, pero no quiere contratar a nadie para trabajarlas. Y yo le he dicho que entre los dos hacemos mucho, pero que no damos para más.

—Escucha, Jon, tengo que contarte algo —le interrumpí. Consideré que mi noticia era más importante.

Se calló y me escuchó atentamente.

—Ayer vinieron mis padres de visita. Estuve hablando con ellos y..., bueno, resulta que están yendo a un psicólogo y que están aprendiendo más sobre homosexualidad.

—Vaya, no habría pensado que tus padres se implicaran tanto.

—Yo tampoco, francamente —le reconocí—. El caso es que les veo comprometidos. Están dispuestos a retomar nuestra relación y a comprender qué significa mi sexualidad.

—Nunca es tarde, supongo —bromeó Jon.

Sonreí. Después me puse más serio, antes de seguir:

—Jon, me han ofrecido volver a Madrid con ellos. Dicen que es importante para su terapia.

—¿A Madrid? ¿Cuándo?

—El domingo. Van a quedarse esta semana en la casa rural de La Paca, porque en casa de mi abuela no hay sitio para todos. No pueden quedarse más porque mi padre se opera el lunes. Creo que, en parte, han querido hacer las paces por eso, veo a mi padre asustado con la cirugía. El caso es que quieren que vaya con ellos.

Jon tragó saliva. Observé su expresión, la cual dibujaba una mezcla entre miedo y estupefacción.

—Así, de repente... ¿Y qué les has dicho?

Respiré hondo antes de contestar.

—No ha sido fácil, he tenido que pensarlo mucho. Pero, al final, les he dicho que sí.

—Ya veo...

Se puso nervioso. Se levantó y caminó a mi alrededor, pensativo. Vi los engranajes de su cabeza girar a toda velocidad, calculando las implicaciones que esto tenía para nosotros. Le dejé pensar. Cuando volvió a dirigirse a mí, parecía a punto de echarse a llorar.

—Creía que nos queríamos y que estábamos bien.

—Te quiero más de lo que he querido a nadie —le reconocí—, pero también quiero esto. Son

mis padres, Jon. Tengo la oportunidad de recuperarlos, y ellos están poniendo de su parte.

—Con todo lo que te han hecho, ¿cómo puedes ponerles por encima de mí?

—No les pongo por encima de ti —aclaré. Hice un gran esfuerzo por no elevar la voz. No quería que la conversación se volviera hostil—. Pero, Jon, ¿qué futuro tengo contigo en el pueblo? Dime, ¿qué será de nosotros en dos años? ¿Lo has pensado? ¿Seguiremos viéndonos a escondidas, como si estuviésemos haciendo algo ilegal? ¿Y qué trabajo voy a encontrar yo aquí?

—Podrías venir a la granja, con mi padre...

—No. No pienso vivir bajo el mismo techo que tu padre.

Se puso nervioso. Se desordenó el cabello y volvió a sentarse, pero de espaldas a mí.

—¿Y qué pasa con aquello de vivir el presente? —me preguntó—. ¿Qué me dices ahora de aquello de disfrutar el hoy y el ahora, sin pensar en el mañana? ¿Por qué te preocupa tanto el futuro?

Asentí lentamente.

—Sí, quiero vivir el ahora —dije con calma—. Pero, por encima de eso, quiero vivir a secas. Y lo que tú me ofreces aquí, en Torrecamino, no es vida. Sería distinto si salieras del armario, entonces podríamos pensar juntos en...

—Eso no va a pasar —me interrumpió.

Lamenté haber herido sus sentimientos, pero no había dicho ninguna mentira.

—Jon, yo ya me he deshecho del armario y no tengo ganas de volver a él, creo que hasta mi abuela sabe lo mío. Si vuelvo a Madrid, voy a tener la oportunidad de seguir aprendiendo quién soy y de descubrir quién quiero ser en la vida. Mis padres me han hecho muchas putadas, sí, pero ahora están poniendo de su parte y están cambiando.

—Esa es la diferencia, que mi padre no va a cambiar —me dijo. Distinguí rencor en su voz—. Me acusas de ofrecerte solo una relación clandestina, pero no entiendes mi situación. Tus padres te aceptan, pero el mío me echaría de casa si sospechara algo. Salir del armario no es una opción para mí.

—Ni lo será para mí si me quedo contigo —dije con un hilo de voz. Ese era el problema. Ese era el meollo de la cuestión, a donde quería llegar yo—. No es una elección entre mis padres y tú, es una elección entre vivir mi vida con libertad o hacerlo a escondidas. ¿Qué mensaje les daré a mis padres, ahora que están aprendiendo a tolerar la homosexualidad, si me quedo en el pueblo y me encierro en el armario? ¿Qué pensarán si me escondo como si me avergonzara de ser quien soy? Te quiero, Jon, pero me estás pidiendo que retroceda, y me ha costado mucho aceptarme y llegar hasta aquí.

»No puedo seguir viviendo con angustia en el pecho todos los días, no puedo seguir controlando mis miradas y mis palabras hacia ti, por si Gerardo o alguien más distingue algo especial. ¿Es que no te das cuenta? Si me quedo, va a ser cuestión de tiempo que explote. Y si exploto, quizá también te afecte a ti. Lo nuestro, en ese contexto, no va a tener un final feliz.

Se tapó la cara con las manos. Alargué un brazo y le coloqué mi mano en la espalda, pero se levantó y se alejó de mí.

—Pero hay una solución —le dije—. La única manera que existe de que nuestra historia pueda terminar bien. ¿Por qué no te vienes conmigo?

—¿Irme a Madrid?

—Puedes decirle a tu padre que vamos a estudiar juntos, y que seremos compañeros de piso. En Madrid podemos vivir en libertad, hacer nuestra vida con normalidad, sin escondernos. A mis padres no hará falta mentirles. No sabes cómo es la capital, es mucho más abierta de mente y tolerante que el pueblo. Allí conoceremos otros chicos como nosotros, haremos amigos, y

podremos hacer planes de pareja normales, como ir al cine o a comer a un restaurante, sin que tengamos que vernos siempre a escondidas, en el pinar.

Negó con la cabeza.

—No, Hugo, el mundo es un pañuelo y tus padres conocen a gente en Torrecamino, se les podría escapar algo y mi padre podría acabar enterándose.

Me di cuenta de que Jon tenía demasiado miedo. Vivía protegido por diez corazas que le guardaban de cualquier posibilidad de que su padre pudiera descubrir su secreto. Siendo así, no me extrañaba que ni siquiera yo le hubiera descubierto durante un año entero.

—Además, mi padre ya ha pensado lo que tengo que hacer —dijo, triste—, él quiere que me quede en la granja y cuide de la herencia familiar.

—¿Y qué vas a hacer? —le pregunté—. ¿Vas a vivir siempre una vida ficticia? ¿Vas a vivir la vida que otros desean para ti, en lugar de vivir la que tú necesitas? Créeme, Jon, he estado ahí y no te va a conducir a nada bueno. Solo te generará malestar y dolor.

—Pero es que no tengo otra opción —dijo con fragilidad en la voz—. Mi padre me necesita. La granja es todo lo que tenemos. Yo estaba destinado a quedarme en el pueblo toda mi vida, Hugo. Y algún día tendré que casarme y tener hijos propios para cumplir lo que se espera de mí.

Asentí con calma.

—Así que nuestra relación siempre fue temporal, después de todo.

—No tiene por qué. Siempre podríamos encontrar la manera de seguir viéndonos...

—No. No pienso ser el amante. No pienso meterme en medio de un matrimonio. Joder, Jon, ¿te estás escuchando? ¿En serio es esa la vida que quieres? ¿Tener hijos a los que también vas a definir qué deben hacer cuando sean mayores? ¿Seguir alimentando el ciclo, heredándolo de padre a hijo, junto con la granja?

—¡No! ¡Claro que no es lo que quiero! ¡Pero es la vida que me ha tocado vivir!

Su voz, desgarrada, inundó el valle. Jamás le había escuchado hablar de esa forma. No pude hacer otra cosa que mirarle fijamente, aterrado.

Me puse de pie y caminé hasta la bici. Me monté sobre ella.

—Me voy el domingo a mediodía. Tienes hasta entonces por si cambias de opinión, en el coche de mis padres hay sitio para ti si así lo quieres —dije.

Pedaleé y avancé, ladera abajo, mientras él se quedaba cada vez más atrás, de pie, parado en el mismo sitio donde había estado antes. Y ese era, precisamente, el principal problema de nuestra relación: que él no tenía intención de avanzar, pero yo ya no era capaz de quedarme quieto, de brazos cruzados, viendo la vida pasar.

Mi último sábado en el pueblo, el día antes de mi partida, me dediqué a cerrar cosas pendientes.

Por la mañana quedé con Luis y Carlos, para despedirme de ellos. Se tomaron una caña conmigo y recordamos anécdotas graciosas que habíamos vivido juntos. Los echaría de menos.

Después de comer quedé con Helena, la cual me recibió a desgana. Al principio, no quería escucharme, pero cuando le conté que me marchaba, se echó a llorar. Se disculpó por haberme dicho aquellas cosas feas en nuestra ruptura y por haberme golpeado. Yo le quité peso al asunto y le dije que lo que yo le había hecho era aún peor. Nos dimos un abrazo y lo sentí sincero. Me hizo ilusión haber podido hacer las paces con ella antes de irme, pues no había estado muy convencido de que estuviera por la labor. Le dije que, si alguna vez me quería visitar en Madrid, era libre de hacerlo, y la idea le emocionó.

Cuando ya no quedaba mucho para el anochecer, fui a la granja de Jon, para devolverle la bicicleta.

Disfruté del último paseo en bici. Observé el paisaje mientras avanzaba, maravillado por la abundante y variada flora de la Rioja Alavesa. Aquel hermoso paisaje aún me acompaña en mis días aciagos hoy en día, siendo una imagen que vuelve a mi mente cada dos por tres. A veces, incluso veinticinco años después, cuando cierro los ojos y aspiro el aroma de la hierba fresca, parece que vuelvo allí: a mi juventud, a aquellos días de verano, a ese primer amor.

Me pareció distinguir a Jon en una ventana de la vivienda, pero no me paré demasiado a mirar. Yo le había cedido una invitación, y le correspondía a él acudir a ella o no. Dejé la bici suavemente posada en una cerca, me despedí de ella con un gesto de cariño, y desanduve mis pasos hasta el pueblo a pie.

Al día siguiente, hice la maleta sin prisa. Recogí todo lo que había ido acumulando en la habitación de mi abuela: los nuevos casetes que había ido comprando, los pósteres de la pared, cintas de VHS que había intercambiado con Jon y que habían vuelto a mí. Dejé la habitación desnuda, tal como me la había encontrado al llegar, hacía exactamente un año atrás.

—Te echaré de menos, cariño —dijo mi abuela con la voz rota. Lo estaba pasando muy mal con la despedida.

—Vendré a verte muy a menudo, ¿vale? —prometí—. De vez en cuando, necesito despejarme de la ciudad y respirar el aire del campo. Cada vez que tenga ese deseo, volveré.

Me abrazó y devolví el abrazo con ternura.

Mis padres habían dejado el coche delante de la casa, y, aunque ellos aún estaban recogiendo la habitación en la casa rural, yo abrí el maletero y metí mi equipaje dentro. Miré el reloj Casio que llevaba en la muñeca —había sido el regalo de cumpleaños de mi abuela— y comprobé que quedaba casi una hora hasta el mediodía.

Me pregunté si Jon aparecería.

Regresé del coche en dirección a la casa, y, al girarme, me sorprendí al ver la bicicleta de Jon en el patio, apoyada contra la pared de piedra. Caminé hasta ella y, cuando estuve lo suficientemente cerca, lo vi a él, sentado en las escaleras de la vivienda contigua. Me saludó alzando la mano con un gesto tímido. Respondí de la misma manera y caminé hasta él.

Vestía una sencilla camiseta azul celeste de cuello ancho, desde la cual se asomaba el vello de su pecho. La fina cadena de plata relucía debajo de la nuez. Estaba guapísimo.

—Hola, ¿qué haces...?

Interrumpió mi pregunta.

—Aquí no —me dijo—. Vamos a un sitio más seguro.

«A un sitio “seguro”... Con él siempre me siento como si fuera un criminal».

Como el viejo molino quedaba a mucha distancia, caminamos hasta un parque que había en la zona norte del pueblo, al otro lado de la casa rural de La Paca, donde se estaban quedando mis padres. Nos sentamos en un banco de madera, a un metro de distancia el uno del otro, como siempre hacíamos cuando estábamos en lugares demasiado públicos.

—¿Por qué me has devuelto la bici? —le pregunté.

—Es tuya. Te la di.

—Me la dejaste para que la usara mientras estuviera en el pueblo. Me marchó hoy, Jon.

—Bueno..., si a tu abuela no le molesta, puedes dejarla en el patio. Así estará esperándote cuando vuelvas de visita, y podrás usarla para venir a verme.

Yo había esperado hasta el último momento que, en un arrebato de amor, Jon hubiera decidido venirse conmigo a Madrid. Pero, por el significado de aquellas palabras, entendí que había rechazado la oferta.

—No te vienes, ¿no? —le pregunté con tristeza.

—No puedo, Hugo. Ya lo sabes —me dijo.

«No puedes porque decides priorizar lo que tu padre quiere para ti, por encima de lo que tú quieres», lo pensé, pero no lo dije. No quería que mi —posiblemente— última conversación con Jon fuese una discusión.

—Pero tú tampoco te quedas —dijo él, recriminándome que me marchara. Con eso me quería decir que estábamos iguales, y que nuestra relación se rompía por culpa de los dos.

Ciertamente, había sido una decisión conjunta. Yo no podía recriminarle que él antepusiera las expectativas de su padre por delante de mí, porque yo estaba anteponiendo mi propio deseo de ser libre por encima de cualquier otra cosa.

—Entonces esto es un adiós —dije.

—Sí —contestó.

Le miré de reojo, pero tuve que apartar la mirada rápido, porque estaba llorando y se me hizo un nudo en la garganta. Tuve ganas de abrazarlo y besarlo, pero no podía hacer esas cosas con Jon en un sitio público.

—Odio que tenga que ser así —dije en voz alta. No sabía si se lo decía a él o si me lo decía a mí mismo—. Odio que dos chicos no puedan estar juntos y vivir una vida normal, con la misma naturalidad que un chico y una chica. ¿Por qué le importa a nadie, aparte de nosotros dos? No es

justo. No debería ser asunto de nadie más.

Se encogió de hombros.

—Es así. Y creo que siempre lo será, ¿sabes? —me dijo—. Apenas hace unos días salió en el telediario la paliza que les habían dado a dos chicos por ir de la mano por la calle, y eso sucedió en Barcelona. Imagínate cómo está la cosa en el ambiente rural. Quizá mejor con el tiempo, pero no creo que nunca permitan que los gays podamos vivir de la misma forma que lo hacen los heterosexuales. Nuestras libertades no limitan las suyas, pero, aun así, se ven atacados.

Me pareció una visión muy pesimista de las cosas.

—No digas eso —le dije—. El mundo avanza, la sociedad progresa. Quizá en diez años podamos casarnos. Quizá en otros diez podamos incluso adoptar.

—Sueñas despierto, Hugo —me dijo con tono soñador—. Mucha gente no lo permitirá. Gente que prefiere el orden que siempre ha tenido el mundo, con unos encima y los otros debajo, pisoteados. Los privilegios no se ceden con facilidad.

—Pues lucharemos contra la gente que no lo permite —le dije—. No podemos estar condenados a vivir en la clandestinidad siempre.

—Lo hemos estado casi dos mil años, Hugo. ¿Crees en serio que en otros diez años la cosa va a cambiar mucho? Y si cambia, descuida, que ya vendrán los cavernícolas a obligarnos a retroceder.

No respondí. Es cierto que, en aquel entonces, ese tipo de apuestas eran muy arriesgadas. A pesar de la tolerancia creciente, no había precedentes en ningún país de todo el mundo. Hacía menos de una década que la OMS había descatalogado la homosexualidad como enfermedad.

—Lo único que quiero es que podamos hacer nuestra vida con normalidad, sin diferenciación —murmuré.

—Y yo, y todos los homosexuales del mundo —dijo él. Debió ver mi preocupación y, quizá para animarme, añadió—: Pero quizá me equivoque. Si tú realmente crees que el mundo puede cambiar y volverse más tolerante, quizá lo haga. Si hay valientes que hagan frente a esos cavernícolas y les paran los pies... el mundo podría mejorar. Si lo hace, únicamente lamentaré no haber nacido en otra época, en otro momento en el que nuestro presente nos hubiera permitido estar juntos.

Nos miramos a los ojos. Ambos llorábamos en voz baja.

—Te quiero —le dije, por última vez.

—Te quiero —le escuché pronunciar, también por última vez.

No hubo beso ni abrazo, ni siquiera apretón de manos. Ninguna de esas cosas habría aliviado el dolor que sentíamos en lo más hondo de nuestros corazones.

Poco después, yo iba montado en la parte trasera del Renault Clio de mi padre. Despedíamos a mi abuela con la mano mientras el coche se dirigía a la salida sur del pueblo. Yo ponía todos mis esfuerzos en no llorar por Jon, aunque supuse que mis padres se pensaban que mi bajo ánimo se debía a la despedida con la abuela, ya que no les había hablado de él. Mi relación con Jon sería por siempre un secreto que guardaría en lo más hondo de mi alma, tal como le había prometido. El dolor de nuestra ruptura tendría que superarlo en la más estricta soledad, solos mi corazón roto y yo.

Mientras el coche avanzaba entre las casitas de piedra caliza, vi pasar junto a la ventana las calles pedregosas que habían sido mi hogar durante todo un año. Pasamos junto a la plaza del convento, y eché un último vistazo a la terraza de La Tirolina. Dejamos atrás también la parada del autobús, donde varias señoras esperaban de pie la llegada del vehículo.

El coche accedió a la carretera secundaria que enlazaría más adelante con la autopista que nos llevaría a la capital. Vi el pinar a un lado de la carretera y, en la distancia, me pareció distinguir la pequeña colina donde se encontraba el viejo molino. Entrecerré los ojos para confirmar que, efectivamente, se trataba de las ruinas del molino. Y, allí, pude distinguir una silueta solitaria, de pie sobre el muro de piedra.

Nunca supe a ciencia cierta si era él o no, pero mientras observaba la silueta, pensé en Jon. Recordé la primera vez que lo había visto, en la piscina, mucho antes de que ninguno conociera el nombre del otro. Mucho antes de que pudiéramos imaginar lo importantes que seríamos el uno para el otro.

En aquel entonces, yo había sido alguien distinto, un chico recién llegado de la capital, perdido en la vida, a quien sus propios padres y amigas habían dado la espalda, y que se sentía terriblemente inseguro sobre su sexualidad. Desde entonces, había crecido de muchas maneras. Había aprendido a abrirme más a la gente y a hacer nuevas amistades. Había aprendido lo que significaba de verdad ser homosexual y a cómo convivir con ello. También había entendido que me merecía el amor y el respeto de los demás. Y, sobre todas las cosas, había aprendido que me merecía ser feliz viviendo una vida auténtica, en lugar de una fingida.

No pensaba dejar atrás todas aquellas enseñanzas, no pensaba volver a esconderme en la oscuridad y a ver cómo el resto vivía sus vidas mientras yo me conformaba con vivir la mía a escondidas.

«Adiós, Jon, espero que puedas ser feliz de verdad», le deseé. Eran las mismas palabras que le había pronunciado en el parque, justo antes de irme y de verle por última vez.

En la radio del coche, Bono empezó a acompañar los primeros acordes de *With or without you* con su poderosa voz. Y yo cerré los ojos, dejándome transportar por la melodía a un lugar muy lejano de allí.

Nunca me he arrepentido de aquella decisión. Es cierto que las primeras semanas de mi regreso lo pasé muy mal y tuve la tentación de volver al pueblo continuamente, pero jamás me arrepentí realmente. Gané mucho más de lo que había perdido: aprendí a vivir a mi manera, siendo libre y honesto conmigo y con las personas que me rodeaban.

Pasen los años que pasen, siempre recordaré los paseos en bicicleta a través de los campos dorados. Siempre recordaré los besos junto al arroyo, y la vez que, finalmente, hicimos el amor. Siempre recordaré las sesiones de dardos en La Tirolina, y aquellas jornadas de recreos al sol, sentados todos juntos en el banco, con Luis, Carlos y Helena. Siempre recordaré las sesiones de música, acompañados de maestros como David Bowie y The Police, y las sesiones de cine con grandes como Bill Murray y Harrison Ford.

Pasen los años que pasen, siempre recordaré a Jon. Y, con el mismo cariño, recordaré el tiempo que pasé en el pueblo.

—EPÍLOGO—

20 de abril de 2023

Me encontraba sembrando semillas de tomate cuando volví a pensar en *él*.

¿Cuántos años habían pasado ya? ¿Veinte?

«Veinticinco».

Pero aún sucedía. De repente, en cualquier momento del día y sin previo aviso, me venía a la mente la imagen de aquel muchacho que había amado en mi juventud, y de quien estuve prendido durante un año entero. Recordaba su voz y sus caricias como si se hubiera marchado apenas ayer.

En la distancia, mis hijos jugaban cerca del corral. Juan, de doce años, chinchaba a su hermana Laura, de diez, amenazando con mancharla con una boñiga de vaca.

—¡Suelta eso, Juan, o te vas a enterar! —le amenacé a pleno pulmón.

Bastó un grito de la voz grave de su padre para que el niño corrigiera su comportamiento, con miedo. Yo estaba cada año más viejo, más gordo y más calvo, pero aún mantenía autoridad sobre mis hijos. Quizá la cosa cambiara en los siguientes años cuando alcanzaran la pubertad.

No me gustaba ser un padre gruñón y bruto, pero no había sido capaz de desarrollar mucha paciencia con la paternidad. Más bien se había reducido. Me pasaba sobre todo con el niño, que era de naturaleza inquieta. Me sacaba de mis casillas y me veía obligado a castigarle día sí y día también, habiendo adoptado comportamientos que mi padre había empleado conmigo y que detestaba reconocer en mí mismo.

En cambio, mi esposa, llamada también Laura como la pequeña, era mucho más bondadosa y paciente. Se volcaba en ellos con mucho amor. Yo agradecía su presencia, pues, al contrario de lo que me había pasado a mí, que había tenido que criarme solo con mi padre, mis hijos contaban también con su madre, que ponía siempre la balanza a su favor.

Acababa de terminar de sembrar el último tomate —que esperaba cosechar en tres meses— cuando escuché un grito que provenía desde la vivienda. Me puse de pie, observando con atención el edificio donde había vivido toda mi vida. Pronto distinguí a mi mujer salir corriendo, desfavorida.

—¡Jon! ¡Es tu padre! —gritó mientras corría campo a través—. ¡Creo que le está dando otro derrame!

Recuerdo el día que murió mi padre. Yo sentí una mezcla de sensaciones. Principalmente, pena y dolor, pero también sentí alivio. Y rabia. Mucha rabia. ¿Cómo se atrevía a morir de repente, con todo lo que yo había hecho por él? Había construido el futuro que él deseaba para mí, y, ahora, ¿se iba sin más?

Siempre había sido un hombre fuerte y enérgico, y me costó mucho verlo reducido a aquel estado, pero los años pasan para todos. Había sufrido un derrame cerebral ya en 2017, al cual sobrevivió, aunque con una lesión permanente que le dejó postrado a una cama. Desde ahí, fue cuesta abajo y sin frenos.

Recuerdo que sufría más por el hecho de no poder seguir cuidando del huerto y de los animales que por ninguna otra cosa. Mis hijos le hacían compañía en la habitación y, al menos, pudo disfrutar de la experiencia de ser un abuelo presente.

El segundo derrame fue el que se lo llevó.

Lo enterramos en el pequeño cementerio de Torrecamino, donde también descansaban mis abuelos. Él siempre tan tradicional, incluso hasta en la muerte. Me hizo saber que quería ser enterrado allí en una de las últimas conversaciones que tuve con él, en la que también se lamentó de no haber hecho jamás las paces con mi tío Julián. Claro que ahora las cosas eran distintas, decía él, y ya los maricones no eran como antes, ahora estaban más integrados.

Maldito hipócrita.

Y ahora se había ido. Ahora ya era tarde para hacer las paces con nadie.

Mi tío se presentó al funeral y lloró la muerte de su hermano, a pesar de que este le había dado la espalda varias décadas atrás. También vi a antiguos amigos que habían dejado el pueblo años atrás, como Luis, Carlos y Gerardo, acudir al funeral. A él lo eché en falta, pero no esperaba que apareciera. No habíamos hablado desde que había regresado a Madrid, a pesar de que había vuelto a Torrecamino al verano siguiente, en 1999, para el entierro de su abuela. Lo más probable es que ni siquiera se hubiera enterado de que mi padre había muerto, a no ser que se lo hubiera contado Helena, que era la única que aún mantenía el contacto con él, y que no había podido venir al funeral porque tenía a la niña enferma.

La noche después de la ceremonia fúnebre, cenaba en casa con mi familia, sumido en mis pensamientos. Observé a mi mujer regañando al niño, tras alguna de sus repetitivas trastadas, mientras la pequeña Laura se entretenía con una tableta. Miré a mi alrededor, percatándome de que aquella era mi vida. La vida que jamás quise, pero la que había decidido construir. Por supuesto que quería a mis hijos con locura, no obstante, eran un vivo recordatorio de todo el sacrificio que había hecho y de todo aquello que pudo haber sido y nunca fue.

En cuanto a mi esposa, era básicamente una compañera de piso por la que jamás hubo sentimientos de ningún tipo. Creo que ella empezó a sospechar de la naturaleza de nuestra unión cuando nuestros encuentros sexuales quedaron reducidos a cero después del nacimiento de la pequeña. En alguna ocasión, incluso me pilló viendo porno gay en el móvil, pero había hecho como que no se había dado cuenta. Intuí que, de la misma forma que yo había decidido vivir una vida falsa cuando tomé la decisión de seguir el dictamen de mi padre, a ella también le compensaba continuar con la farsa, a cambio de permanecer junto a los niños y de tener acceso a la propiedad familiar, que nos había hecho ricos años atrás cuando habíamos vendido parte de nuestras tierras a una macro granja.

A los días de enterrar a mi padre, visité el pueblo para comprar algunos materiales para un nuevo granero que estaba construyendo. En el almacén de abastos me encontré a Luis, al que

también había visto en el funeral de mi padre. Hablé un rato con él y le di las gracias de nuevo por haber acudido a la ceremonia.

—Oye, Jon, tengo muy mala memoria, ¿cómo se llamaba ese chico que estudió con nosotros un año? El madrileño —Me preguntó de repente.

Palidecí.

—¿Hugo? —pregunté, cuestionándome a qué venía aquello.

—¡Ese! Pues no sé si sabes que era el propietario de la casa donde vivía su abuela, al parecer, se la dejó a él en la herencia. Se lo ha vendido a dos alemanes que quieren montar una casa rural, uno de esos *airbenebé* para turistas.

—¿Ah, sí? —Escuché la noticia con asombro y pena. Lamenté que Hugo vendiera la casa, ya que eso significaba que no pensaba volver al pueblo. Claro que, a esas alturas, ya no contaba con ello.

—Sí, lo he visto hace rato y me lo ha contado. Están terminando de vaciar la casa. Qué mal rato he pasado, no me acordaba de su nombre...

Palidecí nuevamente.

—¿Lo has visto hoy?

—Sí, hace un momento. Está ahí, en casa de su abuela. Por cierto, me he quedado a cuadros cuando me he enterado de que es gay, ¿lo sabías? ¿No estuvo saliendo con Helena un tiempo?

Su casa estaba a apenas cien metros de distancia de donde nos encontrábamos. Salí corriendo del local sin apenas despedirme de Luis y corrí calle arriba, hacia la plaza del convento.

Subí por una calle colindante que ascendía desde la plaza con agitación. Había ganado algunos kilos en los últimos años y no estaba en mi mejor forma. Finalmente, vi su silueta a lo lejos, de pie frente a la casa de su abuela, y lo reconocí a pesar de los años que habían pasado.

Estaba muy guapo. Se había cuidado físicamente y se notaba, tenía un cuerpo atlético y vestía ropa moderna muy bien elegida que le marcaba la musculatura. Tenía el cabello corto y arreglado, y se había dejado una barba perfilada que le hacía muy interesante.

Mientras le miraba, sentí que mi corazón se aceleraba como un coche de carreras. Tantos recuerdos desbloqueados en ese momento, tantas emociones que había guardado solo para mí durante veinticinco años y que no había compartido con nadie...

Le vi parado frente a la casa durante largo rato, estaba contemplando algo fijamente. Avancé un par de pasos y seguí su mirada, encontrándome con una bicicleta oxidada apoyada contra la fachada del patio. Llevaba ahí veinticinco años, esperando a un chico que nunca volvió a por ella.

Posiblemente, se encontraba reviviendo todos aquellos recuerdos, aquellas vivencias que se habían desencadenado cuando sus padres lo habían echado de casa y que habían terminado cuando había hecho las paces con ellos, tomando la decisión de volverse a Madrid.

Otra silueta salió de la casa y también la reconocí al instante: se trataba de su marido, Ignacio. Lo sabía porque a veces cotilleaba a Hugo en Facebook, aunque lo hacía desde un perfil anónimo y jamás le había mandado ningún mensaje ni solicitud de amistad. Nacho, tal como Hugo se refería a él en los *posts* que subían juntos a la red social, era muy mono de cara y tenía un cuerpo grandote. Claramente, Hugo sentía debilidad por cierto tipo de hombre.

Los escuché hablar desde la distancia, manteniéndome oculto de su visión tras la sombra que me confería una de las casitas de la calle, abandonada ahora por la familia que había vivido en ella, al igual que la gran mayoría de casas de Torrecamino, un pueblo que se dirigía hacia su extinción año tras año. Y, aunque no entendí lo que decían, pude distinguir la emoción que

guardaban sus voces. Compartieron un abrazo, posiblemente, ilusionados por la venta de la casa, y también por los sentimientos encontrados que eso había despertado en Hugo. Me pregunté si le había hablado a Nacho de mí.

Me di la vuelta y caminé calle abajo, de regreso al coche, sin decirle nada. Me habría gustado presentarme a su marido y haber confirmado que Hugo se encontraba en buenas manos, pero yo sabía que él era feliz. Lo sabía porque cada vez que subía una foto con Nacho, ya fuera en un concierto tributo a David Bowie, en una sala de cine viendo la película sobre la vida de Freddy Mercury o en la conferencia de videojuegos que se celebraba todos los años en Madrid, yo veía sus sonrisas y comprendía sus intereses compartidos. Y sabía que Hugo estaba viviendo la vida que siempre quiso tener. La que yo no le había podido ofrecer.

Aquella noche, mientras veía fotografías de hombres desnudos en posiciones sugerentes, sentado en el escritorio de mi estudio, apuré una botella de vino hasta su final. Era tarde, los niños dormían y mi esposa había salido con unas amigas y volvería tarde. Realmente, no sabía con quién había quedado Laura, a veces solía verse con unas amigas de la infancia y, en otras ocasiones, me decía que era con el grupo de yoga. Tranquilamente, podría haber estado quedando con un amante con el que se gastaba parte del dineral que habíamos ganado con la venta de tierras. Pero yo no le hacía preguntas ni cuestionaba su vida privada. Era como un acuerdo silencioso que teníamos entre nosotros y que jamás habíamos verbalizado. Ella sabía que yo escondía cosas, y yo podía intuir que ella también lo hacía. No hacíamos preguntas y así cada uno podía hacer su vida, ella teniendo amantes que la hacían sentir como una mujer de verdad, y yo ahogando mis penas en alcohol mientras añoraba cuerpos varoniles en Internet.

En alguna ocasión, también había buscado compañía masculina, acudiendo a locales destinados para tal actividad en Vitoria, pero no era algo que me llenara del todo. Nunca había conocido ningún hombre con el que conectara de verdad, más allá del polvo.

Cerré el portátil y pensé una vez más en Hugo. Haberlo visto en persona de manera tan inesperada me había sumido en un estado de *shock* del que aún no me había recuperado. Desde la muerte de mi padre, lamentaba más que nunca haber sido un cobarde toda mi vida y no haber luchado por mis verdaderos sentimientos, tratando de construir una vida que me habría hecho realmente feliz, en lugar de mantener una fachada con la que aparentaba ser el padre de familia perfecto mientras trataba de ocultar todo mi dolor en el vino.

Ahora mi padre se había ido, ¿y qué me quedaba a mí? ¿De qué manera me compensaba ahora haber cumplido con sus expectativas? ¿Para qué me servía ahora haber hecho feliz a mi padre pretendiendo ser alguien que no era?

¿Había merecido la pena?

Presa de la borrachera, me planteé separarme de Laura, darle la mitad de nuestro dinero y marcharme a Madrid a buscar mi felicidad. Pero ahora ya era tarde para hacer tal cosa. Mis hijos dependían de mí. Yo no quería alejarme de ellos y convertirlos en víctimas de algo que no comprendían. No debían vivir las consecuencias de mi arrepentimiento, yo era el único que debía enfrentarlas. Además, a pesar de ser un padre nefasto, yo los quería de verdad, y sabía que no era capaz de permanecer separado de ellos.

Siendo así, ¿qué podía hacer a estas alturas de mi vida? ¿Cómo podía corregir tantos errores cometidos? ¿Había algo que pudiera hacer para intentar solucionar, al menos en parte, el sacrificio de haber antepuesto los deseos de mi padre a los míos propios?

¿Había algo que pudiera hacer para reducir la sensación de que había sido un cobarde toda mi vida?

«Hay algo que sí puedo hacer».

Subí al piso de arriba y caminé despacio por el pasillo. Al menos tan despacio como mi estado de embriaguez me permitía. Abrí la puerta de la habitación de Juan con mucho cuidado, y me acerqué hasta su cama. Me senté sobre la colcha y le zarandeeé con cuidado el brazo.

—¿Papá? —me preguntó con un ojo entreabierto—. ¿Qué hora es? ¿Qué pasa?

—No pasa nada, Juan. Tan solo quería decirte una cosa.

Tragué saliva. Me sentía muy emocional, pero intenté contenerme tanto como pude.

—Quiero que sepas que yo soy y siempre seré tu padre, a pesar de todo. Quiero que sepas que te voy a querer toda la vida, seas como seas, y decidas lo que decidas hacer. No quiero que te quedes en la granja si no quieres, ni que te cases y tengas una familia tradicional si no es lo que deseas. Quiero que tú construyas tu propia vida, sin condiciones, y que seas capaz de contarme cualquier cosa. Que no temas por mi reacción y que sepas que siempre te apoyaré. Porque no hay nada que puedas hacer para decepcionarme. ¿Me oyes? Quiero que seas libre y que escribas tu futuro por ti mismo.

—Vale, papá —dijo él, dándose la vuelta y resoplando con fuerza—, te lo contaré todo, te lo prometo. Pero ahora déjame dormir, que mañana tengo un examen.

Salí de la habitación con cuidado y cerré la puerta tras de mí. Me sequé las lágrimas que caían por mis mejillas y contuve un sollozo para no hacer ruido.

No era fácil deshacer los errores que mi padre había cometido conmigo, pero decirle a mi hijo las palabras que tanto habría deseado escuchar yo mismo era un buen comienzo.

Me aseguré de que mi hijo fuese algo que yo no había podido ser: libre.